



ITALIA-ESPAÑA

G
U
Á
R
D
E
S
E

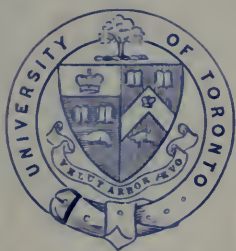
C
O
M
O



J
O
Y
A

P
R
E
C
I
O
S
A

EX-LIBRIS
M. A. BUCHANAN



PRESENTED TO

THE LIBRARY

BY

PROFESSOR MILTON A. BUCHANAN

OF THE

DEPARTMENT OF ITALIAN AND SPANISH

1906-1946



LS.C
T2535

Teatro moderno español
Vol. 16

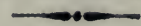
UN TERCERO
EN DISCORDIA,

COMEDIA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO

DE

D. Manuel Bretón de los Herreros.



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1859.

1462197

PERSONAS.

=

LUCIANA, *Sra. T. Baus.*

DON SATURIO, *D. José García Luna.*

DON TORCUATO, *Sr. P. Montaña.*

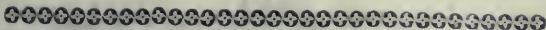
DON RODRIGO, *Sr. R. Lopez.*

DON CIRIACO, *Sr. J. Galindo.*

NEMESIA, *Sra. D. Pinto.*

La escena es en Madrid. El teatro representa una sala.

Esta comedia es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima.



ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON RODRIGO. (*Con papeles de música en la mano.*)

NEMESIA.

D. Rod. ¡Oh respetable Nemesia!

Buenas tardes. ¿Qué tal va?

Nem. Me voy mejorando ya.

Me prueba bien la magnesia.

D. Rod. ¿Y don Ciriaco? ¿Salió?

Nem. Está durmiendo la siesta.

¡Bien haya cuando se acuesta!

Él duerme y descanso yo.

D. Rod. ¡Oigan! ¿Tanto da que hacer?

Nem. Aun eso yo lo sufriera,

pero tiene por contera

un genio de Lucifer.

D. Rod. ¡Pues si parece un bendito!

Nem. Con quien todo se lo aguanta;

mas conmigo... ¡Virgen santa!...

Pone en los cielos el grito.

D. Rod. Ya; pero usted todo el dia

le está riñendo...

Nem. Le riño;

¿Pero por qué? Por cariño.

D. Rod. Si tal; y por simpatía.

¿Pero á qué fin hasta el alba

contrariar al buen señor?

Llévele usted el humor,

y será como una malva.

Si ve usted que se sofoca

cuando...

Nem. ¡Ay, señor don Rodrigo!

Ese hombre acaba conmigo.

D. Rod. ¿Qué dice usted?

Nem. Estoy loca.

D. Rod. El celo en que usted se abrasa por su dicha...

Nem. Claro está.

Cuarenta años hace ya
que estoy sirviendo en su casa.
Siempre mi lealtad probó;
y si usted se lo pregunta
le dirá que su difunta
le amaba menos que yo.—
Con buen fin. No hay que pensar.
Pero es tan raro, tan plomo,
que á veces el pan que como
me lo vuelve rejalgár.
¡Jesus, qué hombre!

D. Rod. Cierto es
que habla á veces, dando enojos,
con la boca, con los ojos,
con las manos y los pies.
Apenas dice un vocablo
sin hacer la pantomima,
y esto en verdad causa grima...

Nem. ¡Oh!

D. Rod. Pero es un pobre diablo.

De sus mañas la peor,
aunque él obra sin malicia,
es cuando soba y desquicia
al pobre interlocutor.
Yo respetando sus canas
á sufrirle me someto;
que es hombre, y está sujeto
á las flaquezas humanas.

Nem. No me enojan sus mañas:
las tolero con paciencia,
y él tiene la impertinencia
de no tolerar las mias.

D. Rod. Es el amo, y no me espanto...

Nem. ¿Cómo se entiendo.. Eso no.

(5)

No hay mas amo aqui que yo.

D. Rod. ¡ Ah!... Yo no sabia tanto.

Nem. Si tal; que no vale un cuerno
sino es para hablar ese hombre;
y si el es amo en el nombre...
yo soy ama de gobierno.

D. Rod. Sí; ya veo...

Nem. En su servicio

no sin fruto encanecí.

¡ Oh! Si no fuera por mí
ya estaria en el hospicio.

Yo arreglo el gasto diario,
yo proveo la despensa,
y sin otra recompensa
que el miserable salario.

¿ Yo, que lejos de sisar
economizo en un pelo,
no he de tener el consuelo
siquiera de regañar?

¿ Cuándo tiene pesadumbres
sin que yo lllore y me aflija?—

¿ No soy yo quien á su hija
enseña buenas costumbres?

Yo le curo si está enfermo,
que entiendo de yerbas algo;
yo si él no sale, no salgo;
yo si él no duerme, no duermo.

Yo doy parte al celador
si muda de cocinera;

yo pago á la lavandera,
al casero, al aguador...

En los negocios mas graves,
como soy discreta y fiel,
nadie se entiende con él,
sino con su ama de llaves.

Yo le repaso la ropa...

No es por alabarme, no;

pero muger como yo

no la he de hallar en la Europa.

Mire usted si el pan que como
me cuesta poco sudor

siendo aya, sastre, doctor,
boticario y mayordomo.

D. Rod. ¡Hola! Es usted un estuche.

Nem. Sí; mas se rebela el viejo,
y si le doy un consejo
no hay forma de que me escuche.
Antes era dócil, bueno,
y me hablaba muy cortés;
pero habrá cosa de un mes
que ha dado en tascar el freno.

D. Rod. Eso hace que vino aquí
mi primo desde Segovia.

Nem. Para afligir á su novia
y desesperarme á mí.

D. Rod. No agrada mucho á Luciana.

Nem. Pero su padre cruel
quiere casarla con él
de buena ó de mala gana.

D. Rod. Dichosa la puede hacer,
que es rico, honrado y amable.

Nem. Es un ente insoportable,
y asi se lo dije ayer.

D. Rod. ¡Nemesia!

Nem. ¡Qué petulancia!
¡Qué confiado y qué necio!
Digale usted un desprecio,
y lo convierte en sustancia.

D. Rod. Aunque tenga ese defecto...

Nem. No se ha de casar con ella.

D. Rod. Se espone á morir doncella
si espera un hombre perfecto.
El tiempo quizá y el trato...

Nem. Ese es mal que no se cura.

D. Rod. ¿Y vale mas por ventura
el insigne don Torcuato?
Él es zeloso en extremo,
irascible, suspicaz...

Nem. ¡Oh qué hombre tan montaraz!
Solo de verle me quemó.

D. Rod. ¿Cómo, si usted le protege?

Nem. Le protegía, ahora no.

(7)

¡Si hubiera sabido yo
que era tan maldito pege!
Ya estaba aquí don Saturio
cuando supe esos amores.—

La vecinita Dolores
les servia de Mercurio.
Ella en casa presentó,
yo no sé con qué pretesto,
á ese galan indigesto
que á Luciana deslumbró.

Cuando supe que el bellaco
aspiraba á su belleza
quise dar en la cabeza
al novio y á don Ciriaco.

La cosa era ya formal,
y á falta de otro remedio
quise poner de por medio
el escollo de un rival.

Otro novio menos vano
hubiera perdido el seso,
mas no se apura por eso
el hidalgo segoviano.

En tanto poquito á poco
sacaba los pies del plato
el chinche de don Torcuato,
que es otra especie de loco.

Lucianita, ya ve usted, ...
casarse quisiera ya;
mas la pobrequilla está
como entre espada y pared:
y á mí me causan enfado
y me quitan el reposo
el uno por cabiloso,
y el otro por confiado.

D. Rod. ¡Eh! Llévelo usted por Dios...

Nem. No. Mi amor propio se pica.

No ha de casarse la chica
con ninguno de los dos.

• Por mas que gruña y se emperre
don Ciriaco, no le vale.

Él está dale que dale,

- y yo estoy erre que erre.
- D. Rod.* Fuera mas puesto en razon
dejar á Luciana bella,
pues la interesada es ella,
libertad en la eleccion.
- Nem.* ¡Cómo...
- D. Rod.* Yo no culparé
la intepcion de usted, Nemesia.
- Nem.* Manda Dios, manda la iglesia,
alumbrar al que no ve.
- D. Rod.* Con ese genio impaciente
y esa áspera condicion,
tiene usted un corazon...
- Nem.* Tierno, sensible...
- D. Rod.* Escelente.
Quiere usted como una madre
á Lucianita...
- Nem.* Es mi encanto.
- D. Rod.* Y como la quiere tanto
no halla novio que le cuadre.
- Nem.* Solo deseo su bien:
créalo usted, Don Rodrigo.
- D. Rod.* Yo me precio de su amigo,
y lo deseo tambien.
Quisiera yo que en la corte
no reconociese igual
el venturoso mortal
que haya de ser su consorte.
Mas si ya su corazon
á Don Torcuato prefiere....
- Nem.* Si todavía le quiere,
reniego de su pasion.—
Mas aquel genio sombrío
ya á la muchacha fastidia;
y, si no me engaño, lidia
entré el amor y el desvío.
- D. Rod.* ¡Ah! ¡Cuál fuera mi contento
Si le diese su retiro!
- Nem.* ¿Qué dice usted? Yo me admiro...
- D. Rod.* Lo digo como lo siento.
Querer á ese hombre es locura.

¿Qué bien anuncia su ceño?

No, no merece ser dueño
de tan perfecta hermosura.

¿Puede haber mayor martirio
que vivir siempre á su lado?

Nem. ¡Ay! ¿Está usted enamorado?
Habla usted con un delirio...

D. Rod. ¿Si?... Me ha exaltado el temor
de su desgracia.

Nem. En verdad...

D. Rod. Muchas veces la amistad
delira como el amor.
Sin solicitar su mano
bien puedo llamarla bella;
bien puedo mirar por ella...

Nem. Pues; así..., como un hermano...

D. Rod. Crea usted....

Nem. ¡Ay, Don Rodrigo!

Si yo mis quince tuviera
un amigo á Dios pidiera....
siendo como usted el amigo.

D. Rod. No sea usted maliciosa.—

¿Podré ver á Lucianita?

Nem. ¿Y por qué no?—¡Señorita!—

Ahí la tiene usted.

D. Rod. (¡Qué hermosa!)

ESCENA II.

LUCIANA. D. RODRIGO. NEMESIA. (*Esta acerca sillas.*)

Luciana. ¡Oh Don Rodrigo! ¿Por qué
no has avisado, Nemesia?

Nem. Ahora mismo...

D. Rod. Buenas tardes,
Lucianita. (*Se sientan Luciana y Don Ro-*
drigo.)

Luciana. Hoy en la mesa
no nos ha querido usted
acompañar: y se queja
mi afecto...

D. Rod.

Yo lo he sentido
por dos causas: la primera,
porque me he visto privado
de sociedad tan amena.

Luciana. Mil gracias.*D. Rod.*

Y la segunda,
porque salgo de mi regla.

Luciana. Ya sé que en casa del conde
comen siempre á la francesa.*D. Rod.*

Tantas instancias me ha hecho
que aceptar ha sido fuerza
su convite; y por mi vida
que es una triste fineza
hacer esperar á un hombre
tres horas ó tres y media
para comer una sopa
muchas veces no tan buena
como la suya. Y en tanto
que el momento ansiado llega
¿qué se hace en el mes de agosto
el euitado á quien obsequian
de este modo? ¿Adónde vá?
En todas partes molesta.
Aquí estan comiendo, y sienten
que un extraño los sorprenda,
bien porque entonees les falta
la libertad que quisieran
para hablar de sus negocios,
bien porque no les convenga
que se entere de si comen
faisanes ó berengenas,
de si hay ó no pulcritud
en mantel y servilletas,
de si trinchan ó destrozan,
de si rezan ó no rezan.
Allí acude cuando todos
estan durmiendo la siesta;
aquí no está el amo en casa;
allí no le abren la puerta;
si entra en un café, se aburre;
se achicharra si pasea.

Si se resuelve á tomar
 un bocado á buena cuenta,
 porque á traicion le convidan
 y no ha almorzado chuletas,
 luego no tiene apetito;
 y el Anfitrión que le observa
 ó se pica imaginando
 que su banquete desprecia,
 ó el «vaya; anímese usted»
 á cada plato renueva.

Si hasta declinar el sol
 le dice al hambre: ¡paciencia!
 desfallece, es ya cadáver
 cuando á la mesa se sienta.—

Esto de comer las gentes
 á unas horas tan diversas
 es incómodo á quien vive
 en la capital de Iberia.

Sepámoslo de una vez:

¿qué somos en esta tierra?

¿Españoles ó franceses?

¿Se come aquí, ó se merienda?

¿Cuál es mejor reglamento?

No se sabe cosa cierta.

¿Qué se entiende por *buen* tono?

¿Qué quiere decir franqueza?

¿En qué cátedra se aprende
 la urbanidad verdadera?

¿Reside en la aristocracia,
 ó bien en la clase media?

¿Cuáles los límites son
 entre esta clase y aquella?—

Ya se ve, los madrileños
 se han formado tal menestra
 de costumbres nacionales
 y costumbres extranjeras,
 que aquí ya nadie se entiende
 ni le conoce su abuela.

Luciana. No le falta á usted razón.

D. Rod. Madrid al paso que lleva
 será pronto una charada

si el cielo no lo remedia;
 y el Edipo que la acierte
 no ha de ser niño de teta.—
 Pero hablemos de otra cosa,
 ya que afable como bella
 me otorga usted una gracia
 que todo el pueblo me niega.

Luciana. La conversacion de usted
 es en extremo discreta,
 y le aprecio demasiado
 para que me prive de ella.

D. Rod. Señorita....

Luciana. Esos papeles....
 Perdone usted que me atreva....

D. Rod. Para usted los traigo. Un *duo*
 es este, admirable pieza,
 y este otro una *cabatina*.

Luciana. ¿Son de la ópera nueva?

D. Rod. Sí señora. Es lo que usted,
 mas ha celebrado de ella,
 y á ofrecerle me apresuro
 esta prueba harto pequeña
 de mi amistad.

Nem. (¡Amistad!)

Luciana. Mucho estimo la fineza.—
 ¿Qué preciosa *cabatina*?
 ¿Qué *duo* !... Música, letra;
 todo es sublime.

D. Rod. No dudo
 que mas sublimes parezcan
 cuando les den nueva vida
 esos labios de sirena.

Luciana. ¿Sirena? ; Pobre de mí!
 Vaya ; usted me lisonjea.

Nem. (Dale, dale por la solfa,
 y perderá la chabeta.)

Luciana. Quien le oiga á usted y no á mí
 me tendrá por muy maestra.

D. Rod. Quizá no lo sea usted,
 mas basta que yo lo crea;
 y aunque parezca lisonja....

Luciana. Vaya, usted como se precia
de galante....

D. Rod. Sí; es verdad;
mas si mi labio exagera,
no es galantería, no:
es que la amistad me ciega.

Ncm. (¿Qué amistad ni que embeleco?
Diga amor y no nos muela.)

Luciana. El tener yo por amigo
sugeto de tales prendas
me envanece. Crea usted
que nadie tanto le aprecia
como yo.

(*Deja los papeles de música sobre una silla, y uno
de ellos se cae al suelo.*)

D. Rod. Mucho agradezco
que un corazón donde reina
el amor pueda aceptar
la pura inocente ofrenda
de mi amistoso cariño.—
¿Y cuándo, cuándo se estrecha
ese lazo venturoso?

Yo he visto la preferencia
que da usted á Don Torcuato,
y aunque veo que se empeña
Don Ciriaco en que mi primo...

Luciana. ¿Quiere usted darme una prueba
de su amistad?

D. Rod. ¡Señorita!
¿Lo duda usted? ¿Qué no hiciera
por complacer...

Luciana. Pues le ruego
que jamás á hablarme vuelva
de mi boda y mis amantes.
¡Qué porfiada contienda!
Uno en mi padre se apoya;
otro me hostiga y se queja
alegando.... ¡Santo Dios!
Voy á perder la cabeza.
No sé si amo ó si aborrezco,
ni qué pensar, ni qué senda

debo seguir , porque todas
me parece que me llevan
al precipicio ; y no obstante...

Basta. Déjeme siquiera
respirar. No hace tres años
que jugaba á las muñecas,
y ya entre dos aspirantes
fluctua mi inesperienza.

¿Qué angustia! No puedo mas.—

Hablemos de otras materias...

De música por ejemplo.

Ese *duo* me enagena.

¿Vamos á ensayarle ahora?

D. Rod. Disimule usted. Me pesa
en el alma el no poder....

Ya sabe usted que me esperan....

Luciana. ¡Ah! Sí. Bien: lo estudiaremos
mas tarde.

D. Rod. Cuando usted quiera.—

Se entiende, si no se pica

Don Torcuato.

Nem. Si se cuelga
de rabia , tanto mejor.

D. Rod. Este miramiento es deuda
de mi amistad. Yo no debo
despertar en él sospechas
que perturben el reposo
y la dicha comprometan
de Luciana.

Nem. ¿Y quién ha dicho....

D. Rod. (*Se levanta.*) Si usted me da su licencia...

Luciana. (¿Qué complaciente! ; Que amable...!)

¿Dará usted luego una vuelta
por aqui?

D. Rod. Sí, cara amiga.

(Mi corazón lo desea.)

Estoy á los pies de usted.

Luciana. Abur.

Nem. (Muerto está por ella.)

ESCENA III.

LUCIANA. NEMESIA.

- Nem.* ¿Hay hombre mas obsequioso que Don Rodrigo? Este sí, este sí que es todo un hombre; y te haria muy feliz.
- Luciana.* (*Se levanta.*) Bien pudiera ser, Nemesia; pero si él no piensa en mí...
- Nem.* ¿No? ¿Simplona! Yo jurára que por tí se muere....
- Luciana.* ¿Chit...
¿De veras? ¿En qué te fundas?
- Nem.* Yo tengo buena nariz; y tantos obsequios...
- Luciana.* Pero...
¿Acaso te ha dicho á tí que me ama?
- Nem.* No me lo ha dicho; mas no dudo que algun fin se propone.... Esa amistad puede muy bien encubrir otra pasion mas ardiente. Acaso con ese ardid....
- Luciana.* ¿No pudiera declararse si es cierto que me ama?
- Nem.* Sí;
pero tal vez su temor...
- Luciana.* Seria un temor pueril.
¿Presumes tú que por eso cuando en la amorosa lid pudiera triunfar... Nemesia, enamorarse y sufrir, y callar no se acostumbra en este siglo. El mas ruin de los hombres ya se tiene por muy capaz de rendir á la dama mas hermosa.
- Nem.* Sí, Luciana; será así;

pero un hombre de treinta años
 que su sangre siente hervir
 no es amigo, y solo amigo
 de una muchacha gentil
 con un cuerpo delicioso
 y un rostro de serafin.

Luciana. Si me amase como dices
 no podria consentir
 dos rivales. ¿Para cuando
 quieres que reserve, dí,
 el declararme su amor,
 si, viendo que está en un tris
 el dar á otro mi mano
 se lo guarda para sí?
 No; tú te engañas. Su afecto
 no ha traspasado el confin
 de la amistad. Cuando supo
 que estaba su primo aqui
 vino un dia á visitarle....
 sin ningun designio hostil;
 ya ves, nó me conocia....
 Siempre apasionada fui
 de la música. Vió el piano
 y un *aria* sobre el atril.
 Me rogó que la cantase:
 á sus ruegos accedí.
 El canta tambien y toca
 con perfeccion el violin.
 Con tan plausible motivo
 dió Don Rodrigo en venir.—
 El no es músico de aquellos,
 como hay en la corte mil,
 que abrir no saben la boca
 si no hablan del do, re, mi.
 Su conversacion es grata:
 por lo que puedo advertir
 no le disgusta la mia....
 Simpatizamos en fin;
 mas simpatía y amor
 no se deben confundir,
 porque el alma....

Nem.

Lucianita,
mi ingenio es poco sutil
para entrar en argumentos;
mas no ves lo que yo ví,
porque estás encaprichada
en favor del malandrin
de don Torcuato.

Luciana.

¿Y ahora
me quieres reconvenir
por eso cuando tú misma...

Nem.

Cuando mi auxilio le di
parecia un corderito
que salia del redil,
mas se ha convertido luego
en uraño javalí.

Luciana.

Su genio me desespera.

Nem.

Es capaz de consumir...
¡Ah! ¡Qué polilla!

Luciana.

Es verdad;
pero ya le he dado el sí,
y no me atrevo...

Nem.

Pues bien;
yo que soy mas varonil
le daré carta de pago.

Luciana.

No, no puedo consentir
tal ultraje. ¿En qué me ofende?

Nem.

¡Ahí es un grano de anís!
Tiene celos de su sombra:
nunca cesa de gruñir;
espiando siempre... Ese hombre
no es amante: es aguacil.

Luciana.

Nemesia, el amor...

Nem.

El suyo
no es amor, que es frenesí.

Luciana.

Me llamará inconsecuente,
coqueta...

Nem.

¿Y le has de sufrir
por temor... ¡Qué no te pone
como hoja de peregil
todos los dias?

Luciana.

Nemesia,

- Nem.* ¿qué desdichada nací!
Si tú te casas con él,
¡gran Dios, qué guerra civil!
- Luciana.* ¿Y acaso con don Saturio
no seré mas infeliz?
- Nem.* Ni con uno ni con otro;
que mientras dure tu abril
no te han de faltar amantes.
- Luciana.* Y en tanto ¿cómo salir
de este pantano? Si al menos...
- Nem.* ¿Quién asoma por allí?—
Don Torcuato. ¡Mala bomba...
¡Lo que él tardará en reñir!
Mire usted qué cara trae.
Así pintan á Cain.

ESCENA IV.

LUCIANA. D. TORCUATO. NEMESIA.

- D. Tor.* Siento interrumpir á ustedes.
Si mi presencia incomoda...
- Luciana.* ¿Qué dice usted? No señor.
- D. Tor.* No me gusta estar de sobra
en ninguna parte.
- Luciana.* Pero...
- D. Tor.* Lo cierto es que ustedes cortan
su conversacion al verme.
- Luciana.* El no hacerlo fuera poca
cortesía.
- D. Tor.* Mas amor,
y no tantas ceremonias
quisiera yo.—¿De qué nacen
las miradas desdeñosas
que Nemesia me fulmina?
- Nem.* ¿Siempre hemos de estar de gorja?
- Luciana.* Esa es aprension de usted.
- D. Tor.* ¡Aprension! ¿Y la zozobra
que advierto en ese semblante?
Niégume usted...
- Nem.* ¿Esa es otra!

Hoy viene usted muy fiscal.

Luciana. ¡Nemesia!...

Nem. Si alguna mosca fuera de aquí le ha picado, no lo paguemos nosotras.

D Tor. Si usted me hiciera la gracia de dejarme hablar á solas con Luciana...

Nem. No señor, que no porque yo le oiga pierde usted nada.

Luciana. No obstante, porque no diga...

Nem. ¡Hola, hola! ¡Echarme á mí! ¿Sabe usted...

D Tor. Yo no lo mando, señora..., lo suplico!—mas ya veo que cuando usted se alborota por algo será.

Luciana. Por Dios, vete; no arme una camorra por cosa que nada vale.

Nem. Ya me voy en paz y en gloria de Dios; mas no porque usted, señor mio, lo disponga, sino porque así lo exige mi señorita.

D. Tor. En buen hora.

Nem. Y por no decirle á usted con permiso de su novia que me cansa, y me fastidia, y me enfada, y me encocóra.

ESCENA V.

LUCIANA. D. TORCUATO.

D. Tor. Ya ve usted como me trata.
Sin duda esas alas toma porque sabe ya que usted me aborrece.

- Luciana.* No hay tal cosa.
Sabe usted que siempre ha sido
parlanchina y regañona.
- D. Tor.* ¿Y si antes me protegía,
por qué me detesta ahora?
- Luciana.* La suspicacia de usted
esa mudanza ocasiona.
- D. Tor.* ¡Mi suspicacia! ¿Y acaso
no tengo razon de sobra
en que fundar mis recelos?
¿No ha venido de Segovia
don Saturio á desposarse
con usted? ¿Es esto broma?
- Luciana.* ¿Y acaso no sabe usted
que mi corazon le odia?
- D. Tor.* Pero vive en esta casa.
- Luciana.* Mi padre en ella le aloja.
Yo no tengo facultad
para enviarle á una fonda.
No hago poco en conseguir
que usted venga á todas horas
contra el gusto de mi padre.
- D. Tor.* Eso es en lengua española
decirme á mí que no vuelva.
- Luciana.* ¡Hombre de Dios... (Me sofoca.)
¿Quién dice tal ni lo piensa?
- D. Tor.* No es justo que usted se esponga
por mi causa...
- Luciana.* ¿Qué porfía!
- D. Tor.* A un disgusto...
- Luciana.* ¡Dale, bola!
El riesgo que puede haber
es lo que menos me importa.
- D. Tor.* Será así, pero...
- Luciana.* ¿Otro pero?
- D. Tor.* ¿Cómo es con tanta sorna
permanece en esta casa
el segoviano? Lisonjas,
coqueterías de usted
sus esperanzas apoyan.
- Luciana.* Al contrario. No le miro,

no le hablo sin hacer mofa
de su merced.

D. Tor. No lo creo;
pues ningun hombre soporta
que se mofen de él. Mil veces
tomado hubiera la posta...

Luciana. Y si él es tan majadero,
tan confiado, tan posma
como usted gruñon, sombrío,
caviloso, ... ; ah! ; qué congoja!
tengo yo la culpa?

D. Tor. ; Cielos!
; Será posible... Mal haya ; amen
mi carácter, mi... Perdona ;
perdona, bien de mi vida.
La pasion que me devora...
No mas, no mas. Ese llanto
el corazon me destroza!
Serena tus bellos ojos.
Tu gracia de nuevo implora
este amante desdichado
que arrepentido se postra
á tus pies.

Luciana. Eso es peor.
Alce usted... Aqui fue Troya
si mi padre... Ya no lloro :
ya mi pecho se alborozal...
(; Triste de mí!) ; Vamos!...

D. Tor. No.
No suelto tu mano hermosa
ni del suelo me levanto,
hasta que esa dulce boca
pronuncie el perdon que anhelo.

Luciana. Bien. Nunca fui rencorosa.
Le perdono á usted.

D. Tor. ; No quieres
tutear á quien te adora?

Luciana. (; Jesus! ; Jesus!) Bien, Torcuato.
Yo te perdono.

D. Tor. ; Ah! Tú colmas
mi dicha.

Luciana. Mas si otra vez
con sospechas injuriosas
me ofendes...

D. Tor. Por esos ojos
que el corazon me aprisionan
te juro que de los zelos
jamás la mortal ponzoña...
¿Qué papel es ese?

(*Luciana recoge el papel de música que estaba en el suelo.*)

Luciana. Nadá...

D. Tor. No me lo ocultes, traidora.

Luciana. ¿Lo oculto yo?

D. Tor. Algun billete
amoroso...

Luciana. ¿Escrito en solfa?

Mira.

D. Tor. Dame.—Cavatina...

Pues malos lobos me coman
si no habia imaginado...

Luciana. Tú quieres volverme loca.

D. Tor. Pero esta música es nueva;
música que no se compra
en los almacenes... ¿Quién
te la regaló?—Ya asoman
los colores á tu rostro.
Mi rival...

Luciana. No. Te equivocas.

Su primo...

D. Tor. Del mal el menos.

Más sabiendo que me enojas
cuando cantas...

Luciana. No es extraño.

Si fuese yo *prima donna*...

D. Tor. Antes porque cantas bien
no quiero que nadie te oiga.

Luciana. ¿Ni aun este gusto inocente
me permites?

D. Tor. Canta sola.

Luciana. Si el maestro...

D. Tor. Ponte mala.

Luciana. Si mi padre...

D. Tor. Ponte ronca.

Luciana. Esto es demasiado ya.

¿Usted de amarme blasona,
y quiere imponerme el yugo
de esclavitud afrentosa?

¿Dios eterno! ¿Qué reserva
para un marido quien obra
cual tirano siendo amante?

Si quien dice que me adora
de esta manera me trata,
¿qué haria, Virgen de Atocha,
si me aborreciese? ¿Acaso
me ha comprado usted en Angola?

Si una se feria un vestido
ó lucir quiere una joya,
es delito; si á la calle
quiere salir, si se asoma
á la ventana, delito;
si calla, si habla, si toca,
si canta, si rie, en todo
es culpable, y nunca hay forma
de tenerle á usted contento.—

Yo soy muger; no soy diosa.

No porque usted delirando
un mundo ideal se forja,
si Dios me hizo como soy
me he de convertir en otra.

¿Cuidado que no hay paciencia...

¿Quiere usted que no se rompan
nuestras relaciones? Bien.

Deje de hacer la marmota;
acostúmbrese á nombrar
y á ver como son las cosas;
no llame á las cavatinas
epístolas amatorias,
y empiece á amarme una vez
como se ama á las personas.

D. Tor. ¿Ah cruel! Si el dardo agudo
que el corazon me destroza...

Luciana. ¡Oh!... No mas exclamaciones.

Ya tengo como una bomba
la cabeza. Por piedad
váyase usted , que ya es hora
de que despierte mi padre.

D. Tor. ¿Eso mas? ; Usted me arroja
de su casa!

Luciana. Nada de eso.

D. Tor. ; Este es el premio que logra
mi pasion!

Luciana. ; Hombre , ó demonio!...

D. Tor. Siempre ha quebrado la soga
por lo mas delgado. ; Asi
se desprecia , se baldona ,
se asesina á un hombre!... Vuelve,
vuelve la espalda. Hazte sorda
á mis clamores... Me voy,
me voy porque ya me ahoga
el despecho ; mas te juro
que te ha de quedar memoria
de Torcuato. ; A Dios , perjura!

Luciana. ¿ Dónde va usted ? ; A la alcoba
de mi padre?

D. Tor. Por no verte
me iria á las Californias.

ESCENA VI.

LUCIANA.

¡Y yo he querido á ese hombre!
¡Y mi ventura se inmola...
¡Ah! No. Primero casarme
con don Saturio... ¿Estoy loca?
¡Yo dar mi mano á ese necio
que solo porque á su costa
me rio... ;Triste de mí!
Nunca he pensado ser monja;
¡y no hay un ser racional
que me quiera para esposa!

ESCENA VII.

LUCIANA. D. SATURIO.

D. Sat. ¡Oh Luciana encantadora!
 Qué haces tan solita aquí?
 Sin dnda pensando en mí...

Luciana. (Esto me faltaba ahora.)

D. Sat. Déjate de esos desvelos;
 y pues sabes mi pasion
 no hiera tu corazon
 el cuchillo de los zelos.

Luciana. ¡Zelos!

D. Sat. Sí, mi prenda, sí.

Luciana. No, mi prenda, no:

D. Sat. Mejor.

Luciana. Zelos suponen amor;
 y no hay tal amor en mí.

D. Sat. ¡Pues! No el amor de una bestia,
 furioso, desordenado,
 sino un amor cimentado
 en la cándida modestia:
 amor puro, virginal,
 que sin zelos ni litigios
 guarda todos sus prodigios
 para el lazo conyugal.

Luciana. Le digo á usted que es un sueño...

D. Sat. ¡Sueño! Tú me hablas de chanza.
 ¿No ha de darme confianza
 ese semblante halagüeño?

Luciana. (Se esfuerza en vano á ponerse seria.)
 ¿Halagüeño? (Yo me rio
 y lo echo á perder.)

D. Sat. ¡Oh cara!

Tu sonrisa me declara
 que ese corazon es mio.

Luciana. Ni lo ha sido, ni lo es,
 ni lo será.

D. Sat. ¡Qué mentira!

Luciana. Me irrita usted.

D. Sat.

¡Oh! Tu ira
durará poco.—¿Lo ves? (*Se rie Luciana.*)
El iracundo entrecejo
sienta mal á una muger.
Si te quieres convencer
ensáyalo en el espejo:
y al contrario la hermosura
adquiere mayor encanto
si la acompaña algun tanto
de esa amorosa dulzura.

Luciana. (Este hombre es incorregible.)

D. Sat. Ni asi... un poco de desden
á que tú me quieras bien
me parece incompatible.

Luciana. (*Muy airada.*)

¡Oh! ¿No sabe usted que en vano
con su pretension me ostiga?
¿Será fuerza que lo diga
con un puñal en la mano?

D. Sat. (*Riéndose.*) ¿De veras?.. ¿Con qué donaire
se está fingiendo severa!
¿Pues no diria cualquiera
que me está haciendo un desaire?

Luciana. ¡Se rie usted!

D. Sat. No te asombres.

Quien te conoce y te ve...
Vamos; contigo seré
el mas feliz de los hombres.

(*Luciana va á retirarse y la detiene.*)

¡Eh! No te vayas tan pronto.
Eso es hacer el papel
muy á lo vivo, ¡cruel!

Luciana. Usted sí que hace el de tonto.

D. Sat. ¿Yo? ¡Pues si aplaudo y admiro
ese envidiable gracejo...

Luciana. Déjeme usted...

D. Sat. No te dejo.

Luciana. Basta, bien; no me retiro,
pero suelte usted la mano.
(Quiero llevarle el humor;
que si le irrito es peor,

y mi padre... ¡Ay Dios! En vano...)

D. Sat. Suelto y callo, pues ya veo
que á fuer de casta doncella
me guardas tu mano bella
para el altar de Himeneo.
Allí gozosos los dos.
¡Oh inmensa felicidad! —
Tú serás fiel: ¿no es verdad?

Luciana. Seré... lo que quiera Dios.

D. Sat. ¡Bien! Si yo de tí me fio,
¿á qué jurarme tu fé?
¡Oh! Nunca te celaré:
Tú en tu cuarto: yo en el mio.
¿Zelos? Doy á Belcebú
una pasión tan villana.
Soy yo mucho hombre, Luciana,
para que me engañes tú.
¿Acaso por ser mas cautos
ganan mas esos maridos
impermeables, cosidos
eternamente á los autos?
No; yo te haré la justicia
que de tí tambien exijo.
Paz octaviana. — Y un hijo
cada año. ¡Oh gloria! ¡Oh delicia! —
Criarlos es mucha brega;
mas yo á todo me convengo.
No te aflijas, que ya tengo
encargada una pasiega.

D. Cir. (*Dentro.*) ¡Luciana! ¿Dónde te escondes?
¡Luciana!

Luciana. Aquí estoy, papá.

ESCENA VIII.

D. CIRIACO. LUCIANA. D. SATURIO.

D. Cir. (*En mangas de camisa y con el pañuelo del cuello en la mano. El actor que ejecute este papel marcará con la acción las ideas que sus versos encierran, siempre que esto le sea posi-*

ble. Por no multiplicar notas, dejamos á su eleccion la mayor parte de los gestos y actitudes que haya de emplear al efecto.

Por mas gritos que uno da...

Luciana. Pero...

D. Cir. ¿Por qué no respondes?—

Vaya; pónme la corbata,
que es mi mayor embarazo.

Jamas supe hacer un lazo.

(Luciana prepara el pañuelo para ponérselo á su padre.)

¡Oh yerno! ¿De qué se trata?

D. Sat. Recíproco amor proyecta
nuestra conyugal ventura.

D. Cir. Lo celebro.

D. Sat. Mi futura

quiere ser *plusquam perfecta.*

D. Cir. *(Se sienta en un sillón.)*

No he tenido yo por cierto
tan buen rato. ¡Oh qué sudores!

He soñado mil horrores.

¡Santo Dios! Si no despierto...

Aunque ha de moyerte á risa
contártelo todo quiero. —

¿Qué haces? Levánta primero
el cuello de la camisa. —

Ya causados y mohinos
de enredos y protocolos

echan á rodar los bolos

los belgas y sus vecinos.

Rompiendo por fin la valla

que trazó la conferencia,

la una y la otra potencia

se aprestan á la batalla.

El ejército prusiano

equipado á la ligera

atraviesa la frontera

por dar un golpe de mano.

El campo se ordena asi.

*(Inclina todo el cuerpo, primero á la izquierda,
luego á la derecha, y despues al frente.)*

A la izquierda los de Holanda ;
los belgas á la otra banda ,
y los prusianos alli.

Luciana. (*Todavía le está poniendo el pañuelo.*)

¿ Qué inquietud ! Esté usted quedo
si he de poner la corbata.

D. Cir. Date prisa.—Vamos ata...

¿ Está ya?... Bien. ; Ah ! ; Qué miedo !

(*Se levanta y bracea y gesticula sin cesar.*)

Por el frente y por la espalda
ya canta su triunfo el belga ;
pero el holandés no huelga
y rompe un dique al Escalda.

Quien se atasca ; quien se anega ;

allá un caballo galopa ;

allá nadando la tropa

al opuesto margen llega.

Zis, zis, zas los escuadrones

por donde agua no corria ;

pum, pum, pum la infanteria ;

pom, porrom, pom los cañones.

¿ Ay ! ; Ay ! clama el moribundo.

A ellos, á ellos repetia

el vencedor... Parecia

que se desplomaba el mundo.—

Viene hácia mí un granadero,

hombre de seis pies, atroz,

gran bigote, horrenda voz...

Parecia un Cancervero.

Corria; volaba yo:

me agarra al volver un cerro ;

(*Ase del cuello á don Saturio.*)

esclama : ríndete, perro...

y el susto me despertó.

D. Sat. Pero mi cuello inocente,

que no es belga, ni holandés...

D. Cir. No me olvido yo en un mes

del granadero insolente.

Fatal ha sido mi siesta.

D. Sat. ; Oh ! Pues yo bien he roneado.

D. Cir. (*A Luciana.*) ¿ Oyes... Tambien he soñado

que don Torcuato me apesta.

Luciana. Y yo ¿qué culpa...

D. Cir. Ese mozo
nunca ha sido de mi gusto.

Tan uraño, tan adusto...

Luciana. Pero...

D. Cir. Hablemos sin rebozo.

Yo sé que te ama.

D. Sat. ¿Qué escucho!

D. Cir. (A don Saturio.)

Como tres y dos son cinco.

La mira con tal ahinco!..

D. Sat. ¿De veras? Me alegro mucho.

D. Cir. ¡Bien por Dios! ¿Con que tú...

D. Sat. En vano

pretende usted que me enfade,
pues me gusta á mí, que agrade
á todo el género humano.

D. Cir. Ya, pero si ella...

Luciana. Papá...

D. Cir. Le corresponde...

D. Sat. ¿Qué error!

¿Verdad que no?

Luciana. No señor.

D. Sat. Ya lo oye usted.

D. Cir. Pero...

D. Sat. ¡Ba!

D. Cir. Ello es que él la solicita;

y, favorecido ó no,

un rival...

D. Sat. ¡Dale! Si yo...

D. Cir. Es incómoda visita.

Hacerle un desaire sienta,

mas porque historias no haya

será fuerza que se vaya...

D. Sat. No se irá: no lo consiento.

¿Dónde hay cosa más insulsa

que un amante sin rival?

¿Puedo yo tomar á mal

que él se esponga á una repulsa?

Luciana me adora; sí.

Me lo juraba no ha mucho;
 ¿y semejante avechucho
 me ha de dar celos á mí?

D. Cir. Bien, hombre: no te alborotes.

D. Sat. ¿Vengo yo de algun establo?
 ¡Vaya! ¡Darle al pobre diablo
 con la puerta en los bigotes!

Luciana. No es del caso esa porfia.
 Ya se fue con mil y mas
 para no volver jamás.

D. Cir. Eso es lo que yo queria.

D. Sat. ¡Cómo! Le habrás maltratado
 solo por guardarme fé.

Luciana. Lo que le he dicho no sé,
 mas su genio...

D. Sat. ¡Ay desdichado!
 ¡Despedirle asi!

Luciana. No tal.
 Yo...

D. Sat. ¡Qué crueldad! ¡Dónde estamos?
 Y él que es tan sensible... Vamos;
 se va á tirar al canal.

D. Cir. No será tan insensato.

D. Sat. ¡Oh! como el dé en un capricho...

¡Señor! Para haberle dicho:

«Perdone usted, don Torcuato.

Me honra usted con ser mi amante,
 pero estoy comprometida.

Otro es dueño de mi vida...

O asi... cosa semejante.

«Sin embargo, hasta la muerte

téngame usted por su amiga,

que la gratitud me obliga

á proceder de esta suerte.»—

¡Pero iracunda y cruel

plantarle en la calle... ¡Eh! ¡Quita!—

Mira: ponle una esquelita

y discúlpate con él.

D. Cir. ¡Hombre! ¡Hombre!

Luciana. Usted merecia
 que yo le diera ese gusto.

D. Sat. ¿Pero te parece justo...

Luciana. ¡Oh qué causada porfia!

D. Sat. Con justa razon dirá
que le han tendido una red
para...

Luciana. Permítame usted
que me retire, papá.

ESCENA IX.

D. CIRIACO. D. SATURIO.

D. Sat. ¿Lo está usted viendo? Se pica
porque censuro el mal trato
que le ha dado á don Torcuato.

¡Qué pasion la de esa chica!

D. Cir. Bien: tú has de ser su marido,
y pues á todo se allana,
tu amor...; pero esta mañana...

D. Sat. ¿Qué?

D. Cir. Se hablaron al oído.

D. Sat. ¿Y qué?

D. Cir. Con mucha frecuencia
viene á casa ese mancebo.

D. Sat. ¿Y qué?

D. Cir. Ocultarte no debo
que él tiene buena presencia.

D. Sat. Vamos; ¿y qué?

D. Cir. Nada sé
de positivo. No obstante,
quitándolo de delante...

D. Sat. ¡Ah! ¡qué pobre hombre es usted!

D. Cir. Ya.

D. Sat. Solo por la mania
en que usted sin causa ha dado,
yo le enviaré un recado,
ya que ella no se lo envia.

D. Cir. ¡Bien, hombre! Yo, sí advertí...

D. Sat. Sé lo que vale mi bella.

D. Cir. No dudo...

D. Sat. Respondo de ella;...

y sobre todo de mí. (*Mira su reloj.*)

Pero son las seis y media,

y tengo mucho que hacer.

Don Ciriaco, hasta mas ver.—

Hoy se estrena mi comedia...

D. Cir. Saldremos juntos los dos.

Yo he de hacer una visita...

D. Sat. Bien.

D. Cir. Me pondré la levita...

(*La toma de sobre una silla y se la pone.*)

D. Sat. Despáchese usted por Dios.

D. Cir. ¿Salió en el ensayo bien?

D. Sat. Sí tal: á pedir de boca.

D. Cir. ¡Bravo!

D. Sat. La dama está loca.

D. Cir. ¡Oigan!

D. Sat. Y el barba tambien.

D. Cir. Di á los actores...

D. Sat. ¡Qué flema!

D. Cir. Que no accionen demasiado.

¡Jesus! Salgo marcado.

cuando dan en esa tema.

D. Sat. ¡Oh! Sí. Y usted que es tan parco...

D. Cir. Bueno es que tú les recuerdes...

(*Acompaña con la accion todas las palabras de estos versos y de los otros dos que mas adelante estan de letra cursiva.*)

Entre dos álamos verdes

que juntos forman un arco...

Asimismo como soy

(*Yendo á tomar el sombrero.*)

Ciriaco, representaba

cierto actor que fastidiaba...

D. Sat. Ya no hay paciencia... Me voy.

ESCENA X.

D. CIRIACO. (*Vuelve con el sombrero puesto, y no advierte que se ha ido don Saturio.*)

¡Cuidado que era trabajo

(34)

el ver... Ahora entra el busilis.—
*Por no despertar á Filis
pasa silencioso el Tajo.*

(Viendo que está solo.)

¡Calla! ¡Se ha ido? ¡Me alegro!
¡Qué desatencion! ¡Qué audacia!
¡Oh! Como él dé en esa gracia,
pronto se queda sin suegro.





ACTO SEGUNDO.



ESCENA PRIMERA.

NEMESIA.

¡Señorita!... Hace un instante
que la dejé en el balcon.
¿Se habrá ido?— ¡Señorita!...
Dicho y hecho: se marchó.
¡Cómo ha sabido guardarme
las vueltas!— ¡Válgame Dios!
Mi autoridad se atropella.
Mucho declinando voy.
Se emancipa don Ciriaco,
y ya va dando en la flor
de imitarle Lucianita.
La casa está en rebelion.
¡Plantarme de esta manera!
¡Dejarme sola! ¡Qué horror!
¡A toda una ama de llaves,
á una muger de mi pro....
Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy.
Un tiempo me obedecia
como la oveja al pastor,
mas ¡ay! ya va conociendo
que tiene uso de razon.
Ya aspira á romper el yugo
que quiero imponerla yo;
y una vez con dulce flecha
herido su corazon,
despreciará mis consejos
por seguir los del amor.—
Aprended, flores, de mí

lo que va de ayer á hoy.
 Tantos años sometido
 á mi alta jurisdiccion,
 nada hacia don Ciriaco
 sin permitírsele yo.
 Como el cuitado no tiene
 todo lo de Salomon,
 se esforzaba mi talento
 á discurrir por los dos;
 y ahora en la misma casa
 que entronizada me vió,
 ultrajada, indefinida
 no tengo voto ni voz.—
 Aprended, flores, de mí
 lo que va de ayer á hoy.
 ¿De dónde viene mi mengua?
 ¿Será que el tiempo veloz
 las flores de mi hermosura
 en abrojos convirtió?—
 ¿Y es mas jóven por ventura
 ese bendito varon?
 ¿Se adelanta mas que el suyo
 mi desdichado reloj?
 ¡Ay triste de mí! Yo creo
 que se han parado los dos.
 Aprended, flores, de mí
 lo que va de ayer á hoy.

ESCENA II.

D. RODRIGO. NEMESIA.

D. Rod. (No la veo.)— ¿Cómo
 asi tan sola?— ¿Se ha levantado
 mi primo?

Nem. Y aun se ha marchado.

D. Rod. ¿Tambien don Ciriaco?

Nem. Sí.

D. Rod. Bien.

Nem. ¿No hay mas que preguntar?

D. Rod. ¡Ah! Sí... Lucianita bella...

Nem. ¿Si está usted muerto por ella
qué vale disimular?

D. Rod. Yo...

Nem. Sí, sí: estoy en mis trece.

D. Rod. Me hará usted creer, señora,
que mi corazón la adora;
y esto....

Mem. ¿Qué! ¿No lo merece?

¿Don Rodrigo, don Rodrigo!

Ya de la infancia salí.

La que se me escape á mí...

D. Rod. Solo en calidad de amigo....

Nem. ¿Oh! Ya es esto inaguantable.

Deje usted ese estribillo,
que ha de darme un tabardillo
con su amistad perdurable.

¿Eh! Fícese usted de mí.

Hable usted. Según las trazas
si usted lleva calabazas,
que me las elaven aquí.

(Con el dedo en la frente.)

La que mata á usted de amores
y le cautiva y le abrasa

está abí al lado, en la casa
de su amiguita Dolores.

La llamaré...

D. Rod. Nada de eso.

No la quiero incomodar.

Nem. Yo sé que se ha de alegrar.

D. Rod. ¿Oh! No. Sería un esceso....

Nem. Pero, señor, yo pregunto:

¿qué temor...

D. Rod. La envidia muerde...

Nem. Bien, bien. Usted se lo pierde.

No se hable mas del asunto.

D. Rod. (Su curiosidad castigo.)

Nem. (Sin duda en mí no confía,
y es inútil mi porfía.

¿Vaya, que el tal don Rodrigo...

Parece que en el complot
se propone entrar también

- para destronarme.)
D. Rod. (*Ha tomado un libro.*)
 Bien :
 una novela de Scot. (*Se sienta.*)
Nem. ¿Va usted á leer ?
D. Rod. Si señora.
Nem. (*Ya tus intenciones veo.*)
 ¿No sale usted á paseo?
 Las siete y media. Ya es hora.
D. Rod. ¿La incomodo á usted ?
Nem. No tal.
 ¿Cómo es posible que á mi...
 Pero extraño mucho...
D. Rod. Aquí
 corre un fresco celestial.
Nem. El Prado estará mejor;
 y ahora que el sol no molesta...
D. Rod. ¿Prado; y en día de fiesta!
 No lo nombre usted. ¡Qué horror!
 ¿Quién tal gentío tolera,
 tanto polvo y confusion,
 tanto y tan rudo apretón,
 tanta cara dominguera?
 Dios nos libre. En esta silla
 prefiero esperar leyendo
 á mi primo, sin estruendo,
 sin polvo...
Nem. ; Al primo ! Esa es grilla.
D. Rod. ; Cómo...
Nem. ; Acaso yo me mamo
 el dedo ? A mi señorita
 espera usted. Ya me irrita...
D. Rod. Bien si usted se empeña...
Nem. El amo.

ESCENA III.

D. RODRIGO. D. CÍRIACO. NEMESIA.

- D. Cir.* ; Oh don Rodrigo !
D. Rod. (*Deja el libro y se levanta.*)

¡Señor

don Ciriaco!

D. Cir. ¿Cómo va?*D. Rod.* Perfectamente. ¿Y usted?

¿Bueno?

D. Cir. Sí; no hay novedad.

¡Solito aqui con Nemesia!

¿La quiere usted cortejar?

D. Rod. Leyendo estaba...*D. Cir.* Ya veo
que fuera mucha bondad
á una muger de sus años
hacer la corte.*D. Rod.* No tal.

Nemesia...

D. Cir. No está la pobre

para esas empresas ya.

Nem. ¡Mire usted quien se lo dice!

Un inútil carcamal...

D. Cir. Allá nos vamos los dos.*Nem.* Usted tiene mas edad
que yo.*D. Cir.* Cierto; pero al cabo
dos ó tres años de mas
ó de menos...*Nem.* Al señor
poco le debe importar
nuestra fecha.*D. Cir.* Ya es antigua.*Nem.* Es falta de urbanidad...*D. Cir.* Yo me acuerdo, y tú tambien,
del terremoto de Oran.*Nem.* Se engaña usted.*D. Cir.* No por cierto.*Nem.* Usted me quiere insultar.*D. Cir.* No, muger. Yo no te agravio
por decirte la verdad.*D. Rod.* Don Ciriaco se chancea.

No lo tome usted á mal.

Nem. Yo no gusto de esas chanzas.*D. Cir.* ¡Eh!...

Nem. No me haga usted hablar,
porque diré atrocidades.

D. Rod. Vamos, vamos; haya paz.
¿Qué diablos... El tiempo vuela
sin volver la cara atrás...
¡Oh! Y lo que es esta señora,
seamos justos, está
fresca y ágil todavía.

Nem. Mil gracias. (Es muy galan,
muy cortesano; eso sí.)

D. Rod. Yo no sé los que tendrá,
pero apenas representa
cuarenta años.

D. Cir. Tiene mas.

Nem. ¡Oh qué hombre!

D. Cir. Yo diré á usted.
Treinta y tres del siglo actual.
Ella nació...

Nem. ¿Se prepara (*Interrumpiéndole.*)
el baño?

D. Cir. Sí.

Nem. (De alquitran
habia de ser.)

D. Cir. Cincuenta,
cincuenta y cuatro... Cabal.
Cincuenta y cuatro ha cumplido
la vispera de San Juan.

Nem. ¡Oh!... (Cuando le pille á solas
bien me las has de pagar.)

ESCENA IV.

D. CIRIACO / D. RODRIGO.

D. Cir. ¡Que nunca quieran ser viejas
las mugeres! ¡Fuerte afan...

D. Rod. ¡Eh! ¿Qué importa...

D. Cir. ¿Sabe usted
que hace un calor infernal?
Hoy el termómetro sube
á treinta grados y mas.
¿Usted no pasea?

D. Rod.

No.

Espero á mi primo...

D. Cir.

Ya.

Bien hecho. Pues yo que vengo desde la calle Imperial...

Ya se vé, las pretensiones de mi hermano Baltasar

el brigadier... ¡Santo Dios!

Me tiene hecho un azacan.

Ya sabe usted que pretende el gobierno militar de...

D. Rod.

Si señor. (Dios me asista.)

D. Cir.

Y el grado de mariscal de campo.—Como él no puede sin real licencia mudar

de domicilio, y las cartas tardan una eternidad,

me ha endosado la incumbencia de andar de aqui para allá,

á Palacio, al ministerio,

á la inspeccion general..

Por fin no va mal la cosa.

Ello sí, me hacen sudar, pero creo que el gobierno para mi hermano será.

D. Rod.

Lo celebraré infinito.

D. Cir.

Ahora acabo de entregar al ministro de la guerra el último memorial.

D. Rod.

Me alegro.

D. Cir.

Como yo escribo con tanta velocidad,

lo puse en cuatro minutos.

Dice así: «Don Baltasar

(Como maquinalmente figura escribir en el pecho de don Rodrigo lo que va relatando.)

Villalonga, brigadier..

et cætera. Con la mas

profunda veneracion

á vuestra real Magestad

dice: que habiendo obtenido
por gracia particular
el empleo de cadete
á los veinte años de edad,
pasó como abanderado
al reino de Portugal
año de mil setecientos...

D. Rod. Don Ciriaco, por piedad...

D. Cir. Aquí traslado su hoja
de servicios de pe á pa.—
«En atencion á lo espuesto,
á su mucha antigüedad
y á sus honrosas heridas...

D. Rod. (¡Ay! ¡Tambien las va á copiar
en mi pecho.)

D. Cir. «Y al atraso
que esperimentando está
en su carrera...

D. Rod. (Yo muero.)

D. Cir. «A vuestra real Magestad
humildemente suplica...

D. Rod. Ya, ya infiero lo demas.

D. Cir. «Le nombre gobernador
del castillo y la ciudad
de...

ESCENA V.

D. CIRIACO. D. RODRIGO. NEMESIA.

Nem. Señor...

D. Cir. ¿Qué hay?

D. Rod. (Respiremos.)

Nem. Ya está el baño.

D. Cir. Voy allá.

D. Rod. (¡Gracias al cielo..)

ESCENA VI.

D. CIRIACO. D. RODRIGO.

D. Cir. (Volviendo á la accion de antes.)
«Vacante

por muerte de don Beltran...

D. Rod. ¡Ah verdugo!

D. Cir. El apellido
no recuerdo. ¡Voto va...
»Dominguez. Gracia que espera
de la notoria bondad
de tan amado monarca,
cuya... *et cætera*. Alcaráz
siete de agosto de mil
ochocientos...

D. Rod. ¿Está ya?

D. Cir. «Treinta y tres.»

D. Rod. ¡Oh! ¿Ni aun la fecha
me quiere usted perdonar?

D. Cir. Ya he concluido.

D. Rod. Me alegro.

(*Toma tierra del suelo y se la echa sobre el pecho.*)

D. Cir. El rey lo recibirá...

¿Qué hace usted?

D. Rod. Estoy echando
arenilla al memorial.

D. Cir. (*Riéndose.*) Vaya, que este don Rodrigo
es gracioso si los hay.—
Mucho tarda don Saturio,
y bien pudiera...

D. Rod. El vendrá.

D. Cir. Le haria á usted compañía,
pero tengo que tomar
el baño...

D. Rod. Sí; vaya usted.

No permite mi amistad
que se incomode...

D. Cir. Luciana

ha pasado á visitar
á su amiga. ¿Quiere usted
que mande á llamarla? ¡Juan!...

D. Rod. No. ¿Para qué? Yo no soy
de cumplimiento.

D. Cir. (*Se acerca mucho á don Rodrigo.*)

¿Qué tal?

¿No es buena boda?

- D. Rod.* En efecto...
- D. Cir.* El buen don Saturio está muy contento de su novia.
- D. Rod.* No sería racional si no lo estuviera.
- D. Cir.* (*Asiendo una punta del pañuelo del cuello de don Rodrigo y moviéndola en todas direcciones hasta que desata el nudo.*)

Yo... ,

hablemos con claridad ,
 conozco que á la muchacha ,
 como dice aquel refran ,
 no la ha entrado por el ojo
 derecho; y á la verdad
 no lo estraño, don Rodrigo,
 porque es tan original
 ese hombre, tan petulante...
 Usted me ha de perdonar.
 Siendo su primo no es justo...
 Cierto es que su probidad,
 su ilustre cuna, sus prendas
 deben hacer olvidar
 sus defectos... ; Ay amigo!

(*Va á atarse el pañuelo don Rodrigo y le toma la mano don Ciriaco.*)

Mi ternura paternal...

- D. Rod.* (Paciencia.)
- D. Cir.* Solo desea
 labrar la felicidad
 de Luciana.
- D. Rod.* No lo dudo.
- D. Cir.* Hay de por medio un galan
 que la pretende.
- D. Rod.* Ya sé:
 don Torcuato.
- D. Cir.* (*Sobando á don Rodrigo le va quitando uno por uno los botones del chaleco.*)

¡Y qué tenaz
 es el hombre! Conociendo
 que prefiero á su rival,
 no desiste...

D. Rod.

¿Desistir?

Yo sé de cuanto es capaz
un hombre cuando se empeña
en moler y dislocar
al prójimo.

D. Cir.

Lucianita

le ha tenido voluntad;
pero, sea que aquel genio
caviloso y suspicaz
ya la fastidie, ó que al fin
mi paterna autoridad
haya vencido...

D. Rod.

Pero, hombre...

Si yo no me he de bañar...

D. Cir.

(Sin darse por entendido.)

Yo quisiera, porque soy
muy amante de la paz,
poder conciliar su gusto
con el mio.

D. Rod.

Es natural

D. Cir.

Mas los jóvenes del dia...

Echese usted á buscar
un yerno donde hay tan pocos
que al lazo matrimonial
(Acabando de desabrocharle.)
no tengan antipatía.

D. Rod.

(Con fervor.) ¡Ah! No señor. La beldad
de Lucianita, su gracia
y aquel genio angelical
tanta ventura prometen
á quien la lleve al altar,
que el hombre mas enemigo
de la coyunda nupcial
suspiraria...

D. Cir.

(Mirando su reloj.) ¡Qué tarde!
El baño se va á enfriar.—
Abur, abur. Hasta luego.

ESCENA VII.

D. RODRIGO.

(Uncriado trae luces y se retira.)

¡Oh!... Llévete Barrabás.

Me está diciendo sandeces

una hora el animal;

me manotea; me pone

mas blando que un cordoban;

al fin logro meter baza;

me resuelvo á declarar

mi amor á su hija, ¡y me vuelve

las espaldas! ¡Voto á San...

(Componiéndose el pañuelo y abrochándose el chaleco.)

¡Lindo me ha puesto! Si dura

el coloquio un poco mas,

no hay recurso, me convierte

en viva efigie de Adán.

ESCENA VIII.

D. SATURIO. D. RODRIGO.

D. Sat. ¡Oh primo! ¿Tú por aquí?*D. Rod.* Sí.*D. Sat.* ¿Me has venido á buscar
tal vez para pasear
juntos esta noche?*D. Rod.* Sí.*D. Sat.* Perdóname, que por hoy
no te puedo acompañar.*D. Rod.* ¿Por qué?*D. Sat.* Se va á ejecutar
mi comedia; y, ya ves, voy...*D. Rod.* ¿Es cierto?*D. Sat.* Sí. Palco y coche
tengo á tu disposicion.*D. Rod.* ¿Esta noche es la funcion?

D. Sat. Sí.

D. Rod. Te silban esta noche.

D. Sat. ¡Qué bobada! Cuando yo
la hago poner en escena...
El barba la dió por buena,
y el consueta le apoyó.
Su mérito literario
reconoce el maquinista.
No hay otra mejor en lista.—
Me lo ha dicho el empresario.

D. Rod. Si de balde se la diste,
no es mucho...

D. Sat. ¿Soy yo venal?
No pido por ella un real
aunque está llena de chiste.

D. Rod. Ya.

D. Sat. Para evitar las trabas
que han sufrido mas de cuatro
antes de darla al teatro
me agarré á buenas aldabas.

D. Rod. Tanta recomendacion,
yo la verdad no te callo,
no te asegura que el fallo
del auditorio burlon....

D. Sat. Me aplaudirá.

D. Rod. ¿Quién lo dice?

D. Sat. Yo.

D. Rod. Cuando lo dices tú...

D. Sat. Ya prevengo un *ambigü*
que mi triunfo solemnice.

D. Rod. ¿Cómo puedes recrearte
con semejante quimera
si no conoces siquiera
los rudimentos del arte?
¡Ah! Si Dios no lo remedia...

D. Sat. ¿No estudié, pese á tu casta,
gramática....

D. Rod. ¿Y eso basta
para hacer una comedia?

D. Sat. Basta y sobra; y yo no aguanto
que un primo....

- D. Rod.* No te acalores.
- D. Sat.* En la corte hay escritores
que no saben otro tanto.
- D. Rod.* Asi son ellos.
- D. Sat.* Y en fin,
mi talento nada escaso
puede.... ¿Se escriben acaso
las comedias en latin?
- D. Rod.* No, primo querido: mas...
- D. Sat.* Todos alaban la mia.
- D. Rod.* Algunos por cortesía
y por mofa los demas.
- D. Sat.* ¿Se han de gozar en mi daño
los que mi genio estimulan?
- D. Rod.* Dí mas bien los que te adulan.
- D. Sat.* Y tú....
- D. Rod.* Yo te desengaño.
- D. Sat.* Pues con eso nada alcanzas;
no. Por mucho que me digas...
- D. Rod.* Claro está; tú no mendigas
consejos, sino alabanzas.
- D. Sat.* Yo he de brillar en la corte
aunque de envidia te pelés,
y ofreceré mis laureles
á los pies de mi consorte.
- D. Rod.* Aunque digan lo contrario
barba, galan y consueta,
tú no has nacido poeta;
y es designio temerario....
- D. Sat.* ¿Cómo! Tú has perdido el seso.
¿Poeta? ¿Estraño capricho!
¿Qué no soy poeta has dicho?
Bien. ¿Qué tenemos con eso?
Tu de la misa la media
no sabes. ¿Hace en el dia
gran falta la poesía
para urdir una comedia?
¿Soy yo algun zote, algun bobo?
Yo he leído á *Cañizares*,
á *Arellano*, *Valladares*,
Comella y *Gerardo Lobo*.

Comprendo como el primero
el arte, y sin mucho afan:—
como que he sido galan
en un teatro casero.

Sé muy bien que una comedia
con bodas ha de acabar,
y á lo sumo ha de durar
dos horas ó dos y media.
Sé que en actos se divide,
y los actos en escenas,
y que al fin como á un Mecenas
perdon al pueblo se pide.
Sé que el escritor novel
por temor de una derrota
se anuncia con una nota
que ocupa medio cartel.

Me he suscrito esta semana
á la *Revista*, al *Diario*....,
y he comprado el Diccionario
de la lengua castellana.

Pues ¿qué me falta en rigor
de cuanto se pide á un hombre
para aspirar al renombre
de dramático escritor?

¿Ser poeta? ¿Qué locura!
Dime tú, ¿la mayor parte
de los que ejercen el arte
son poetas por ventura?

¿Solo de Talía al sólio
un poeta ha de aspirar?

No, no es posible aguantar
tan horrible monopolio.

Fuera mucha tiranía
que tres autores ó cuatro...
¿Vaya! Una cosa es teatro,
y otra cosa es poesía.

D. Rod. Inútil es porfiar
con hombre tan mentecato.

D. Sat. ¿Cómo!.. Aquí está don Toreuato.
El dirá si es regular....

ESCENA IX.

D. SATURIO. D. RODRIGO. D. TORCUATO.

D. Rod. No te canses. ¿Para qué,
si yo la palma te cedo?—
(Otro estorbo. Ya no puedo
verla á solas.— Volveré.)
(*Se retira saludando á don Torcuato.*)

ESCENA X.

D. SATURIO. D. TORCUATO.

D. Tor. Aqui me tiene usted ya,
señor mio.
D. Sat. ¿Ah! Bien. Me alegro.
Habrá recibido usted
un recado...
D. Tor. Con efecto;
y aunque el lugar de la cita
es muy estraño por cierto....
D. Sat. ¿Qué dice usted?
D. Tor. No reparo
cuando se trata de un duelo...
D. Sat. ¿Hombre! Yo...
D. Tor. Pocas palabras.
El sitio; la hora. Prestó.
D. Sat. Oiga usted...
D. Tor. A mí me toca
elegir las armas.
D. Sat. Pero...
D. Tor. El florete, ó la pistola:
á eleccion de usted lo dejo.
D. Sat. ¿Pero quién, hombre de Dios,
quién ha dicho que mi objeto....
D. Tor. ¿Cuál puede ser? ¿No es usted
mi rival? ¿No es caballero?
Yo amo á Luciana; la adoro;

la idolatro: no lo niego;
usted la adora tambien:
debo pensarlo á lo menos;
usted no renuncia á ella;
yo tampoco; y este pleito
solo puede sentenciarse
con el plomo ó con el hierro.

D. Sat. ;Si no hay tal pleito, señor!
Yo soy absoluto dueño
del corazon de Luciana.
Si á usted le quiso algun tiempo,
ahora yo solo soy
el blanco de sus deseos.
¿Qué se ha de hacer? Son vaivenes
de la fortuna. ¿Y por eso
se han de matar dos hidalgos?
Soy sensible; lo confieso;
sé lo que es una pasion,
y de usted me compadezco.

D. Tor. ;Eh! Nada de compasiones.
Un balazo es lo que quiero.

D. Sat. Vaya, usted no está en su juicio.
Yo que de veras le aprecio...

D. Tor. ;Don Saturio!...

D. Sat. Le he llamado
para darle un buen consejo.
Procure usted dominar
ese desgraciado afecto.

¿No ve usted, santo varon,
que si muestra sentimiento
por el desden de Luciana
hace mayor mi trofeo
y halaga su vanidad?

D. Tor. ;No ve usted que el bello sexo...
;Oh!... Yo no he venido aqui
á escuchar razonamientos
de moral.

D. Sat. Nada. Usted debe
manifestarse muy fresco...

D. Tor. ;Fresco! Fácil es decirlo.
¿Sabe usted que estoy ardiendo?

D. Sat. Mal hecho. Yo bien conozco que ha sido mucho el desprecio con que le ha tratado á usted Lucianita.

D. Tor. Eso no es cierto.
Yo...

D. Sat. ¿De qué sirve negarlo?
Yo soy justõ. No lo aprnebo.
¡Vaya! ;Tratar de esa suerte á un escelente sugeto,
á un...

D. Tor. Mi paciencia se apura.
Charlatan de los infiernos,
yo he venido...

D. Sat. Ya se ve;
tambien tiene usted un genio...
Cachaza, cachaza, amigo.

D. Tor. (No sé cómo me contengo.)

D. Sat. Ella está muerta por mí:
eso lo conoce un ciego;
mas bien pudiera quererme
sin hacer esos extremos;
sin desesperarle á usted,
y echarle un dogal al cuello,
y abismarle...

D. Tor. ;Voto á brios...

D. Sat. Yo que de justo me precio
la he reprendido; y no dudo
que ha de hacer muy buen efecto
mi sermou. La pobrecilla
me ama tanto...

D. Tor. (Yo rebiento.)

D. Sat. ;Nada! Usted no dé su brazo
á torcer. Siga viniendo...
Háblela usted como amigo.
Diga usted que han sido un juego,
una chanza sus amores.
Asi se pone á cubierto
el amor propio, y en fin...:

D. Tor. (Le voy á ahogar...)

(Se adelanta hácia don Säturio con los brazos le-

vantados en actitud de maltratarle : don Saturio cree que le va á abrazar y le estrecha fuertemente en los suyos quitándole la accion.)

D. Sat. ¡Bueno! ¡Bueno!

¡Un abrazo! ¡Bravo! Amigos
hasta morir.

D. Tor. (Pugnando por desprenderse.)

¡Oh! Primero...

ESCENA XI.

D. SATURIO. LUCIANA. D. TORCUATO.

Luciana. ¡Cómo! Abrazados los dos...

(Al llegar Luciana se separa don Saturio de don Torcuato.)

D. Tor. (¡Luciana!)

Luciana. Mucho me alegro...

D. Sat. Sí; no podias venir,
prenda mia, á mejor tiempo.
El amable don Torcuato
reconoce mis derechos,
y nuestra mútua amistad
será de hoy mas el modelo...

D. Tor. Señora, yo... (Loco está;
mas loco que yo.) Protesto...

D. Sat. Ahora bien, haced vosotros
las paces: solos os dejo.
Quiero que seais amigos,
ya que el lazo de Himeneo
no os puede unir, pues yo solo
de ese corazon soy dueño.—
Voy á escribir una carta;
cuatro líneas: pronto vuelvo.—

(A Luciana.)

¿Tú te ries? Bien; lo aplaudo.—

(A don Torcuato.)

¿Usted tambien? Lo celebro.—

¿Cuánto va á que quiere usted
ser mi padrino?—Lo acepto.

ESCENA XII.

LUCIANA. D. TORCUATO.

D. Tor. ¡Y yo rio; yo que tengo
en la garganta un cordel!

Luciana. ¿Es posible no reirse
de semejante sandez?

D. Tor. Cuando él habla de ese modo
alguno le apoya...

Luciana. ¿Quién?
¿No le he dicho á usted mil veces
que no le puedo querer?

D. Tor. Ya. Con decírmelo á mí...

Luciana. Yo nunca le he dado pie
para que objeto se crea
de mi cariño; antes bien
si tuviera entendimiento...
Aun me va á comprometer
mi padre á alguna locura.

D. Tor. ¿Es la locura tal vez
el premiar mi tierno amor;
el ser mi esposa...

Luciana. No sé.

D. Tor. ¡Ah ingrata!

Luciana. Yo no decia...

D. Tor. No se me oculta la hiel
de tus palabras.

Luciana. ¿Volvemos
á la de antes?

D. Tor. Ya no hay fé;
no hay virtud en las mugeres.
La que parece mas fiel...

Luciana. Si usted me dejara hablar
ya le hubiera dicho...

D. Tor. ¿Qué?

Luciana. Que con ostigarme tanto,
lejos de hacerme ceder,
convierte en valor mi padre
mi natural timidez;

que ha llegado ya á su colmo
el odio que tengo...

D. Tor. ¿A quién?

¿A mi?

Luciana. No, no. A don Saturio;
y encerrada moriré
en un convento primero
que desposarme con él.

D. Tor. ¡Oh ventura! Yo he vencido.
No me cambio por un rey.
Yo solo...

Luciana. ¿He dicho yo acaso
que el preferido es usted?

D. Tor. ¡Cómo! ¿Algún rival oculto
me disputa el dulce bien
que mi corazón anhela?

Luciana. Sí señor.

D. Tor. ¿Quién es? ¿Quién es?
Dilo, y mi furor...

Luciana. No es hombre.

D. Tor. ¡No es hombre!—¿Es quizá muger?

Luciana. Ese es infame carácter;
ese genio de Luzbel
que le hacè á usted insufrible.

D. Tor. ¡Ah! Sí. Maldecido, amen,
sea yo si á impacientarte
vuelve mi genio otra vez.

Luciana. Necia seré si tal creo.

D. Tor. ¡Oh! No. Mírame á tus pies..:

ESCENA XIII.

LUCIANA. D. TORCUATO. D. SÁTURIO *con una pluma en
la mano.*

D. Sat. ¡Bravo! ¡Muy bien!—Quieto, quieto.

D. Tor. Sí, sí: quieto me estaré.

D. Sat. Nunca está mejor el diablo
que á los pies de San Miguel.—
¡Ah fiera! ¿Aun no le perdonas?
¿Puede hacer más? Ya le ves.

¡Infeliz!—Dale la mano.

Luciana. Yo...

D. Sat. Dásela.—No por él,
sino por mí.

Luciana. Si es forzoso...

(¡Qué necio!) Tómela usted.

D. Sat. ¡Arriba! Un ósculo ahora
de amistad. ¡Eh? Bien, muy bien.

(*Don Torcuato besa la mano á Luciana.*)

ESCENA XIV.

LUCIANA. D. TORCUATO.

D. Tor. ¡Ah Luciana! Esa fineza
me ha colmado de placer.

Luciana. Dele usted á don Saturio
las gracias; no á mí.

D. Tor. Cruel,
solo por atormentarme
me niegas el interés
que tu corazón...

Luciana. Confieso
que en el confuso tropel
de afectos que me domina
no me puedo comprender
á mí misma.

D. Tor. Eso es decir
con amable sencillez
que es usted una coqueta.

Luciana. Bien pudiera suceder
que á pesar mio lo fuese.

D. Tor. ¿Sí?

Luciana. Con hombres como usted
de ser víctima ó coqueta
no se exime una muger.

D. Tor. ¡Ah! No seas ni uno ni otro.
Sé mi único dueño, sé
la delicia de mi vida.
Seré humilde como Abél,
tierno, dócil, confiado...

Lo que tú quieras seré.

Luciana. (¡Pobre Torcuato! Me adora á pesar de mi desden.—

(*Le mira sonriéndose.*)

¡Ah! Cuando da en ser amable,
¿quién es mas amable que él?)

D. Tor. ¡Callas! ¡Me miras! ¡Te ries!

No me queda mas que ver.

Ya soy objeto de mofa
para tí. ¡Digna merced
de mi ardiente amor! ¡Oh cielos!
Al fin la venda rompeis
que me cegaba.

Luciana. ¡Esta es otra!

Si, al contrario...

D. Tor. ¡Buen papel

Estoy haciendo!

Luciana. ¡Torcuato!

D. Tor. ¿Tanta es mi ridiculez,
que solo soy á tus ojos
un payaso de entremes?

Luciana. Oigame usted...

D. Tor. ¿Qué he de oír?

¡Oh vergüenza! ¿A dónde iré,
triste juguete, ludibrio
miserable...

Luciana. Yo...

D. Tor. Deten;

deten la lengua perjura.

Luciana. (¡Ah maldito de cocer!)

D. Tor. A Dios, á Dios. Yo te juro
por lo mas sagrado...

ESCENA XV.

LUCIANA. D. TORCUATO. D. SATURIO.

D. Sat. ¡Eh!

(*Deteniéndole. Luciana se sienta aburrida.*)

¿Dónde va usted tan de prisa?

Esta noche se va á hacer

mi comedia , y tengo palco :
con que...

D. Tor. Mal horno de pez
para el palco , y la comedia ,
y para el autor tambien.

D. Sat. ;Cómo...

Luciana. ;Por Dios , don Saturio !
(Esta casa es un babel.)
Déjle usted que se vaya
y no vuelva.

D. Tor. Volveré.

Sí ; que á mí no se me trata
como á un hombre de la bez
del pueblo ; y nos han de oír
los sordos...

D. Sat. ;Dios de Israel !

¿Qué es esto ?

D. Tor. Si usted se casa
con ese hidalgo soez.

ESCENA XVI.

LUCIANA. D. SATURIO.

D. Sat. ;Diablo de hombre ! ¿Qué le has hecho ?
que dando tal campanada
se aleja...

Luciana. Nada.

D. Sat. ;Y por nada
coge con la mano el techo ?
Vaya ; es loco rematado.
;Despues que yo lo compongo
todo , apearse... Supongo
que él no se habrá propasado.

Luciana. ;Don Saturio !

D. Sat. No te alteres.

Ya sé yo que tu pudor ,
y sobre todo el fervor
con que á mí solo me quieres...

Luciana. ¿Quiere usted dejar me en paz ?

D. Sat. ;Pues ! ;De mal humor te ha puesto !

Sin duda ese hombre indigesto
se destetó con agraz. —

¿No respondes? ¿Con quién hablo?

¡Oh! Si yo fuera zeloso...

¡Lucianita! ¿El rostro hermoso
vuelves airada? ¿Qué diablo...

Esa es ya mucha ternura,

Lucianita. Por los cielos

juro que no tengo celos

de ese jóven. ¿Qué locura!

Antes debo suplicarte

que perdones mi manía. —

Vaya; alégrate, alma mía.

Yo que deseo obsequiarte...

Luciana. (¡Qué suplicio!)

D. Sat.

Hoy se ejecuta

mi comedia. Tú vendrás,

por supuesto. Ya verás

qué escena la de la gruta.

Hay también cena, torneo,

máscaras, evoluciones,

un proceso de ladrones,

y naufragio, y tiroteo.

Te divertirás. ¿Qué drama!

Luciana. Sí; como de tal ingenio.

D. Sat. ¿Qué sirve Inarco Celenio

para...

Luciana. ¡Dale! Yo...

D. Sat.

La dama...

(*Mira su reloj.*)

¡Oh! Las ocho y doce. Voy...

Vístete tú. La comedia

se empieza á las ocho y media.

Luciana. Para comedias estoy.

D. Sat. ¿Qué escucho! ¿Aun no se te pasa

la murria? Ven. No te enfades

Luciana. ¿Yo? ¿Para oír necesidades?

Bastantes oigo en mi casa.

(*Voces dentro como de riña.*)

D. Sat. ¿Es posible que te piques

hasta el punto...

(6o)

- Nem.* (Dentro.) No señor.
D. Sat. ¡Calla! Esos gritos...
Nem. (Dentro.) ¡Qué horror!
D. Cir. No tal. (Dentro.)
Nem. (Dentro.) Sí tal.
D. Cir. (Dentro.) No repliques.
D. Sat. Aedamos.

ESCENA XVII.

LUCIANA. D. SATURIO. D. CIRIACO. NEMESIA.

- D. Cir.* (En bata.) Voto á brios!...
Nem. No señor; no.
D. Cir. ¡Qué! ¿No mando
yo en mi casa? ¿Desde cuando...
Nem. Con ninguno de los dos.
No he de sufrir tal desastre.
D. Sat. Sepamos...
Luciana. ¡Padre...
D. Sat. ¡Qué infierno!
D. Cir. Lo he dicho: será mi yerno.
Nem. Será lo que tase un sastre.
D. Cir. ¿No soy yo su padre?
Nem. No.
D. Cir. ¿Qué se entiende...
D. Sat. Vamos...
Luciana. Dime...
Nem. No es su padre quien la oprime.—
pero aun vivo, aun vivo yo.
D. Cir. ¡Gran persona!
Nem. ¿Gran persona?
D. Sat. Haya paz...
Nem. Aquí lo soy.
D. Cir. Eso me faltaba hoy;
que una dueña quintañona...
Luciana. ¡Padre!
D. Sat. Calle usted que es mengua...
Nem. Cuidado con insultarme,
que por menos de un adarme...
¡No me busque usted la lengua!...

- D. Sat.* ¡Qué osadia! ¡Qué descaro!
Nem. Mire usted que aqui va á haber toros y cañas.
Luciana. ¡Muger...
Nem. Mire usted que canto claro.
D. Cir. ¡Calle...
Nem. No me da la gana.
Sacaré trapos al aire.
¡A mí hacerme tal desaire!
¡A mi!
D. Cir. Márchate Luciana.
Luciana. Pero...
D. Cir. Vete.
D. Sat. Sí. Tu auxilio no es del caso en tal momento. Ya verás con mi talento qué pronto los reconcilio.

ESCENA XVIII.

D. CIRIACO. D. SATURIO. NEMESIA.

- D. Sat.* Vamos, juicio. Sepa yo de qué nace esta quimera.
D. Cir. Esa vieja cominera...
Nem. No, sino usted...
D. Cir. No.
Nem. Sí.
D. Cir. No.
Ella me falta al respeto.
Nem. Él con fiera ingratitud...
D. Sat. Mas flema, que la salud...
D. Cir. Ella se mete...
Nem. Me meto...
D. Sat. Hable uno solo, por Dios; y bajo, que las paredes oyen.
Nem. Yo.
D. Sat. Tienen ustedes razon de sobra los dos.
D. Cir. No tal. Yo solo la tengo.

- D. Sat.* ¡Oh! ¿Quién lo duda?
Nem. Eso no.
 Quien tiene razon soy yo.
- D. Sat.* Es claro.
D. Cir. Miente.
D. Sat. Convengo.
 (Aun no sé por qué es la riña.)
Nem. Ese hombre es un Cancerbero.
D. Cir. ¿Cancerbero á mí!
Nem. Yo quiero
 que sea feliz la niña.
- D. Sat.* Prueba de buen corazon.
 ¿Y la riñe usted por eso?
 Vaya; á no perder el seso...
- D. Cir.* Basta, basta de sermon.
 ¿No sabes que esa marmota
 mis designios contradice
 y dice de tí...
- D. Sat.* ¿Qué dice?
D. Cir. Que debes comer bellota.
D. Sat. ¿Cómo! ¿Y usted no la estruja?
Nem. ¿A mí?
D. Sat. ¿Por vida de quién...
Nem. Digo bien; digo muy bien.
D. Cir. Es una esfinge.
D. Sat. Una bruja.
D. Cir. ¿Bruja? Eso no. Poco á poco.
 Eso de decirla injurias
 solo yo...
- D. Sat.* Pero... ¿Qué furias!
 Si yo...
- Nem.* ¡Silencio!
D. Sat. Estoy loco.
 (Hasta el fin de la escena hablan los tres á un tiempo.)
Nem. La culpa, la culpa es mia.
D. Sat. ¿Santo Dios omnipotente!
D. Cir. Por ser yo condescendiente...
Nem. ¿Quién me dijera algun dia...
D. Sat. Basta, basta de alboroto.
D. Cir. Mas no; ya no me resigno...

- Nem.* Que este pago tan indigno...
D. Sat. ¡Horrenda imágen de Cloto,
calle usted! ¡Calle usted, suegro!
D. Cir. Que se aleje esa muger.
Nem. ¡Inicuo! Debes tener
ese corazon mas negro...
D. Sat. ¡Señora!
Nem. ¡Traidor, ingrato!
¿No te acuerdas...
D. Cir. ¡Embustera!
Nem. Si yo á mis veinte volviera...
D. Sat. ¡Qué locura! ¡Qué arrebató!
D. Cir. ¡Afuera, afuera de aqui!
D. Sat. ¡No mas!
Nem. Ya me voy, mal hombre;
mas por vida de mi nombre
tú te acordarás de mí.

ESCENA XIX.

D. SATURIO. D. CIRIACO.

- D. Sat.* ¡Gracias á Dios que se fue!
D. Cir. ¡Uf! Los hofes voy á echar.
D. Sat. Usted se debe alegrar...
D. Cir. No sé dónde estoy; no sé.—
¡Y yo que tanto idolatro
la quietud... ¡Baño perdido!
D. Sat. Échese todo en olvido.—
Véngase usted al teatro...
D. Cir. Por San Francisco de Borja
déjeme usted.
D. Sat. Esta noche
dan mi comediá, y el coche...
D. Cir. ¿Qué comedia, ni qué alforja?

ESCENA XX.

D. SATURIO.

¿Tambien mi suegro? ¡Cuidado

que es mucha conspiracion...
;Oh! Yo sé que en la funcion
será mi triunfo colmado.
No es mi esperanza ilusoria.
Si el palco solo se ve,
no importa : lo llenaré
de confianza y de gloria.
;Poetas! ;Qué envidia os causo!
;Oh qué mal vais á cenar!—
Ya mi nombre oigo sonar
con estrepitoso aplauso.
;Oh! Tanto laurel me agobia.
Mañana el pueblo en tropel
dirá : «;Aquel es ; vedle ; aquel
es el Cisne de Segovia!»





ACTO TERCERO.



ESCENA PRIMERA.

LUCIANA. D. CIRIACO.

Luciana. Vaya; perdónela usted.

D. Cir. ¡Yo!

Luciana. Por cosa que no vale
la pena...

D. Cir. ¡Cómo! Me ha dicho
cuatrocientas tempestades.

Luciana. La mucha ley que nos tiene.
es causa de que desbarre
alguna vez...

D. Cir. Yo no quiero
que nadie en mi casa mande
mas que yo.

Luciana. Si ella se toma
mas de cuatro libertades,
confiese usted que la culpa
no es suya.

D. Cir. ¿Pues de quién?

Luciana. Padre,
perdone usted mi franqueza.

Quiso usted que se encargase
del gobierno de la casa...

D. Cir. Sí: y en cuanto á eso nadie
podrá decir que obré mal.

Es honrada; fiel...

Luciana. No obstante,
usted la dió desde luego
muchas alas, y ya es tarde
para cortárselas.

D. Cir. ¿Eh?

Luciana. Al menõs en mi dictámen
no es prudente, ni es posible
destruir en un instante
la obra de tantos años.

D. Cir. ¿Qué no? Pues...

Luciana. Por otra parte,
despedirla sin piedad...

D. Cir. Sí tal, antes que me arañe,
que segun la veo...

Luciana. Vamos,
¿A qué quiere usted mostrarse
rencoroso si jamas
lo ha sido?

D. Cir. No, no te canses.
A casa no ha de volver.

Luciana. ¿Por qué? Yo salgo garante
de su enmienda.

D. Cir. ¿Tú?

Luciana. No dudo
que la riña de esta tarde
le servirá de leccion
para ser en adelante
mas sumisa y apacible.

D. Cir. Tiene acibar en la sangre.

Luciana. No señor. Es que su celo...

D. Cir. ¿Me servia á mí de balde?

Luciana. Ya está arrepentida.

D. Cir. ¿Cómo!

¿Tú la has visto?

Luciana. Sí; poco hace.—

¿Dónde quiere usted que vaya
la infeliz llena de achaques,
anciana...

D. Cir. Tienes razon.—

pero yo no he de humillarme...

Luciana. Ni yo lo pretendo.

D. Cir. Bien.—

No siendo yo quien la llame...

Luciana. ¿Si no ha salido de casa!

D. Cir. ¿Ahora con eso me sales?

Luciana. Yo en la puerta la detuve

y la precisé á quedarse
contando con la indulgencia
de usted.

D. Cir. Si en algo soy fragil
es en eso. ¿Y dónde está?

Luciana. En su cuarto.

D. Cir. ¿Hecha un vinagre?
Por supuesto.

Luciana. No señor:
llorando.

D. Cir. (*Enternecido.*) ¡Llorando! — ¡El diantre
de las lágrimas...

Luciana. ¿La llamo?

D. Cir. No, que no quiero que se arme
de nuevo la pelotera.
Quédese en casa, y no se hable
mas del asunto. — (*Estas son
consecuencias naturales
de mi... Si el hombre mirara...
En fin, justo es que yo pague...)* (*Enojado.*)
Ya he dicho que la perdono.
No vuelvas á importunarme.

Luciana. ¡Si no digo una palabra!

D. Cir. ¡Hum!...

Luciana. Le doy á usted millares
de gracias...

D. Cir. Basta.

Luciana. (*Callemos,
no haga el diablo que se enfade..*)
¿Va usted á salir, pápá?

D. Cir. Sí; voy al café un instante. —
Escucha: ya sé que ha vuelto
don Torcuato á visitarte.

Luciana. Llamado por don Saturio,
que es un...

D. Cir. Sí, sí, un badulaque.

Y sin duda don Torcuato
á fuer de rendido amante
volverá luego á la hora
de la tertulia.

Luciana. Es probable.

D. Cir. Me alegro. Pues esta noche
le diré yo sin andarme
por las ramas que se vaya
con la música á otra parte.
Tú le amas...

Luciana.

Yo...

D. Cir.

Sí. Por eso

has hecho tantos desaires
á don Saturio.

Luciana.

¿Y por qué

tanto empeño en que me case
con ese hombre?

D. Cir.

Es mayorazgo,
y sus rentas...

Luciana.

Pero, padre,
¿qué falta me hacen rentas?
¿Soy yo pòbre vergonzante
para...

D. Cir.

Es regidor perpetuo,
y su esclarecida sangre...

Luciana.

¿Iré á lucir en el Prado
los timbres de su linaje?
¿Hacer pruebas de nobleza
hoy dia para casarse!
¿Qué tienen pues de comun
en este siglo mercante
con el santo matrimonio
las órdenes militares?
¿Qué importa que sus abuelos
venciesen á los alarbes,
si él es un pobre demonio,
vanidoso, estravagante
que nos tiene ya á los dos
achicharrada la sangre?

D. Cir.

En parte no dices mal.
Don Saturio es petulante,
No me oye con atencion
cuando le cuento algun lance;
cuando gusto de reñir
se empeña en que haga las paces;
quiere llevarme al teatro

cuando yo estoy para ahorcarme;
en todo me contradice,
y esto no le gusta á nadie;
mas ya le di mi palabra,
y no esperes que yo falte...

Luciana. ¿Y á una palabra indiscreta
quiere usted sacrificarme?

D. Cir. Tu felicidad deseo;
mas....

Luciana. ; Ah! ; Con ese carácter
puede hacerme venturosa?

D. Cir. ; Cómo no , si es tan afable,
tan complaciente , tan blando...

Luciana. Esas bellas cualidades
pierden toda su virtud
por la causa de que nacen.
; Tan poco dama soy yo,
ó tan bello y tan amable
es él , que nunca he de verle
celoso....

D. Cir. ; Celoso ? ; Calle!
; Tu quieres que tenga celos?

Luciana. Los tendria si me amase ;
pero es mas su vanidad
que su amor.

D. Cir. Si él te complace,
; qué mas quieres?

Luciana. Suponer
que nadie puede agradarme
sino él , y que el alma mia
se ha rendido sin combate
á su mérito sublime ,
es un insulto , un ultraje
que yo no puedo sufrir ;
y antes que con él me case
soy capaz...

D. Cir. ; Cómo se entiende...;

Luciana. Jamas...

D. Cir. ; Qué tono arrogante
es ese ? ; De cuando acá...

Luciana. Usted me precisa á hablarle

dé este modo. Si he mostrado hasta ahora resignarme con la voluntad de usted, es porque he creído fácil el lograr que don Saturio á mi mano renunciase; pero visto que ni burlas, ni repetidos desaires le convencen, antes bien todas las juzga señales del amor mas acendrado, forzoso es que ya declare mi firme resolucion de consentir que me maten primero que dar mi mano á tan necio personage.

D. Cir. ; Qué escucho! ; Tú te me atreves?

Luciana. Yo, papá....

D. Cir. ; Tú te sustras á mi autoridad paterna!

Luciana. Señor....

D. Cir. Que una ama de llaves se las apueste á su amo; eso ya es corriente; pase: muchos solterones hay que sufren ese percance con resignacion cristiana; ;pero una hija á su padre!

Luciana. ; Ah! No. Aplaque usted su enojo, que primero que yo cause á quien me dió la existencia la menor pena....

D. Cir. Adelante.

(Las lágrimas se me saltan.
; Que mi corazon se ablande con tanta facilidad!)

¿ No prosigues? (*Afectando severidad.*)

Luciana. Usted me hace temblar.

D. Cir. ; Qué temblar? ; Acaso soy yo algun Abencerrage?

Luciana. Digo que si usted se obstina, padre mio, en desposarme con don Saturio, mi mano está pronta. Los pesares me matarán; ¿mas qué importa?

D. Cir. (Esta muchacha es un angel.)

Luciana. El amor filial lo exige.
¡Paciencia!

D. Cir. (Ya ha dado al traste con mi rigor.)

Luciana. Mande usted que las galas me preparen de boda;... y al mismo tiempo las antorchas funerales.

D. Cir. ¡Hija!

Luciana. Postrada á esos pies...

D. Cir. Levanta.— ¡Virgen del Carmen!
Basta.

Luciana. Mi sentencia espero.

D. Cir. Ya he dicho que te levantes.

Luciana. Pero.... Si.....

D. Cir. (La hace levantar y la abraza.
Ven á mis brazos.

Si no quieres, no te cases con don Saturio. Dirá que yo soy un botarate; pero primero es tu vida.

Luciana. ¡Qué bondad!

D. Cir. Y mas que rabie; y más que se queje á Poncio Pilato.

Luciana. ¡Querido padre!

D. Cir. Si, Lucianita. No quiero que algun dia me comparen con esos padres feroces de novelas y romances. Cásate con don Torcuato; y si haces un disparate alla te avengas con él.

Luciana. Si valeria mi dictámen...

D. Cir. Tú le amas.

Luciana. Yo... La verdad...

D. Cir. Vamos, melindres aparte.

¡Si yo quiero darte gusto!

Me basta que tú le ames...

Luciana. Yo confieso que algun día
le tuve aficion. No obstante....

D. Cir. ¿Qué es eso?

Luciana. Dice el adagio,
señor, antes que te cases
mira lo que haces.

D. Cir. ¿Ahora
te me vienes con refranes?

Luciana. Yo seria mas feliz
no casándome con nadie.

D. Cir. ¡Chica, chica! ¿Dónde estamos?
Tú te has propuesto mofarte
de mí.

Luciana. ¿De usted, padre mio?

D. Cir. ¡Por vida de los Algarbes...
Te caso con otro, y basta
para que tú le idolatres;
te caso con él, y ya
no puedes atravesarle.
¡Oh qué espíritu endiablado
de contradiccion!

Luciana. Dios sabe...,

D. Cir. Dios sabe que las mugeres
son volubles como el aire;
Dios sabe que ya me canso
de ser complaciente en balde;
Dios sabe que un padre viudo
no es el custodio mas hábil
para una niña ojinegra
que quiere lucir el talle;
Dios sabe bien que ya es hora
de que yo duerma y descanse,
y de que algun nietecillo
me consuele en los afanes
de la vejez; sabe Dios
que no estan hoy tan sobrantes
los novios para que tú

(73)

en escrúpulos te pares;
y, en fin, sabe Dios, Luciana,
que á uno de tus dos amantes
has de dar el sí esta noche,
sino es que Dios te depare
algun tercero en discordia
que del empeño te saque.
De lo contrario, te juro
que otro campo de Agramante
va á ser esta casa: ¿entiendes?
(Gran cosa es tener caracter.)

ESCENA II.

LUCIANA.

¡Vaya que tambien me pone
mi padre en terrible apuro!
Con cualquiera que me case
de los dos voy al sepulcro
en quince dias.—¡Dios mio!
¿Por qué la suerte dispuso
que no pueda una muger
buscar marido á su gusto?
Tirana apinion, si yo
pudiera romper tu yugo;
si no temiese... ¡Infeliz!
¿En qué mi esperanza fundo?
No me ama á mí don Rodrigo;
no. Ningun amante es mudo
cuando conoce que agrada
y al menos está seguro
de no sufrir un desprecio.
¡Ah!... Y en tanto el testarudo
de mi padre... ¡Y soy tan débil
que por temer un abuso
de su autoridad... No, no.
Resuelta estoy. Con ninguno.—
(Saca un billete.)
Aqui está la humilde carta
en que se acoge á mi indulto

don Torcuato y me promete...

No. Ya es tarde. Yo le juro...

Lo mejor será escribirle

diciéndole sin preludios

que se vaya enhoramala.

(*Se sienta á escribir.*)

Sí, sí. Y al tal don Saturio

lo mismo. Una circular:

no me queda otro recurso.

¡A ver si una vez consigo

verme libre de importunos! (*Escribe.*)

ESCENA III.

LUCIANA. D. RODRIGO.

D. Rod. (Segun me ha dicho Simon

sola está. Mas oportuna

no puede ser la ocasion.

¡Ah! Si tengo la fortuna

de rendir su corazón...)

Luciana. ¿Quién ha entrado? ¡Don Rodrigo!

(*Se levanta.*)

D. Rod. Sentiria incomodar...

Luciana. Nunca incomoda un amigo.

¿Venia usted á ensayar

aquel *dueto* conmigo?

D. Rod. Otro es el objeto ahora

de mi visita, señora.

Si usted me da su licencia;

si cuento con su indulgencia...

Luciana. ¿Mi indulgencia? ¡Usted la implora!

D. Rod. Pero usted, si no me engaño,

estaba escribiendo.

Luciana. Sí.

D. Rod. ¿A don Torcuato?

Luciana. ¿Es extraño?

D. Rod. ¿De amor?

Luciana. No es él para mí.

Le receto un desengaño.

Lea usted, no hablo de chanza,

lea usted lo que escribía.

D. Rod. Señora, ¿tal confianza merece...

Luciana. De usted la haría mayor.

D. Rod. (¡Oh dulce esperanza!)

Luciana. Lea usted. Yo escribo mal, pero claro. (¡Oh Dios! Se inmuta.)

D. Rod. (Perfectamente.)

Luciana. ¿Qué tal?

D. Rod. Este billete es igual á una licencia absoluta.

Luciana. Otro del mismo tenor prevenia mi rigor al hidalgo de Segovia.

D. Rod. ¿Así paga usted su amor?

Luciana. Vaya á buscar otra novia.

D. Rod. ¿Qué dirá el presunto suegro?

Luciana. Si en esto pena le doy, ¿no es mi destino mas negro? ¿Ayer dos amantes, y hoy ni uno siquiera!

D. Rod. Me alegro.

Luciana. ¿Se alegra usted?

D. Rod. En el alma.

Luciana. Muchas gracias, caballero.

D. Rod. Así en halagüeña calma puede aspirar á la palma otro amante mas sincero.

Luciana. ¿Otro amante! ¿Dónde está? ¿Por qué se oculta á mis ojos?

D. Rod. ¡Luciana!

Luciana. (Ay Dios! Si será...)

¿Es porque teme quizá ser blanco de mis enojos? Yo no soy ninguna arpía.

D. Rod. No, sino apacible y bella cual la luz del nuevo dia; pero tiene mala estrella como amante, y desconfía...

Luciana. ¿Pero en qué, si no me trata,

en qué funda su temor?

¿Puedo yo ser en rigor
ni agradecida ni ingrata
á un desconocido amor?

D. Rod. No es tan oculto el amante
ni el amor con que batalla;
no, amiga, que á cada instante
aunque su lengua lo calla
lo revela su semblante.

Luciana. A silencio tan tenaz
quizá su orgullo le impulsa.

D. Rod. Ni es orgulloso, ni audaz.

Luciana. Si es su amor tan eficaz...

D. Rod. ¿Quién no teme una repulsa?

Luciana. ¿Cómo sabe usted su arcano?

D. Rod. Nuestra amistad...

Luciana. ¡Don Rodrigo!

D. Rod. Le quiero como á un hermano.

Luciana. ¡Vaya que es usted amigo
de todo el género humano!

D. Rod. Luciana, no es ya ocasiou
de reprimir ni callar
la mas ardiente pasion
que jamas pudo albergar
un sensible corazon.
Si la ha callado hasta ahora
el que tan rendido adora
de ese rostro el dulce iman,
no es sin motivo, señora,
que era al fin... tercer galan.
Este empleo no le gusta,
Lucianita; y sabe Dios
qué su prudencia era justa.
Un rival á nadie asusta;
¿mas quién se atreve con dos?
Sufria pues y callaba,
mas siempre obsequioso y fiel
la preferencia anhelaba.
¿Qué otro arbitrio le quedaba
en conflicto tan cruel?
Sino amado, mereció

ser estimado á lo menos,
 y su esperanza fundó
 en los errores ajenos,
 ya que en su mérito no.
 No de ellos hablaba mal
 con usted; que en su opinion
 el deprimir á un rival
 es medio ruin, criminal
 de ganar un corazon.
 Mas, cual si fuera su intento
 á mi amigo proteger
 y no el triunfo merecer,
 ambos tuvieron talento...
 para hacerse aborrecer.
 Mi amigo en tanto ocultaba
 bajo el velo de amistad
 la pasion que le abrasaba;
 y á tan sublime beldad
 en silencio idolatraba.
 Sabe Dios si á su despecho
 tanto sacrificio ha hecho;
 que aunque es grande su temor
 mal contenia al amor
 en la carcel de su pecho.
 Mas á tanto afan, señora,
 debe tambien la ventura
 de añadir mas precio ahora
 á las prendas que atesora
 tan peregrina hermosura;
 que amorosa intimidad
 produce mas de un error,
 y la muger en verdad
 no reserva á la amistad
 lo que disfraza al amor.
 Sea en fin grata ó cruel
 Luciana, llegó el instante
 de que reconozca en él
 á un tiempo su amigo fiel
 y su mas rendido amante.

Luciana. ¡Estraña declaracion!
 ¿Quién vió tanta precaucion

para descubrir un hombre
su acrisolada pasión?
¡Y aun me calla usted su nombre!
Por fortuna yo lo sé.

D. Rod. ¡Lucianita...

Luciana. Y no me pesa.

Hombre que con tanta fé
por mi dicha se interesa,
¿quién puede ser sino usted?

D. Rod. Sí, vida mía; humillado
á esas plantas lo confieso.

Luciana. ¡Hola! ¡El galan moderado
á mis pies arrodillado!

¡Tanto orgullo para eso!

D. Rod. (¡Cielos! Todo lo perdí.)

¿Será usted tan inhumana
que ahora se burle de mí.

Luciana. No por vida de Luciana...;
pero está usted bien así.

D. Rod. Yo...

Luciana. Con franqueza lo digo.

Esto es ser en realidad
mi amante.

D. Rod. El cielo es testigo...

Luciana. ¡Era ya mucha amistad
la del señor don Rodrigo!

D. Rod. ¡Ah! Mi desventura estrema
en esa risa contemplo.

Luciana. No estrañe usted que yo tema...
Eso de amar pide flema. —

Usted me ha dado el ejemplo.

D. Rod. ¡Qué, señora! ¿Mi humildad
no ha de merecer piedad...

Luciana. Esa humildad es mi gloria;
que ya dudaba en verdad
de conseguir la victoria.

D. Rod. ¡La victoria! ¿Usted podía
dudar que la dicha mía...

Luciana. ¿Se cifraba en mi cariño?
Ahora lo veo, y un niño
de la escuela lo vería.

Veo el cordial interes
de un galan fino y constante
que ha necesitado un mes
para llamarse mi amante,
para postrarse á mis pies.
Veó en fin el desconsuelo,
veo el afan con que al cielo
está pidiendo, no en vano...,
una generosa mano
que le levante del suelo.

(*Le levanta. Don Torcuato besa la mano de Luciana.*)

D. Rod. ¡Es posible... ¡Oh dulce bien!
Cesó mi duro quebranto.
Ya no temo tu desden...

Luciana. ¡Cómo! ¿Besarla tambien?
No la doy yo para tanto. —
Basta; no mas.—Siento abrir...
Quizá don Torcuato... A Dios.

D. Rod. ¡Huye usted...

Luciana. ¿Pues no he de huir
si ya no puedo sufrir
á ninguno de los dos?

(*Aparece don Torcuato y se detiene á la puerta.*)

D. Rod. ¿Con que...

Luciana. (*En voz baja.*) Ahí está...

D. Rod. (*En voz baja.*) ¿No es ingrato
al amor mas verdadero
tu pecho...

Luciana. (*En voz baja.*) ¡Calla, insensato!
¿He de decir que te quiero
delante de don Torcuato?

ESCENA IV.

D. RODRIGO. D. TORCUATO.

D. Tor. ¡Oh mi amigo! Yo me aplaudo...

D. Rod. Buenas noches...

D. Tor. Solo fundo
en usted mis esperanzas,

y es para mí buen anuncio...

D. Rod. Permitame usted...

D. Tor. Yo tengo un carácter algo brusco, lo confieso, y es mi flaco recelar de todo el mundo; pero me ha inspirado usted tal confianza que no dudo...

D. Rod. No hay motivo...

D. Tor. Usted perdone si á mi pesar le interrumpo. Usted tiene fortaleza para arrostrar el impulso de las pasiones.

D. Rod. No tal. Mi corazón no es de estuco.

(¡Vaya, que es fisonomista don Torcuato cual ninguno!)

D. Tor. No ama usted á esa belleza que está abriendo mi sepulcro, y al mismo tiempo es usted el mayor amigo suyo. Sé muy bien por otra parte que mi rival don Saturio, aunque pariente de usted, no es quien...; Por Dios! Ya concluyo. No es quien usted considera mas digno del dulce nudo á que aspiramos los dos; y aunque tampoco me juzgo acreedor á tanta dicha, si cuento con el influjo de usted...

D. Rod. Amigo, yo siento...

D. Tor. ¡Malo! ¡Malo! Ya barrunto que está Luciana furiosa contra mí.

D. Rod. Yo...

D. Tor. ¡Qué de insultos, qué de pestes habrá dicho! Ya se ve; yo soy un buho,

desconfiado, intratable...
 Pero por los cielos juro
 que la adoro; y que al momento
 que la doy algun disgusto
 me entra un pesar, una... Vamos,
 no daré mas en el flujo
 de ser zeloso. ¿Y con esto
 qué adelanto? Me consumo,
 me desespero y me espongo
 á las sátiras del vulgo.—

Yo vengo á pedir su mano.

El momento es oportuno
 porque sé que mi rival
 no ha de arrebatarme el triunfo.

No. Luciana le detesta,
 se mofa de él; y presumo
 que hará conmigo las paces
 si la intercesion que busco
 me dispensa don Rodrigo.

Por Dios, por Dios trino y uno
 hable usted en mi favor

á la hija, al padre... ¡Cuál sudor!
 y á la vieja, pues á tanta
 humillacion me redujo

mi infausto amor. Sea usted
 mi luz, mi amparo, mi escudo,
 mi ángel tutelar en fin,

porque si en tanto infortunio
 me abandona, no hay remedio,
 en el canal me sepulto.

D. Rod. ¡Qué locura! ¿No es mejor
 renunciar...

D. Tor. No, no renuncio.

Valgo mas que el segoviano,
 y postergarme no es justo
 á semejante individuo.

¡No faltaba mas!

D. Rod. Abundo
 en esa idea. No obstante,
 puede que otro...

D. Tor. Me aventuro

á todo. La incertidumbre
es el mas cruel verdugo
para mí.

D. Rod. (Tú saldrás de ella
antes de veinte minutos.)—
Alguien viene... Es don Ciriaco.

ESCENA V.

D. CIRIACO. DON RODRIGO. D. TORCUATO.

D. Cir. Señores míos, saludo
á ustedes.

D. Rod. Felices noches.

D. Cir. ¿Vienen ustedes alguno
de hácia la plazuela?

D. Rod. No. ¿Yo?

D. Tor. Yo he traído otro rumbo.

D. Cir. ¡Ah! Pues no saben ustedes
el lance... Es cosa de gusto.
¡Vaya, que la tal plazuela
de Santa Ana... Allá á lo oscuro,
en un banco confidente
de pasatiempos nocturnos
estaban dama y galan
tratando de sus asuntos.
Los veo, paso de largo
y hácia el otro lado cruzo;
pero apenas hubc.vuelto
las espaldas, cuando escucho
voces como de camorra.
Acudo al banco; y un chulo...
asi... del cuerpo de usted...;

(*Palpando á don Rodrigo y luego á don Torcuato.*)
no; mas delgado de muslos;
gran patilla, mal carado,
vomitaba mil insultos
contra el galan consabido,
que era... como usted: enjuto,
pero agraciado; bien puesto,

ojos garzos, pelo rubio.
 A las primeras palabras
 la Lucrecia no se anduvo
 en chiquitas: vuelve grupas
 y no para hasta el Refugio.
 Acuden los aguadores,
 Las pasiegas...! ; Qué barullo!
 Los chicos de la candela,
 los vecinos...; todo el mundo.
 ;Qué gritar! Nadie se entiende.
 En esto cejando el uno...
 Por ejemplo, usted.

(Haciendo retroceder á don Torcuato.)

D. Rod. (Ap. á don Torcuato.) ; Cachaza!

D. Tor. Por vida de...

D. Rod. (Ap. á don Torcuato.)

; Disimulo!

D. Cir. Y avanzando el otro, llegan
 á la fuente. El iracundo
 reciénvenido, que es hombre
 de alma negra y recios puños,
 coge al otro, lo levanta...

(Queriendo levantar en alto á don Torcuato.)

D. Tor. (Desprendiéndose vivamente.)

Quieto, quieto. Yo concluyo
 la narracion. Lo columpia,
 y entre la risa del vulgo
 lo zambulle en el pilon.
 Crece entonces el tumulto ;
 el agresor se escabulle ;
 el otro, que no es besugo,
 procura salir del agua
 y le ayudan los farrucos ;
 viene la guardia y le arrestan
 para mayor infortunio ;
 huye usted por no esponerse
 á un culatazo importuno,
 y entra en su casa : esta es
 la historia punto por punto.

D. Cir. Tiene usted razon, amigo ;
 ;pero cómo..., yo me aturdo,

- ¿cómo ha adivinado usted...
D. Tor. Es que era grande mi apuro.
 Si Dios no me hace profeta
 ya estaría yo difunto.
D. Cir. Yo... ¿Pero quién entra? ¡Calle!
 El insigne don Saturio.

ESCENA VI.

D. SATURIO. D. CIRIACO. D. RODRIGO. D. TORCUATO.

- D. Cir.* ¡Tan pronto! ¡A las nueve y media!
 ¿Se ha acabado la comedia?
D. Sat. Voy á responder mas cómodo. (*Se sienta.*)
 —Sí señor, y no señor.
D. Cir. ¡Cómo...
D. Sat. El informe es exacto.
 Hemos suprimido un acto.
D. Cir. ¡Hombre!
D. Sat. Ha renunciado al último
 el benigno espectador.
D. Cir. ¡Singular economía!
D. Sat. Tanto era el calor que hacía...
D. Tor. Vaya, habrá apestado al público
 el drama...
D. Sat. Creo que sí.
D. Tor. El hombre no se acalora.
D. Rod. ¿Y á quién culparás ahora...
D. Sat. Yo echo la culpa á los cómicos,...
 y ellos me la echan á mí.
D. Cir. Tú digiste mil loores
 no ha mucho de los actores.
D. Sat. Pues bien : habré sido víctima
 de alguna intriga infernal.
 Desde la primera escena,
 y por cierto que es muy buena,
 sentí levantado el látigo
 contra mi drama. ¿Qué tal?
 Se redobló el aguacero
 al fin del acto primero,
 y eso que hay allí dos párrafos

que parten el corazón.
 Se empieza el acto segundo,
 y el público furibundo
 grita por todos los ángulos:
 «¡Basta ya! ¡Caiga el telón!»
 Prosigue no obstante el drama:
 de nuevo la gente brama,
 y ¡qué confusión! ¡qué estrépito!
 Otra torre de Babel.
 Manda por fin el alcalde
 que cese el drama, y en balde
 reclamaba yo frenético
 la promesa del cartel.
 Pronto mi afán interpreta
 un *quidam* de la luneta
 y esclama: «¡Aquel energúmeno
 es el autor!— ¡El autor!...»
 ¡Animas del Purgatorio,
 cuál bufaba el auditorio!..
 Y yo allí firme, impertérrito
 en el campo del honor.
 No hay quien al pueblo contenga;
 hablo; no se oye mi arenga;
 entra en mi palco un satélite,
 y me hace salir de allí:
 obedezco; escondo el bulto;
 en medio de aquel tumulto
 me presta su coche un prójimo
 y.... No hay mas. Ya estoy aquí.
D. Cir. ¡Y que á un hombre se persiga
 de ese modo!

D. Sat. Es una intriga: (*Se levanta.*)
 ya lo he dicho. Siempre al mérito
 persigue la envidia vil.

D. Cir. Pues véngate de la ofensa
 dando tu drama á la prensa...

D. Sat. Por supuesto, y con un prólogo
 que ha de arder en un candil.

D. Rod. Pero, hombre, ¿has de ser tan necio...

D. Sat. (*Sin oírlo.*) Tranquilo estoy. Los desprecio.

D. Rod. Déjate ya...

- D. Sat.* ¡Gente estólida!
Yo apelo al pio lector.
- D. Tor.* El pueblo fue muy severo.
Tal vez el acto tercero...
- D. Sat.* ¡Toma! Es un acto magnífico.
- D. Tor.* ¡Oh! Ya supongo....
- D. Sat.* El mejor.
- D. Tor.* Ya se ve; no lo han oído...
- D. Sat.* En vano lo he pretendido.
- D. Tor.* ¡Hombre! Una idea bellísima
me ocurre.
- D. Sat.* Sepamos cual.
- D. Tor.* Eche usted al drama un remiendo
los tres actos refundiendo
y empezando por el último;
y se hace usted inmortal.
- D. Sat.* Pues, mire usted, no estoy lejos...
Mas no he menester consejos.—
Ni se ha de abatir mi espíritu
por tan pequeño revés.—
Basta de literatura
y hablemos de mi futura.
¿Llegó ya el momento plácido,
ó he de esperar otro mes....
- D. Cir.* No, no. Esta noche es forzoso
que elija Luciana esposo.
- D. Sat.* Ya lo eligió. ¡Qué preámbulos...!
- D. Tor.* Yo la adoro.
- D. Cir.* Lo sé ya.—
¡Luciana!
- D. Tor.* Su mano bella....
- D. Sat.* Yo estoy tan seguro de ella
que....
- D. Cir.* Despacio.
- D. Tor.* Si me es lícito...
- D. Cir.* Bien. Un momento.... Aquí está.

ESCENA VII.

LUCIANA. D. SATURIO. D. CIRIACO. D. RODRIGO.
D. TORCUATO. NEMESIA.

- Nem.* (*Aparte á Luciana.*)
Señorita, ya ha llegado
el momento decisivo.
Buen ánimo. Aquí estoy yo.
- D. Cir.* Hija mia, ya te he dicho
que esta noche sin mas tregua
has de elegir un marido.
Bien te pudiera obligar
consecuente en mis designios
á casarte con el novio
por tu padre preferido ;
mas cede la autoridad
al impulso del cariño,
y algo se ha de conceder
de una doncella al capricho.
Aquí estan los candidatos :
ambos te son conocidos.
Mira tu cual de los dos
es de tu mano el mas digno,
dásela en presencia mia,
y alabado sea Cristo.
- D. Tor.* (*Temblando estoy. No me mira...
Calla.... ; Gran Dios! Soy perdido.*)
Señor....
- D. Sat.* Pido la palabra.—
Amigo y muy señor mio,
yo debiera protestar
contra un acto que en mi juicio
tiende á anular mis derechos,
justamente establecidos
en la palabra formal
que usted me ha dado hace un siglo
de ser mi suegro. No obstante,
como estoy tan convencido
del amor que me profesa

Lucianita, la autorizo
para que pronuncie un fallo
en que mi ventura cifro.

Asi no dará Madrid
el nombre de donativo
á lo que es una conquista;
asi el paternal dominio
no ha menester instalarme
en un corazon que es mio.

Nem.

(¡Qué fatasmon! Le daría
mas bofetadas....)

D. Sat.

He dicho.

Hable ahora la interesada.

D. Cir.

Hable pues.

D. Tor.

(*Aparte con don Rodrigo.*)

Yo desconfio;

yo temo....

D. Rod.

(Tampoco yo

las tengo todas conmigo.)

Luciana.

Padre mio, usted me pone
en un cruel compromiso.

Aqui en presencia de todos
declarar....

D. Cir.

No hay otro arbitrio.

D. Sat.

¿Cómo ha de ser? Don Torcuato
es un mozo comedido,
juicioso, urbano, prudente;
y puesto que es ya preciso
desengañarle....

D. Tor.

¡Oiga usted!

De ningun hombre nacido
sufro yo....

D. Cir.

¡Por Dios, señores!

¿Qué es esto? Un poco de juicio.—

Vamos, ¿hablas tú esta noche?

Luciana.

Sea cual fuere el partido
que yo tome, no es posible
que agrade á todos.

D. Cir.

Yo exijo....

Luciana.

No me gusta desairar
á nadie.

D. Sat. ¡Pues! No lo digo?

D. Cir. Ea, escrúpulos á un lado.

Luciana. Padre, es mucho sacrificio el que exige usted de mí, y yo no me determino...

D. Cir. ¿Ahora salimos con eso?

Luciana. Mas para evitar litigios y escusarme á mí el rubor que en vano á vencer me animo, consiento en dar mis poderes... al señor.

D. Cir. ¡Cómo.

D. Sat. ¡A mi primo!

D. Rod. Yo, señorita...

Luciana. El de todos es confidente y amigo: él es buen observador y conocer ha podido las prendas y los defectos de los que con tanto ahinco pretenden mi mano: acaso tambien habrá conocido á quien da la preferencia mi corazón...

D. Sat. ¡Gran prodigio!

Aunque fuera un topo...

Luciana. En fin,

yo en él solo deposito mi confianza, y á su fallo sin murmurar me resigno.

D. Cir. Dice bien. Un imparcial...

¿Quién mejor que don Rodrigo... Aprobado.

D. Sat. Me conformo. —

(Se estan mirando hito á hito. —

Ahora me mira Luciana. —

Ahora se rie. — Está visto;

yo venzo.)

D. Tor. (¿Será capaz

de preferir á ese mico...

No, no lo puedo creer. —

- Pero ¿quién sabe... Es su primo...)
- D. Cir.* Don Torcuato. ¿Usted qué dice?
- D. Tor.* ¿Yo?... ¿Qué he de decir? Que admito la proposición. Salgamos cuanto antes del laberinto y acabemos, que ya estoy para dar un estallido.
- D. Rod.* Delicada comisión es esta, y si bien medito sus consecuencias... Yo creo que al labio puro y sencillo de Luciana corresponde...
- D. Cir.* No, no. Ya está convenida que usted sea el juez
- D. Rod.* Yo siento...
- Luciana.* Mire usted que si yo elijo á todos los dejo iguales. ¿Vacila usted?
- D. Rod.* No vacilo. ¿Me dan ustedes palabra sea cual fuere mi juicio de atenerse á él?
- D. Cir.* La doy.
- D. Sat.* La damos.
- Nem.* Yo la confirmo.
- D. Rod.* Don Torcuato es un mancebo por muchos títulos digno de mi aprecio. Tiene un alma de fuego, y otro mas fino, otro amante mas sensible á los dulces atractivos de Luciana, ni capaz de mayores sacrificios quizá no pudiera hallarse á no buscarlo en los libros.
- D. Tor.* (¡Oh dicha!)
- D. Rod.* Pero...
- D. Tor.* (Ese pero me asesina.)
- D. Sat.* (Yo me rio de verle tan azorado.)

D. Cir. Prosiga usted.

D. Rod. Ya prosigo.

Pero es lástima que tenga
un carácter tan sombrío,
tan suspicaz, tan zeloso,
pues con él le vaticino
poca dicha con las damas.
¿A quién agrada un marido
perpetuamente quejoso,
siempre soñando delitos,
atalaya sempiterno
y tirano vitalicio,
que vive con su muger
como en pais enemigo?
Nunca el verdadero amor
se cifra en esos delirios,
ni la doméstica paz
se halla por ese camino.—
Creo pues que Lucianita
le estima á usted como amigo,
pero...

D. Tor. No diga usted mas.
¡Infel! ¡Ingrata!... Maldito
sea mi amor y...

D. Sat. (Me da
compasion el pobrecillo.)

D. Rod. Por el extremo contrario
peca Saturio mi primo;
y no sé en cual de los dos
está mas patente el vicio.—
¿Qué digo? Un hombre zeloso,
aun siéndolo sin motivo,
prueba á su muger al menos
que la adora, y el suplicio
á que condenada vive
tal vez logra algun alivio
con el incienso en las aras
de su amor propio ofrecido;
mas un marido insolente
que hacer piensa un beneficio
á su muger si la mira;

y desprecia los peligros,
 menos por hacer justicia
 á la virtud y al cariño
 de su humillada consorte
 que por no mostrar indicios
 de lo que llama flaqueza
 su orgullo insensato, indigno,
 ¿puede amarla por ventura
 si solo se ama á sí mismo?

D. Sat. Eso es decir...

D. Rod. Es decir
 que no se casa contigo
 Luciana.

D. Sat. ¿Qué! Te chanceas.

D. Rod. No tal. Yo...

D. Sat. ¿Qué desatino!
 ¿Cuanto vá á que ella no dice...

Luciana. Sí señor; y lo repito.

D. Sat. ¿Cómo...! ¿Qué ultraje! ¿Qué infamia!

¿Es esto juego de niños?

¿Despues de tantas finezas,
 despues... (¿Pero á que me irrito,
 necio de mí, si todo esto
 es sin duda un artificio...

Claro está. Pues: para echar
 al otro.—Sí. Estoy tranquilo.)

D. Cir. ¿Vaya, vaya! Estoy absorto.

¿Con que sacamos en limpio
 despues de tanta parola
 que ambos quedan escluidos?

Pues, señor mio, no es eso
 lo tratado; no. Yo insisto...

D. Rod. Déjeme usted conciliar,
 don Ciriaco. No imagino
 que sea facil hallar
 quien merezca tanto hechizo;
 mas si entre dos aspirantes,
 de carácter tan distinto
 otro hombre se presentase,
 ni zeloso, ni engreido,
 ni en extremo confiado,

ni caviloso y arisco;
 si el famoso *justo medio*
 que, siendo hoy día el prurito
 de tantos hombres de estado,
 nunca pueden conseguirlo,
 viniera á nuestro socorro;
 si en medio de este conflicto
 de opiniones encontradas
 se ofreciera de improviso...
 así... un tercero en discordia,
 que desenredando el hilo
 sentenciase en su favor
 este singular litigio;
 si fuera en fin tan dichoso
 que ya hubiera merecido
 el amor de Lucianita,
 y si fuera noble y rico
 como estos dos caballeros,
 ¿seria usted tan impío
 que le negase obstinado
 el premio de sus suspiros?

D. Cir. No por cierto.

D. Tor. (¿Qué sospechas...)

D. Sat. (Ya entiendo.)

D. Cir. Estoy decidido
 á que se case Luciana
 cuanto antes; y voto á Crispo
 que si hoy no presenta un novio
 se lo saco del hospicio.

D. Rod. Pues bien; ese *justo medio*,
 sean ustedes testigos,
 ese tercero en discordia
 soy yo.

D. Cir. ¿Usted!

D. Tor. ¿Usted!

D. Rod. Yo mismo.

D. Cir. ¿Cuánto me alegro!—Un abrazo.
 Pues si usted me hubiera dicho
 con tiempo...—¿Qué dices tú?

Luciana. Que con mucho regocijo
 le daré mi mano.

D. Cir.

Bien.

(A don Rodrigo.)

Sé su esposa.—Sé mi hijo.

(D. Saturio se pasea con aire de satisfaccion.)

D. Tor. (Se levanta.)

¡No puedo ; no puedo mas!

Nem. (¡Oh! Primero que él se largue...)

D. Tor. ¡Mugeres, mugeres!... Cargue
con la mejor Satanás.

¿Quién fia en vuestra virtud?

Cruel, aleve, proterva,

¿ese pago me reserva

tu bárbara ingratitud?

Reniego de mi pasión.—

¡Y usted, usted, don Rodrigo,

á quien tuve por amigo,

me usurpa su corazón!

¡Ah!... ¡Sea usted confiado!

Para el tonto que lo fuera.

Ni me fiaré siquiera

del padre que me ha engendrado.—

¡Ah Dios! Ya en odio convierto

mi amor, infausta muger,

y por no volverte á ver

soy capaz deirme á un desierto.

Bella ocasión de mi mal

que en matarme te complaces,

solo siento que te enlaces

con un hombre racional;

y que en premio de un perjurio

tan inicuo y espantoso

Dios no te dé por esposo

al cáfre de don Saturio.

ESCENA ULTIMA.

LUCIANA. D. CIRIACO D. SATURIO. D. RODRIGO.
NEMESIA.

D. Sat. ;Ba! Desahogo impotente
de su rabia. Le perdono,
que no merece mi encono
por caido y por demente.—
Con que vamos; yo supongo
que todo ha sido una chanza...

Nem. (¡Oh que bestial confianza!)

D. Sat. ;Eh!... Yo en tu lugar me pongo.
¿Cómo libertarnos de él
sin esa farsa... ;Si digo
que las mugeres... Rodrigo,
has hecho bien tu papel.

D. Rod. ¿Qué papel? Nada he fingido.

D. Sat. Basta. Ya es mucho moler...

D. Rod. Lucianita es mi muger.

Luciana. Don Rodrigo es mi marido.

D. Cir. Y ya no hay apelacion.

D. Sat. ¿No? Pues como soy cristiano...

D. Rod. Y ahora va á darne la mano...

Luciana. La mano y el corazon.

(*Danse las manos.*)

D. Sat. ¿De veras?

Nem. Lo dicho, dicho.

Yo les doy mi parabien.

D. Sat. Bien... No me opongo... Muy bien...

(Vaya, que es raro capricho...)

(*Se queda pensativo.*)

Nem. Ahora para celebrar
eleccion tan acertada
nos espera una pouchada
que he mandado preparar.

D. Sat. (*Con sonrisa forzada.*)

¿Pouchada? ;Bien! Es muy justo...

D. Rod. Vamos, no estés afligido.

Yo siento...

- D. Sat.* No. Distruido...
D. Cir. Ven , hombre.
D. Sat.. Con mucho gusto.
Nem. ¡Victoria por don Rodrigo!
D. Rod. (*Dirigiéndose al gabinete.*)
¡ Mi bien !...
Luciana. ¡ Mi amor...
D. Sat. (*En voz baja á Nemesia.*)
Todavía
no han ido á la vicaría.—
Aun se ha de casar conmigo.



Teatro moderno español
vol. 16, no. 23

2.

EL NOVIO Y EL CONCIERTO.

COMEDIA-ZARZUELA EN UN ACTO

POR

D. Manuel Bretón de los Herreros



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

=
1839.

PERSONAS.

REMIGIA.	DON ALEJO.
LAURA.	DON CASIMIRO.
DON LUIS.	DON DONATO.
DON LUPERCIO.	BLAS.

La escena es en Madrid, en casa de don Alejo. Puerta en el foro, que es la de la antesala y tambien conduce á lo interior de la casa, otra á la derecha y otra á la izquierda. Entre otros muebles decentes habrá un piano.

Esta comedia es propiedad del editor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente en algun teatro del reino, sin recibir para ello su autorizacion, segun previene la real órden inserta en la gaceta de 8 de mayo de 1837, relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

IMPRESA DE ESTABLECIMIENTO DE LA VIDA
CALLE DE CALZADA DE SAN JUAN, 11
1838

ESCENA PRIMERA.

LAURA. *Acabando de coser un vestido.*

¡Coser y vegetar! ¡He aquí mi suerte!
Desde que alumbra el sol al universo,
gobernando una casa, que no es mía,
con las agujas y las planchas brego,
y entre humildes mecánicas consumo
mis verdes años. Perdurable tedio
me fastidia, me aburre... ¡Ay infelice!
¿Y qué es lo que egecuta en este tiempo
esa prima gentil que tanto alaban?
Ella entonando itálicos acentos,
ó mimosa en la cama reposando,
despierta, y todo se lo encuentra hecho.
Darán las dos y con su imbécil padre
irá á ser la heroína del concierto,
¡del concierto vedado á mis canciones!
Y volverá atracada de requiebros
y bizcochos sin fin; y yo entretanto,
¡yo que hago para ella el trage nuevo,
segunda *ceneréntola* olvidada,
cantando el *cháiro* espumaré el puchero!

ESCENA II.

LAURA. D. LUPERCIO. D. LUIS.

D. LUP. Señorita...
LAURA. *(Dejando la costura.)* ¿Quién... Señores...
D. LUIS. *(En voz baja á don Lupercio.)*
 Bella, pero no es mi novia,
 ó al ansiado original
 no se parece la copia.
D. LUP. ¿No está el señor don Alejo?
LAURA. Está entretenido ahora
 en copiar á toda prisa
 unos papeles de solfa.

- Como hoy tenemos concierto...
 D. LUP. ¡Concierto!
 (Recitando.) ¡Che bella cosa!
- D. LUIS. ¿Aquí?
 LAURA. En el cuarto de enfrente.
 Son academias periódicas...
 D. LUP. ¿Nocturnas?
 LAURA. No. Por las tardes...
 Asi son mas económicas.
 D. LUP. A buen tiempo hemos llegado.
 Oiremos á esa cantora
 superlativa.
 D. LUIS. Sin duda,
 como hemos llegado en posta
 y quedó atras el correo,
 nuestra venida se ignora.
 D. LUP. Este es mi sobrino Luis.
 D. LUIS. Servidor...
 LAURA. (¡Bella persona!)
 D. LUP. Y yo...
 LAURA. Usted será su tío.
 D. LUP. Sí; don Lupercio Cantolla,
 ciudadano de Marbella
 y hacendado en Estepona.
 LAURA. A tomar baños de mar,
 si no miente mi memoria,
 fue alli el verano pasado
 mi señor tío.
 D. LUP. ¡Qué bromas
 corrimos! Si usted es de casa,
 sabrá ya toda la historia.
 LAURA. ¿Yo? No señor.—Soy sobrina.
 D. LUP. Allí se trató la boda
 de Remigia y mi sobrino.
 Viéndola tan buena moza...;
 en un retrato, se entiende,
 el muchacho se enamora;
 yo, con saber que la niña
 es cantarina famosa,
 á la propuesta del padre
 accedo sin ceremonia,

porque ha de saber usted
que entiendo tambien las notas
musicales, y cantando
me llevan á mí hasta Roma.

Cerróse el trato y venimos...

¡pues! á ponerlo por obra.

LAURA. (¡Ella se casa, y yo no!)

D. LUIS. Ahora bien; si usted se toma
la molestia de avisar...

LAURA. Soy humilde servidora
de ustedes, pero Remigia
está en la cama.

D. LUIS. ; A estas horas!
; Va á dar la una!

D. LUP. Tal vez
se acostaria algo ronca,
y como hoy ha de cantar...
Déule pastillas de goma.

LAURA. No señor. ; Si está muy buena!
Pero como es tan gachona,
y ella no hace nada en casa,
que yo la gobierno sola...

D. LUIS. ; Qué me dice usted!

(Don Lupercio se acerca al piano y hojea los papeles de música que habrá sobre él.)

LAURA. ; Ah! Miento.

Da de comer á las tórtolas;
y pasa las horas muertas
solo en prenderse una blonda;
y luego... los ejercicios
de voz, y los...

REM. (Dentro.) ; Laura!

(Laura coge el vestido y se levanta.)

LAURA. ; Hola!

Ya llama. Voy á vestirla.

D. LUIS. (¡Mimadita y dormilona!)

LAURA. Siéntense ustedes. Bien pueden
perdonar...

D. LUP. No hay de qué, hermosa.

ESCENA III.

D. LUPERCIO. D. LUIS.

- D. LUIS. (*Cavilando en un extremo del teatro.*)
 ¡Dormir toda la mañana!
 ¡Señor... ¿qué gobierno es este?
- D. LUP. (*Recorriendo papeles de música y cantando á media voz.*)
 «*Nel furor delle tempeste...*»
 Toda es música italiana.
- D. LUIS. ¡Mucho vamos á medrar
 si duerme tambien la siesta!
- D. LUP. «*Come folgore funesta,
 mille morti a disffidar.*»
- D. LUIS. Bueno es cantar, sí señor;
 pero ese estraño abandono...
- D. LUP. «*La speranza del perdono
 sol mi regge in vita ancor.*»
- D. LUIS. ¡No dar nunca una puntada!
- D. LUP. «*Ed il voto del amante...*»
- D. LUIS. Cuando esa niña no cante,
 ¿de qué servirá? de nada.
- D. LUP. «*Solo desto al mormorio
 della fonte e del ruscello,
 alla donna del Castello...*»
- D. LUIS. (*Acercándose.*)
 ¿Qué opina usted, caro tío...
- D. LUP. (*Sin oírle.*)
 «*Vieni oh caro: é in ciel la luna;
 tutto tace intorno, intorno:
 fin che in cielo spunti il giorno...*»
- D. LUIS. ¡Reniego de mi fortuna!
 Ve usted que el pesar me agovia,
 ¡y solfea...
- D. LUP. ¿Qué se ofrece,
 sobrinito?
- D. LUIS. Me parece
 que es un cascabel mi novia.
- D. LUP. No tal, que es mucho primor

(7)

si se parece al retrato.

(Tomando otro papel y cantando.)

«Non v'á sguardo cui fia dato
penetrare in questo cor.»

D. LUIS.

¡Por Dios...

D. LUP.

¡Pero ni una sola
pieza bufa! Es muy extraño...

D. LUIS.

Aqui nos tendrán un año...

D. LUP.

¡Ni una cancion española!
Pues tendremos mucha guerra
si prefiere lo estrangero
á lo español, que me muero
por las cosas de mi tierra.

D. LUIS.

¿Qué importa? Libre la dejo
entre un polo y un rondó.

Lo que no quisiera yo...

D. LUP.

Calla. Aqui está don Alejo.

ESCENA IV.

D. LUPERCIO. D. LUIS. D. ALEJO.

D. ALEJO. ¡Bien venidos! ¡Voto á Cribas...
¡Un abrazo, don Lupericio!
¡Luisito!

D. LUP.

¿Usted tan famoso!

D. ALEJO. Voy pasando.

D. LUIS.

¡Don Alejo...

D. ALEJO. ¿Con que les han hecho á ustedes
esperar? ¡Voto á... Lo siento...
Andamos tan ocupados...
Como es dia de concierto...
Yo estaba copiando un duo...
Remigia se está vistiendo...

D. LUIS.

No gusta de madrugar:

¿eh?

D. LUP.

No señor; ni por pienso.

El aire de la mañana
suele afectar á los nervios
y empaña la voz. Como ella
es tan delicada... Y luego,

como descansa en su prima
para todo lo doméstico...
Porque mi chica no entiende
de esas cosas , ni yo quiero
que en faenas tan prosáicas
se malogre su talento.

D. LUIS. Sin embargo...

D. ALEJO. ;Es profesora!

Y la inspiracion, el genio...

D. LUIS. El suyo debe de ser
muy pacífico.

D. ALEJO. No es eso.

Hablaba de genio artístico.

D. LUIS. Ya.

D. ALEJO. ;Qué muger! Yo no debo
celebrarla : al fin soy padre...
Pero... Vaya , es mucho cuento.

D. LUP. Ya tengo gana de oirla ;
;y ojalá fuese un jaleo
de mi pais...

D. ALEJO. ;Bagatela!

Ella está por lo patético,
por lo sublime.

D. LUIS. (Sublime

tonto parece mi suegro.)

D. LUP. Usted dirá lo que quicra ,
pero un aire de bolero...

D. ALEJO. Ya está aqui.

D. LUP. No la ha adulado
el pintor.

D. LUIS. (;Al fin la veo!)

ESCENA V.

D. LUPERCIO. D. LUIS. D. ALEJO. REMIGIA.

REMIGIA. Beso las manos...

D. ALEJO. ;No sabes

quién es este caballero?

REMIGIA. Sí; ya me ha dicho mi prima...
No le esperaba tan presto.

- D. LUIS. (¡Qué buena moza!) El amor puso alas á mi deseo para volar á esos pies.
- REMIGIA. No está bien, don Luis, en ellos, sino en *escala mayor* quien va á ser mi amado dueño.
- D. LUIS. (No se esplica mal.) Señora...
- D. ALEJO. Voy á ver como anda aquello, que estaba ronco el tenor y el *cornu ingles* indispuesto, y si yo no estoy en todo... Hasta luego, amado yerno. Traeré de paso billetes para ustedes.
- D. LUP. Lo agradezco, que yo por oír cantar iré aunque sea á un entierro.
- D. LUIS. El caso es que el equipage no ha venido, y no podremos presentarnos...
- D. ALEJO. Si señor. No es cosa de cumplimiento. Concierto de vecindad... Vaya, que es tarde. Hasta luego.

ESCENA VI.

D. LUPERCIO. REMIGIA. D. LUIS.

- REMIGIA. (*A D. Luis.*)
¿Usté es tambien filarmónico?
¿*Dilettante?*.. Esto es...
- D. LUIS. Entiendo.
- REMIGIA. ¿Apasionado á la música?
- D. LUIS. No puede dejar de serlo quien tiene una alma sensible, y lo es la mia en estremo.
- REMIGIA. Usted cantará... ¿En qué *cuerda?*
- D. LUIS. (¿Si querrá darme tormento?)
En ninguna, señorita.
No tengo voz para eso.

REMIGIA. Es lástima. Pero usted tocará algun instrumento...

D. LUIS. Tuve afiecion á lá flauta cuando estaba en el colegio, pero la dejé muy pronto por no afectarme del pecho.

REMIGIA. ¿Cómo ha de ser! Pero basta que sea usted á lo menos un buen *orecchiente*. Asi habrá *compas* y *concierto* en nuestro enlace y *unisonas* nuestras voluntades, creo que sujetos á una *clave* no nos *desafinaremos*.

D. LUIS. ¿Qué puedo yo responder, señorita? Soy muy lego, y hasta que vaya instruyéndome en ese lindo dialecto...

REMIGIA.

D. LUIS.

¡Oh! Con el tiempo...
(Mas fácil sería aprender el griego.)

D. LUP. Sí, que el amor *vocaliza* principiando por *arpeggios*, y si hay buena *tessitura* en la *frase*, y se *entra á tiempo*, se pasa en una *volata*, con auxilio del maestro, desde un *adagio maestoso* á un *sfogato crescendo*.

REMIGIA. ¡Qué escucho!; Grata sorpresa! Quien *debutta* en esos términos sin duda es facultativo...

D. LUP. No, *carina*; nada de eso: aficionado.

D. LUIS.

No tal que es musicon estupendo.

D. LUP.

¡*Debolezze*!

REMIGIA.

Ya es inútil que se haga usted el modesto, que hasta el *parlante* descubre la *escuela* y el *portamento*.

D. LUIS. (¡ Lleve el diablo esa manía
y esos dicharachos técnicos...
¡ Pero es tan guapa!..)

REMIGIA. ¿ Tenor
bajete?

D. LUP. No. Soy un mero...
partichino buffo.

REMIGIA. Vamos,
no se eche usted por el suelo.
¿ Quiere usted cantar un *aria*...

D. LUP. Si usted no me da el ejemplo,
no me atreveré... *Non oso...*

D. LUIS. ¡ Ah, sí! Tengo tal deseo
de oír á usted...

REMIGIA. Por ahora
no es posible. Me reservo
para despues, que la voz
si no hay sobriedad y método...

D. LUIS. Vamos; sea usted amable.

REMIGIA. Aquí se pierden los ecos;
sin auditorio, sin... Vamos,
otra vez será. No puedo.

D. LUIS. Ea, no se canse usted.
Ya que son vanos mis ruegos...
(¡ Dengosa también!)

REMIGIA. No obstante,
cantaré el romance nuevo...

D. LUP. ¡ Bravo! Mil gracias.

D. LUIS. (Ahora
que ha cesado nuestro empeño,
quiere ella cantar.)

D. LUP. Oigamos.

D. LUIS. Tanta fineza...

D. LUP. ¡ Silencio!

REMIGIA. (Canta. D. Luis la oye embelesado.)

• ¡ Com' è bello! ¡ Quale incanto
in quel volto onesto e altero!

No; giamai leggiadro tanto
non sel pinse il mio pensiero.

L' alma mia di gioja è piena
or che al fin lo puo mirar.

*Mi risparmia, oh ciel, la pena
ch' ei mi debba un di sprezzar.*

*Mentre geme il cor somnesso,
mentre piange a te d' appresso,
dormi e sogna, oh dolce oggetto
sol di gioja e di diletto,
ed un angiol tutelare
non ti desti che al piacer.
Triste notti e veglie amare
debbo sola sostener.»*

D. LUIS.

¡ Ah ! ; No cabe mas!

D. LUP.

¡ Bravisima!

D. LUIS.

¡ Divina!

REMIGIA.

Mucho celebro

haber agradado á ustedes.

D. LUIS.

(¿ Quién no olvida sus defectos
despues de oirla cantar!)

¡ Ah Remigia! El universo

me va á envidiar tanta gloria.

¿ Posible es que yo merezco

esta mano? (*Se la toma y la besa.*)

¡ Ah! Yo estoy loco!

Perdone usted si la beso

enagenado de amor.

¿ Cuándo llegará el momento...

REMIGIA.

Yo seré la mas dichosa.

D. LUP.

(*Llamándole aparte.*)

Deja ahora esos extremos

y ve á cobrar esa letra,

porque un novio sin dinero...

D. LUIS.

Sí.— Déme usted su permiso...

REMIGIA.

¿ Se va usted?

D. LUIS.

Vuelvo al momento.

ESCENA VII.

REMIGIA. D. LUPERCIO.

REMIGIA.

Ahora ya no tiene usted
escusa alguna.

D. LUP.

Mi género

no será acaso del gusto
de usted. Resido en un pueblo
de provincia hace cuatro años,
y ya ve usted ; los progresos
del arte... En fin , allá va ,
y perdone usted mis yerros.

(Canta.)

»Yo no temo á la ronda de capa ,
que soy hombre de brio y de chapa ,
y en echando á la cara el retaco...

¡ Por vida de Dios Baco !..

¡ Vaya un pisto !

Se arma la de Dios es Cristo ,
y naide tose despues ,

¡ pues !

en toito el Lavapies.

Solo temo el corage

de mi morena

cuando se ponè en jarras ,

jura , y patea ;

que si se enfada ,

no valgo nada ;

soy un gallina ,

soy un chaval ,

soy un peal...

¡ Ay arrastráa ! ¡ Ay endina !..

¡ Bendita sea tu sal !..

REMIGIA. ¡ Bien , don Lupercio , muy bien !

Mas si digo lo que siento...

D. LUP. ¿ Qué ? Vaya...

REMIGIA. Lástima da

que quien tiene tantos medios

para *hacer furor* cultive

género tan subalterno.

D. LUP. ¿ Subalterno ! Poco á poco ,

que tambien tiene su mérito

el canto bufo.

REMIGIA. Tal vez ;

Pero donde está lo serio ,

lo *spianato* ; lo terrible...

D. LUP. En gustos no hay nada cierto ,

y aunque á mí todo me agrada
 en la línea de lo bueno,
 y así aplaudo una *preghiera*
 como bendigo un jaleo,
 sin duda de la alegría
 nació el *do-re-mi* primero.
 Diganlo los pajarillos
 cuando con dulces gorjeos
 saludan la luz del alba
 y los halagos del céfiro.
 Sí; el amor y la alegría
 crearon el arte ameno,
 amable, embelesador
 que yo, aunque indigno, profeso.
 La ciencia le ha refinado
 mas tarde, y en sus progresos
 ha llegado á ser, y nada
 hemos perdido por esto,
 lenguaje convencional
 de todos los sentimientos.

REMIGIA. Usted dirá lo que quiera,
 mas lo *buffo* es tan plebeyo...
 No hay pasión, no hay entusiasmo;
 dice una mil adesios...

ESCENA VIII.

REMIGIA. D. LUPERCIO. D. CASIMIRO

REMIGIA. ¡Ah, qué oportuno es usted,
 don Casimiro! Celebro...

D. CAS. ¿Oportuno! Esa palabra
 llena mi alma de consuelo,
 y escúseme usted si en toda
 su latitud la interpreto.
 Ponga usted, cara Remigia,
 á prueba de agua y de fuego
 la fiel amistad sincera
 de este *dilettante* siervo
 que anhela...

REMIGIA. Gracias. Ahora
 sea usted juez de mi pleito

con el señor.

D. CAS.

(*Saludándole.*) *Idem* mio

D. LUP.

Servidor... (¡Ente grotesco!)

REMIGIA.

Es disputa musical.

D. CAS

¡Ah!... ¿Con que el señor...

D. LUP.

Entiendo

un poco...

D. CAS.

(*En voz baja á Remigia.*)

Será organista

de Hortaleza ó de Pozuelo.

REMIGIA.

El señor da la ventaja

á lo *buffo*, y yo á lo serio.

D. CAS.

Pues usted tiene razon

y el señor no entiende un bledo

de *geneufonia*.

D. LUP.

Usted

debe de ser muy maestro

cuando...

D. CAS.

No leo una nota;

mas basta tener criterio

y cierta organizacion

melográfica en los nervios...

D. LUP.

¿Y usted no está organizado

para lo alegre y risueño?

Pues es mucho, porque al verle

me retoza á mí en el cuerpo

la risa.

D. CAS.

A un genio sublime,

sobre todo si es del sexo

femenino, sientan mal

las jácaras de un barbero.

D. LUP.

Vuelvo á decir que no soy

esclusivo, mas sostengo

que la alegría y el canto

fueron hermanos gemelos;

que el primer cantor del mundo,

fuese Juan ó fuese Pedro,

fue un hombre de buen humor

y no ningun epiléptico;

y si es verdad que á las fieras

domó con la lira Orfeo,

probablemente cantó
la *Cachucha* y el *Bolero*.

REMIGIA.

¡Horror!..

D. CAS.

¡Abominacion!..

¡Heregía! ¡Sacrilégio!

¿Y usted sostendrá tambien
que el idioma patrio es bueno
para cantar !

D. LUP.

¿Por qué no?

Si se ha cultivado menos
que el de Italia para el canto,
no deja de ser por eso
grato, variado, armonioso,...
y en fin, acá le entendemos;
y cuando en su lengua cantan
los franceses y los suecos,
¿por qué no han de hacer lo mismo
castellanos y extremeños?

D. CAS.

Confúndale, usted, Remigia,
cantando dulces acentos
del país que *Apenin parte*
e il mar circonda.

D. LUP.

Prometo

escucharla con placer;
pero ustedes no hagan gestos
si yo tambien, en la lengua
de mi padre y de mi abuelo,
con andaluz desenfado
doy al alma un refrigerio.

REMIGIA.

Acepto, y calzo el coturno.

D. LUP.

Yo la polaina, y acepto.

REMIGIA.

Canta.

*«Casta Diva che inargenti
queste sacre antiche piante,
á noi volgi il bel sembiante
senza nube e senza vel.»*

D. LUP.

¡Admirable!

D. CAS.

¡Inimitabile!

¡Deliziosa!.. Yo fallezco.

D. LUP.

Scusate... Allá voy yo
con mi andante macareno. (*Canta.*)

«¡Ay, gitana, gitanilla,
que me robas vida y alma!
tú te llevas ¡ay! la palma
en el barrio del Perchél.

¡Ay, presidio de Melilla,
purgatorio de un cristiano!
¡Ay, mal haya el escribano
que me tiene preso en él!»

REMIGIA. Bien cantado.

D. CAS. Sí; tal cual...,
pero el tema es chapucero.

REMIGIA. ¿Quién resiste...

D. LUP. ¿Quién no aplaude...

REMIGIA. Este encanto...

D. LUP. Este salero....

REMIGIA. (Cantando.) «*Tempra tu de' cori ardenti,
Tempra ancor lor zelo audace;
Spargi in terra quella pace
che regnar tu fai nel ciel.*»

D. LUP. (Cantando.) «¡Ay, gitana, gitanilla,
que me robas vida y alma!
tú te llevas ¡ay! la palma
en el barrio del Perchél.

¡Ay, presidio de Melilla
purgatorio de un cristiano!
¡Ay, mal haya el escribano
que me tiene preso en él!»

REMIGIA. Oiga usted la *cabaletta*.

¡Qué gracia! ¡Qué amor! ¡Qué fuego!

(Canta.)

«¡Ah, bello! A me ritorna
del fido amor primiero,
e contro al mondo intiero
difesa a te' saró.

¡Ah bello! A me ritorna
del raggio tuo sereno,
e vita nel tuo seno,
e patria e cielo avró.»

D. CAS. ¡Piedad, Remigia, piedad,
que soy de carne y de hueso!

D. LUP. Bien; pero oiga usted esta jácara

y se chupará los dedos. (*Canta.*)

« ¡Ay! Sal de chirona,
¡churrú! cuerpo endino,
si alcanza á mi sino
la gracia de Dios.

¡Ay! Dame, gachona,
tu sal y tu dengue,
¡ay, Chula!... ¡y el mengue
nos lleve á los dos! »

¿Es esto moco de pavo?

D. CAS. ¡Calle usted! Donde está aquello...

REMIGIA. Pues aun falta lo mejor.

D. LUP. Oiga usted... y cáigase muerto...

(*Repiten á duo su cabaletta y jácara respectivas,
añadiendo al final los versos siguientes:*)

REMIGIA. { « ¡Ah! Riedi ancora
qual eri allora,
quando ¡ah! quando
il cor ti diè. »

D. LUP. { « ¡Ay, tana mia!
te comeria.
¡Ole con ole!
Te comeré. »

D. CAS. Confirmo mi providencia,
y con costas

D. LUP. Pues yo apelo...

D. CAS. No ha lugar; y apercebido.

D. LUP. Yo recuso.....

D. CAS. (*A Remigia.*) ¡Oh, qué portento!

REMIGIA. (*Sentándose. Don Casimiro se sienta á su
lado; y hablan aparte.*)

Le he confundido. ¡Pobre hombre!

D. LUP. (¡Qué pedante y qué grosero!)

D. CAS. ¿Quién es ese mameluco?

REMIGIA. Es una especie de suegro
en ciernes.

D. CAS. ¿Cómo...

REMIGIA. Es el tío
de mi novio.

D. CAS. ¿Será cierto?

¿Se casa usted!

REMIGIA.

Si señor.

D. CAS. Tal vez con algun mastuerzo...

D. LUP. (No me hacen caso.)

D. CAS. Antiarmónico,

antiespasmódico, inepto;
con orejas de Beocia,
y el alma á seis bajo cero.

REMIGIA. Nada de eso. Es *dilettante*...
á su modo, y me prometo...

ESCENA IX.

REMIGIA. D. LUPERCIO. D. CASIMIRO. BLAS.

BLAS.

(*A don Lupercio.*)

Por usted pregunta un mozo
con unas maletas...

D. LUP.

Bueno.

Voy á colocarlas. Tú
dime cuál es mi aposento.

ESCENA X.

REMIGIA. D. CASIMIRO.

D. CAS.

¡Casarse usted! ¡Qué crueldad!

Eso es poner en secuestro
la admiracion de Madrid,
porque ¡son tan avarientos
los maridos...

REMIGIA.

Mi futuro

es muy amable, y no temo
que condene mi aficion
al *andante* y al *allegro*.

D. CAS.

Pero encerrará tal vez
en el ámbito doméstico
esas dulces melodías;
querrá ejercer un funesto
monopolio... Y ademas
¡á cuántos y cuántos riesgos
aventura usted su voz!

La maternidad..., ¡oh cielos!
¡La lactancia!...

REMIGIA.

No me afano
por casarme, no por cierto.
Me es grata la libertad
y no se me pasa el tiempo;
mas la boda es ventajosa,
di ya mi consentimiento,
y por cantar, no renuncio,
á los demas privilegios
de muger.

D. CAS.

¡Muger! ¡Qué error!
¡Usted muger! No, que el genio
es incorpórea sustancia.
¡La gloria no tiene sexo!
(*Siguen hablando en voz baja.*)

ESCENA XI.

REMIGIA. D. CASIMIRO. D. LUIS.

D. LUIS.

(*Parándose al entrar.*)
(¡Oiga! ¡Quién será ese *quidam*
que tan galante y risueño
coloquia con mi futura?)

REMIGIA.

(*Levantándose.*) ¡Ah! Mi novio.

D. CAS.

(*En voz baja levantándose.*) Ese es el reo?

D. LUIS.

No venga yo á interrumpir
á ustedes...

D. CAS.

¡Oh! Nada de eso.
Se hablaba de... bagatelas.
Soy un amigo sincero
de esta señorita y justo
apreciador de su mérito.

D. LUIS.

Sea muy enhorabuena.

REMIGIA.

Es tarde, vendrá el maestro,
y no me he dasayunado.
Ruego á ustedes... Pronto vuelvo.

ESCENA XII.

D. LUIS. D. CASIMIRO.

- D. CAS. ¡Ay amigo, amigo mio!..
- D. LUIS. ¿Desde cuándo...
- D. CAS. ¡Qué feliz
será usted! ¡Qué cantatriz!
¡Qué capacidad, *gran Dio!*
- D. LUIS. ¿De veras?
- D. CAS. ¡Qué maravilla!
- D. LUIS. Cuando usted lo dice... (¡El diantre
del hombre...) ¿Es usted sochantre,
ó maestro de capilla?
- D. CAS. No señor; pero mi tacto
y mi sensibilidad...
Soy voto de calidad
en concreto y en abstracto.
¿Y es posible... ¡Usted, oh cielos!..
Elegantes de Madrid,
Ecco il vincitor... Moril,
de *angoscia*, y *cordoglio*, y celos.
- D. LUIS. ¿Tan adorada es Remigia?
- D. CAS. Con prendas tan relevantes,
tendria tiernos amantes
hasta en la laguna Estigia.
- D. LUIS. Y entre tanto adorador,
usted no será el postrero.
- D. CAS. ¡*Ohimè!* El primero, el primero.
¡Bien lo dice mi dolor!
- D. LUIS. ¿Y su corazon ingrato
rehusa á usted por marido!
- D. CAS. ¡Si yo no la he pretendido!
Mi fuerte es el celibato.
- D. LUIS. ¡Bien, por cierto!
- D. CAS. No lo oculto.
Pero casada, ó doncella,
su canto será mi estrella,
su heldad será mi culto.
- D. LUIS. ¡Oh! Falta que á mí me cuadre...

D. CAS. La daré fama y prestigio,
y cuando pára un Remigio,
será ¡gran Dios! mi comadre.

D. LUIS. Pero...

D. CAS.

Y seré tan platónico,
que á usted tambien de soslayo
podrá alcanzar algun rayo
de mi influjo filarmónico.

(*Vase talareando.*)

ESCENA XIII.

D. LUIS.

¡Oiga usted, seo botarate...

¡Pues voy á pasarlo bien
si Remigia... ¿Pero quién
hace caso de un orate?

Yo seré en mi casa gefe,
y aunque desprecio su charla,
no conseguirá pisarla
semejante mequetrefe.

ESCENA XIV.

D. LUIS. D. ALEJO.

D. ALEJO. Querido yerno, salud.

¿Qué es de Remigia?

D. LUIS.

Almorzando...

D. ALEJO. Ya es hora de ir al concierto...

¿No ha venido don Donato?

D. LUIS. No conozco á ese señor.

D. ALEJO. Es su maestro de canto.

¡Gran profesor! ¡Celeberrimo!

(*D. Donato talarea dentro.*)

Pero esa voz... No me engaño.

Es él.

ESCENA XV.

D. LUIS. D. ALEJO. D. DONATO.

D. DONAT. *Bon giorno.*

D. LUIS. (Otro apunte
traducido al italiano.)

D. ALEJO, Felices dias, maestro.
Presento á usted el bizarro
don...

D. DONAT. *Servitore umilissimo*
¿Es este amigo el *soprano*
que viene de...

D. LUIS. (*Con voz de trueno.*)

D. DONAT. No señor.
¿Ah! no; la voz es de bajo.
Perdone usted.

D. ALEJO. Es mi yerno
futuro, don Luis del Carpio...

D. LUIS. ¿Ya ve usted!

D. DONAT. Sea enhorabuena.
¿Y Remigia? ¿Está en su cuarto?

D. ALEJO. No sé...

D. DONAT. Voy allá...

D. ALEJO. Aquí viene.

ESCENA XVI.

D. LUIS. D. ALEJO. REMIGIA.

D. DONAT. (*Besando la mano á Remigia.*)
¿Oh, la bella!

D. LUIS. (¿Pues alabo!..)

REMIGIA. Maestrisimo, buenos dias.

D. DONAT. ¿Qué tal de voz?

REMIGIA. Bien.

D. DONAT. Veamos...

Una escala. (*La hace Remigia.*)
¿Brava! Ahora,
otra en *fa mayor*, trinando.

(*Remigia hace otra escala.*)
¡Superba! Será preciso
 dar el último repaso
 á la cavatina.

- D. ALEJO. Es tarde...
- D. DONAT. ¿Qué importa? Hemos de hacer *fiasco*
 por minutos mas ó menos?
- D. LUIS. ¡Oh! sí; que la cante. Oigamos...
- D. DONAT. Perdone usted, *caro amico*.
 En presencia de profanos
 no ejerzo yo mi sublime
 magisterio.
- D. LUIS. ¿Y qué reparo
 puede haber... ¿No soy su novio?
 Me parece...
- D. DONAT. Sin embargo
 Yo no puedo permitir... (*A Remigia.*)
 Vamos al otro piano.
- D. LUIS. Yo reclamo mis derechos.
- D. DONAT. Los míos son mas sagrados.
 La voz de esta señorita,
 que es de Madrid el encanto,
 su laringe, su faringe,
 y en fin, todo su aparato
 cantífero y auditivo,
 desde el pulmon hasta el cráneo,
 me pertenece, y no sufro
 que venga usted con sus manos
 lavadas á despojarme
 de mi propiedad. ¿Estamos?
- D. LUIS. Mire usted que yo no vengo
 de arar, y bromas á un lado,
 señor solfista...
- D. DONAT. ¿Qué escucho!
- ¿A mí...
- REMIGIA. No demos escándalo.
 El maestro ha hablado así
 movido del entusiasmo
 artístico, pero.... Vaya;
 no lo decia por tanto...
 Si es cierto que me ama usted,

modere por breve rato
su impaciencia, y con usura
recompensaré ese rasgo
de amable docilidad.

D. LUIS.

Pero...

REMIGIA.

Basta. Vuelvo. Vamos.

ESCENA XVII.

D. ALEJO. D. LUIS.

D. LUIS. ¿Habrá igual impertinencia?
¿Es ese hombre cirujano,
ó músico? ¿Qué ridícula
disección, y qué tiránico
proceder! Pues yo no quiero
que su escalpelo nefando
me usurpe media muger.
Venga toda, ó no me caso.

D. ALEJO. El hablaba de la parte
intelectual, ó digamos...
No se enfade usted. Son fueros
de la profesion...

D. LUIS. ¿Quién, diablos,
tolera...

D. ALEJO. A mí, con ser padre,
y *dilettante* fanático,
tampoco me es permitido
asistir á los ensayos.
Ella, ya se ve, discípula
obediente, no es extraño...
Mas tiene un fondo escelente.

D. LUIS. Lo creo; pero, soy franco,
quizá le han viciado un poco
las lisonjas de los fátuos.

D. ALEJO. ¿Cá! No crea usted...

D. LUIS. Confieso
que me arrebató cantando,
pero...

D. ALEJO. ¿Quiere usted oirla?

D. LUIS. ¿Cómo, si aquel Sardanápalo...

- D. ALEJO. (*Llevándole á la puerta de la izquierda.*)
Vaya; éntre usted por aqui.
Al concluir ese largo
pasillo está á la derecha
la pieza de los armarios.
Desde allí... Pero silencio,
y cuidado con los trastos...
D. LUIS. ; Los trastos... Descuide usted.
Ya me voy acostumbrando.
Oigamos á esa sirena...
Diga usted: ¿podré ver algo
tambien?
D. ALEJO. Si; por la cortina...
D. LUIS. (Me alegro, porque no es manco
el maestro, y la costumbre
de estar siempre tecleando...
D. ALEJO. Vaya usted....
D. LUIS. (*Yéndose.*) Sí, sí.
D. ALEJO. Que ya
estarán en el *adagio*.

ESCENA XVIII.

D. ALEJO.

Algo cerril es el mozo.
No me maravillo: hidalgo
de provincia.... Pero aqui
le iremos domesticando.

ESCENA XIX.

D. ALEJO. D. LUPERCIO.

- D. LUP. ¿Ha vuelto Luis?
D. ALEJO. Sí señor;
Oyendo está embelesado
á Remigia que repasa
con el señor don Dona to
una cavatina nueva.
D. LUP. Canta mejor que un canario;

(27)

es una alhaja la niña ;
pero eso de hacer escarnio
de la música española...

D. ALEJO. Su genio pica muy alto ,
y no es razon que se humille
á julepes y fandangos.

ESCENA XX.

D. ALEJO. D. LUPERCIO. D. LUIS.

D. LUIS. ¡ Divina!

D. ALEJO. ¿ Era tiempo aún?

D. LUIS. Cuatro notas he pescado ;
¡ pero qué espresion , qué gracia!

D. ALEJO. Pues eso lo hace jugando.
Luego...

ESCENA XXI.

D. ALEJO. D. LUIS. D. LUPERCIO. D. DONATO. REMIGIA.

D. DONAT. Digo á usted que hará
furor.

REMIGIA. ¿ Cierto ?

D. DONAT. Sí.

REMIGIA. El milagro
será de usted.

D. DONAT. *Servitore*
de tutti quanti.

ESCENA XXII.

D. ALEJO. D. LUIS. D. LUPERCIO. D. DONATO.
REMIGIA. LAURA.

LAURA. Un recado
del maestro director.
Estan todos aguardando
hace una hora....

D. DONAT. ¡ Ah! ; *Cospetto!*

¡Y nosotros principiamos...

Via di qua!

D. LUIS. (Tomando el sombrero.)

Vamos, tio.

D. ALEJO. Vamos, don Lupercio.

D. DONAT. El brazo.

(Toma el brazo de Remigia.)

D. LUIS. ¡Maldito!

REMIGIA. Se queda usted,
don Luis?

D. LUIS. (De mal humor.)

No señora. Vámos.

ESCENA XXIII.

LAURA.

Ya se van, y yo, infeliz,
aquí me quedo entre cuatro
paredes. Y sabe Dios
si echaría yo mi cuarto
á espadas de buena gana,
que también entiendo yo algo
de *corcheas* y de *fusas*,
de *bemoles* y *becuadros*;
pero como soy sobrina
y huérfana, solo valgo
para ama de llaves. ¡Ah!
Yo también lograba aplausos
cuando mi padre vivía,
y aunque nunca he cultivado
ese género que llaman
noble, sublime, simpático,
celebraban mi donaire
los tirios y los troyanos.

ESCENA XXIV.

LAURA. D. ALEJO.

LAURA. ¿Qué trae usted? ¿Qué ha ocurrido?

D. ALEJO. Nada... Me dejé olvidado
encima de mi pupitre
el duo del *Belisario*.
Anda por él.

LAURA. Al instante.

ESCENA XXV.

D. ALEJO.

¡Cielos! Ya estará triunfando
Remigia.... Pero es preciso
que no se alargue el entreacto,
porque sino, don Liborio
se marcha, y será petardo.

ESCENA XXVI.

LAURA. D. ALEJO.

LAURA. Aquí tiene usted el duo.
(*Le da un papel de música.*)

D. ALEJO. (*Mirándole.*) ¿A ver si has equivocado...

LAURA. Ya sabe usted que conozco
la música...

D. ALEJO. Un tanto cuanto,
pero eres tan torpe...

LAURA. ¡Tio...

D. ALEJO. ¡Eh! No me repliques.

LAURA. Callo.

D. ALEJO. Tras de estarla manteniendo...
No hay animal tan ingrato
como un sobrino.

LAURA. (*Paciencia.*)

D. ALEJO. ¡Hum.... (*Yendose y cantando.*)
•*Misto de figli al pianto.*•

ESCENA XXVII.

LAURA.

¡Qué tío tan sarraceno!
 Por no ver su gesto aciago
 ¡Jesus! sería capaz
 de irme al hospicio. Ah! Bien gana
 el triste pan que me da,
 ¡pobre de mí! ¿Mas qué saco
 con afligirme y gemir?
 Ea, cantemos, y el diablo
 sea sordo, que las penas
 diz que se alivian cantando.

(Canta.)

«Viva Dios y arda Navarra,
 y arda la guerra civil.
 Con mi botijo y mi jarra
 naide me tose en Madril.»—
 Otro vasito, señora.

¡La aguadora!

¿Quién la bebe? ¿Quién la bebe?

¡Fresquita como la nieve!

Señor, no me guiñe el ojo,
 y beba si tiene sed,
 que no estoy puesta en remojo
 para un mueble como usted.

¡El demonio del usía...

¡Agua fría!

¿Quién la bebe? ¿Quién la bebe?

¡Fresquita como la nieve!

¡Pobre mozo! Hecho una fragua...

Déle usted aire, doña Ines.

A cuarto el vasito de agua:

con azucarillo, á tres.

De la fuente sale ahora.

¡La aguadora!

¿Quién la bebe? ¿Quién la bebe?

¡Fresquita como la nieve!

(Al segundo verso de la siguiente copla llega don

Luis con mal gesto, oye á Laura, se pára admirado, y ella prosigue sin verle.)

ESCENA XXVIII.

LAURA. D. LUIS.

- LAURA. Yo tengo honra por castigo, (*Cantando.*)
 aunque es frágil mi caudal.
 No pongo á Juan por testigo...
 porque está en el hespital.
 Dicen que la culpa es mia...
 ¡Agua fria!
 ¿Quién la bebe? ¿Quién la bebe?
 ¡Fresquita como la nieve!
 Mas con tanto ir y venir
 el botijo..., yo no sé...
 Denguno puede decir
 De esta agua no beberé.
 ¿No es verdá, tia Telesfora?
 ¡La aguadora!
 ¿Quién la bebe? ¿Quién la bebe?
 ¡Fresquita como lo nieve!
 D. LUIS. ¡Viva esa boca de sal! (*Entrando.*)
 LAURA. (*Volviendo la cabeza.*)
 ¡Ah! ¿Quién... ¡Don Luis!
 D. LUIS. ¡Y ese garbo,
 todo español!
 LAURA. Yo creía
 que estaba sola...
 D. LUIS. Bufando
 venia yo del concierto,
 y esa voz ha sido el bálamo
 de mi herida.
 LAURA. ¡Vaya en gracia!
 pero ¿qué viento contrario
 le obliga á usted á retirarse
 de la funcion tan temprano?
 D. LUIS. Ya iba yo un tanto mohino,
 por mas de un triste presagio,
 y aunque no me divertia

que otro me estafase el brazo
de mi novia , consentí
en servirla de lacayo ;
¡ tanto pudo mi deseo
de escuchar su dulce canto !

Entro en la sala , y un títere,
que llamaban comisario
de órden , me manda sentar
á diez varas del tablado ,
al cual asciende Remigia
guiada por don Donato.

Concluye su cavatina
entre una nube de aplausos.

Para bajar cuatro gradas
la ofrecen cuarenta manos.

¡ Qué de mugeres la besan !
y algunas , si no me engaño ,
quisieran llevar ponzoña
en el borde de sus labios.

Ya sobada y babeada ,
cual si fuera relicario ,
atropellando á las hembras
entran en turno los machos.

Uno suspira , otro brama ,
otro la contempla estático ,
otro la da un caramelo ,
otro ofrece en holocausto
de la amable Filomela
su vida y su alma... de cántaro.

Yo , aunque indigno , tambien quise
tomar parte en el sufragio
universal , pero fueron
todos mis esfuerzos vanos ,
que no bastaron mis codos ,
ni bastaran cañonazos
para quitar de delante
aquella legion de zánganos.

Viendo que todo Madrid
se declara propietario
de mi presunta consorte ,
dije yo para mi saco :

¿y si despues de la boda
me sucediera otro tanto?
¡Zape! No me caso yo
con el bien público. ¿Y qué hago?
Doy media vuelta á la izquierda,
me escurro pián, piano,
y haciendo coro al rumor
de los vivas y los bravos,
decia yo en retirada:
¡no me caso, no me caso!
¿Y usted renuncia á la gloria
de poseer ese raro
tesoro!

LAURA.

Sí.

D. LUIS.

LAURA.

¿Qué dirán
luego que sepan el chasco...

D. LUIS.

Y si yo me le llevase,
¿no sería mas pesado?
Señorita, estoy resuelto;
y de mi fuga me aplaudo,
pues debo á ella el placer
de haberla á usted escuchado.

LAURA.

Gracias por tanto favor;
pero yo no me comparo
con mi prima. Canto un poco,
asi... por pasar el rato...,
mas no tengo pretensiones
de profesora, ni raptos,
ni éxtasis, ni crispaturas,
ni en el fogoso arrebató
de una inspiración armónica,
echo á rodar el canasto
de la costura, y me olvido
de la misa y del planchado.

D. LUIS.

¡Ah, que es usted adorable!
¡Celestial! ¡Ah... (¡Voto al Chápiro!...
Estaba por...) (Entra don Lupercio.)

D. LUP.

Vamos.

D. LUP.

«Yo quiero muger humilde,
que no se aparte una tilde
de mi supremo querer.

LAURA.

¡Pobre muger!

D. LUP.

Y fuera de lo preciso,
sin permiso
no me gaste un alfiler.

LAURA.

¡Pobre muger!

Yo quiero mandar en casa,
yo quiero lujo sin tasa
y carruage de alquiler.

D. LUP.

¡Ay, qué muger!

LAURA.

Y si no es condescendiente
mi pariente,
yo sabré lo que he de hacer.

D. LUP.

¡Ay, qué muger!

LAURA.

Jé; jé...

D. LUP.

Jó, jó...

¿Que sí?

LAURA.

Que no.

¿Que sí?

D. LUP.

Que no.

LAURA.

Otro tanto digo yo.

D. LUP.

Pues se acabó.

LAURA.

Pues se acabó.

LOS DOS.

Ni tú sirves para mí,
ni yo sirvo para tí.—

Pues se acabó.—Jé, je,—jó, jó...

Que no, que no.—Que no, que no.»

D. LUIS.

¡Bendita sea esa boca...

Tío, óigame usted un párrafo
aparte.

(Se aparta á un lado y hablan en voz baja.)

D. LUP.

Bien. Dime...

D. LUIS.

Digo

que esa muchacha es el *maximum*
de la gracia y la virtud,
que, como dice un adagio,
con la observacion y el tiempo
muda de consejo el sabio,

- y que me caso con ella
si da usted su beneplácito.
- D. LUP. Mas me agrada que Remigia,
pero de golpe y porrazo...
Si arma despues don Alejo
una de *pópulo bárbaro*..
- D. LUIS. ; Nada ! Diga usted qué sí:
lo demas queda á mi cargo.
- D. LUP. Pucs digo que sí, aunque salga
por la puerta de los carrós:
- D. LUIS. Laura, ; podré sin témor
ofrecer á usted mi máno?
- LAURA. ; Qué escucho ? ; Se burla usted ?
- D. LUIS. No, hermosa. De veras hablo.
- LAURA. Pero así... tan de improvisó...
Vaya... Esto es un trabucazo.
Yo seria muy dichosa
con marido tan gallardo,
mas soy una pobre huérfana...
- D. LUP. Tanto mejor. Yo me encargo
de dotarte.
- LAURA. Dirá luègo
mi prima que la desbáncó;
pero la culpá nó es mia:
; verdad, don Luis?... Yo me lavo
las manos....
- D. LUIS. Resuelva usted.
- LAURA. Señor... (Cuando pasan rábanos,
comprarlos.) Otorgo.
- D. LUIS. (*Tomándola la máno.*) ; Oh dicha !
- D. LUP. Dios os haga bién casados.

ESCENA ULTIMA.

D. LUIS. D. LUPERCIO. LAURA. D. ALEJO. D. DONATO.
REMIGIA. D. CASIMIRO.

- REMIGIA. ; Hola ! ; Ustedes por aqui?
Como nó nós hemos visto
en la función...
- D. LUIS. (*; Vive Cristo...*)
; Que aun me venga hablando así!

Como estaba usted tan alta
no me vió: no es maravilla.
Dejé vacante mi silla...
porque allí no hacia falta.

REMIGIA. ¿Cómo...

D. LUIS. Y salí persuadido
de que para una beldad
de tal *notabilidad*
soy yo muy pobre marido.

D. ALEJO. Pero...

D. LUIS. Y en un arrebato
de negra melancolía
recordé la *anatomía*
que me anunció don Donato.

D. DONAT. ¡Calle!...

D. LUIS. Y con gesto sardónico
me acordé dando un suspiro
del señor don Casimiro
y su *instujo filarmónico*.

D. CAS. ¡Oiga!....

D. LUIS. En fin, cedo la palma
á mas digno campeón,
y me dará la razón
quien lo medite con calma.

D. ALEJO. ¿Cómo.... Repulsar á un suegro
como yo....

REMIGIA. Vaya con Dios.

No congeniamos los dos.

Ya quedo libre, y me alegro.

D. LUIS. *Item.* Renunciando al aura
popular, pues cada oveja
se halla bien con su pareja,
he dado la mano á Laura.

D. ALEJO. ¡A ese arrapiezo! ¡Qué oprobio!

REMIGIA. (*Aparte á don Alejo.*)

Disimule usted, papá. (*Con risa forzada.*)

¡Lindo consorcio! Ja, ja....

Digna es la novia del novio.

LAURA. Esa risa no me agravia, (*Picada.*)
porque yo....

D. LUP. ¡Paz sobre todo!

- D. LUIS. (*Aparte á Laura.*)
Déjalos, que de algun modo
han de desfogar su rabia.
- D. ALEJO. Da su perfidia al olvido. (*A Remigia.*)
Tú te emplearás mejor,
que entre tanto adorador
no ha de faltarte un marido.
- D. DONAT. Y para que otro contrato
no quede tambien deshecho
yo me reservo el derecho,
de elegir el candidato.
- D. CAS. Y yo al dichoso varon
que mereciere ; *oh diletto!*
tan bella mano , prometo
generosa proteccion.
- D. LUIS. Pues no haya resentimientos
; pese al diablo ! ya que todos,
cimbros, lombardos y godos,
hemos quedado contentos.

(*Cantan Remigia , D. Lupercio y Laura dirigiéndose al público.*)

«Suene ahora un aplauso
con tres bemoles,
siquiera porque somos
tres españoles.
; Anda , salero !
que esa fineza á nadie
cuesta dinero.»



THE UNIVERSITY OF CHICAGO

1911

DR. J. J. SCOTT

Department of Chemistry
The University of Chicago
Chicago, Illinois

DR. G. B. BROWN
Department of Chemistry
The University of Chicago
Chicago, Illinois

SCOTT

UNIVERSITY OF CHICAGO PRESS
CHICAGO, ILL.

teatro moderno español
vol. 16 e no. 33

LOS CORTESANOS

DE

DON JUAN SEGUNDO,

drama histórico original

EN CUATRO ACTOS Y EN VARIEDAD DE MÉTROS:

su autor

DON GERÓNIMO MORAN,

*Socio de aplicacion de la sociedad económica de
amigos del país de Salamanca.*



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1839.

PERSONAGES.

Don Juan Segundo, *rey de Castilla.*
Alfonso Perez de Vivero.
Don Alvaro de Luna.
El conde de Plasencia.
El conde de Haro.
Don Juan de Luna.
Doña Jimena.
Laura, *camarera.*
Fernando de Rivadeneira.
Chacon.
Un religioso dominico.
Un camarero de palacio.
Cuatro hombres armados.
Ricos-hombres, pajes, soldados, pueblo.

La escena es en Burgos: época la semana santa del año 1453.

Será perseguida ante la ley cualquiera persona que reimprima este Drama, ó le represente en algun teatro del Reino sin la competente autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

Al Excmo. Señor Don Lorenzo
Arrazola, Secretario de Estado y
del Despacho universal de Gracia
y Justicia &c. &c.

EXCMO. SEÑOR.

*El vivo deseo que he tenido siem-
pre de ofrecer á V. E. una prueba
de mi respetuosa gratitud, y la en-
vidiable satisfaccion que me resulta*

:

honrándome en este lugar con el distinguido título de discípulo de V. E., son los dos únicos objetos que me han movido á dedicarle esta composicion dramática. Si V. E. la admite, como me atrevo á confiar, con la benevolencia que le caracteriza, quedarán cumplidas mis mas lisonjeras esperanzas.

EXCMO. SEÑOR.

B. L. M. D. V. E.

su mas apasionado discípulo

Gerónimo Moran.

ACTO PRIMERO.



Jardin de palacio.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA JIMENA. LAURA.

Laura. **E**llo es, señora, que al fin estais aqui mas serena?

Jim. Algun alivio á mi pena encuentro en este jardin: en él, Laura, facilmente se aplacan mis amarguras, y es que soñadas venturas tornan en él á mi mente. Aqui, sin saber por qué, goza adormecida el alma gratos momentos de calma cual en mi infancia gocé. Si abismada en triste duelo lanzo alligida un suspiro, el aura que aqui respiro es un aura de consuelo. Ahora mismo, Laura mia, un dulce presentimiento disipa el crudo tormento que agitó mi fantasía.

Laura. Señora, vos que tan bella sois, que todos en la corte os siguen como á su norte, os miran como su estrella: vos, la huérfana mimada en palacio por los reyes,

cuyos caprichos son leyes:
 la querida, la envidiada.
 Vos, que ostentais en los ojos
 dos claras distintas llamas,
 una que abrasa á las damas
 y las causa mil enojos;
 otra cuyo dulce fuego
 busca el hombre inadvertido,
 que cuando en él ha prendido
 pierde por ella el sosiego.
 Vos, la reina en los festines
 y la reina en los torneos,
 á cuyos pies sus trofeos
 rinden tantos paladines,
 ¿por qué el silencio buscáis,
 por qué de la corte huís?
 ¡Acaso no presumís
 los tormentos que causáis!

Jim. Laura, el corazon vacío
 nada en la corte me dice,
 porque allí soy infelice
 entre el alegre gentío:
 que en vez de darme á gozar
 instantes mas halagüeños
 aquellos rostros risueños
 dan pábulo á mi pesar.
 Mas ya que así te interesa
 mi tormento y afliccion,
 te abriré mi corazon...

Laura. Sí, cumplid vuestra promesa.

Jim. Solo el cariño de un padre
 en mi infancia conocí,
 que el darme la vida á mí
 costó la suya á mi madre.
 Mas... ¡ay! cuán poco gocé
 las paternas caricias...
 mis infantiles delicias
 pronto en lágrimas troqué:
 niña huérfana en Toledo
 cuando dos lustros cumplí,

mi único apoyo perdí
 en la batalla de Olmedo.
 Tinto en sangre al espirar
 mi padre á los pies del rey,
 que es en los vasallos ley
 por su rey la sangre dar,
 dijo con voz lastimada:
 "Rey don Juan, por vos muriendo,
 una cosa os encomiendo;
 mi única joya preciada,
 ¡mi hija...! rey, ¡no os asombre
 verme llorar al morir!"
 y así dejó de existir
 apenas dijo mi nombre.

Laura. ¿Llorais?

Jim. Sí; pago el tributo
 que es debido á su memoria.

Laura. Lamentable es vuestra historia;
 cubre el corazón de luto.

Jim. Después de su muerte, yo
 á palacio fui llevada
 y á la reina encomendada,
 que su dama me nombró.
 Pasado algún tiempo vi
 allí en la corte á Vivero,
 el más gentil caballero
 que en mis días conocí.
 Era de don Juan doncel
 y de continuo le via,
 conoció mi simpatía
 y aficionóseme él.
 Díome á entender sus amores;
 yo me rendí á sus protestas,
 y en las zambras y otras fiestas
 vestimos unos colores.
 Mas también fue breve y vana
 por esta vez mi alegría:
 socorros al rey pedía
 el príncipe de Viana;
 don Juan á su hijo mandó

con soldados y dinerò,
 y el desdichado Vivero
 con el príncipe partió.
 En Navarra su pujanza
 dió á Castilla alto renombre,
 haciendo en breve su nombre
 mas temible que su lanza.
 Pero ¡ay! que si nunca pudo
 contrario alguno domarle,
 no fue imposible cercarle
 sirviendo á Carlos de escudo.
 En poder el de Viana
 cayó del rey su enemigo,
 teniendo en Aibar consigo
 á Vivero.

Laura. ¡Suerte insana
 y enemiga por demas!

Jim. Terrible, Laura, cruel.

Laura. ¿Y supísteis despues de él?

Jim. No he vuelto á saber jamas.

Laura. (*Mirando adentro.*)
 El rey se acerca hácia aqui:
 con don Alvaro pasea.

Jim. Vamos, Laura, no nos vea.

Laura. ¿Á palacio?

Jim. (*Señalando con la mano el interior del jardin.*)
 No, hácia alli.

ESCENA II.

EL REY. DON ALVARO.

Rey. Venid, el mi condestable:
 aqui en el jardin podemos
 sin testigos importunos
 departir con mas secreto
 cosas que á vos interesan,
 y á mí, y aun á todo el reino.

Alv. Que son cosas que se fraguan
 en nuestro daño sospecho:

puede contar vuestra alteza
con mi brazo y con mi acero.
Rey. Ya sabeis con cuánto gusto
vuestro vasallaje acepto,
don Alvaro: conocéis
el cariño que os profeso;
sabeis que viene de antiguo
el origen de mi afecto;
y que si es verdad que siempre
mis gustos fueron los vuestros,
lo es tambien que mil pesares
me ha ocasionado teneros
siempre junto á mí, malgrado
de infanzones altaneros.

Alv. Y sé ademas, rey don Juan,
que cuando han turbado el reino
los estraños y los propios
con guerras y desafueros,
fuí yo siempre con mi gente
en la campaña el primero,
ora venciendo sus huestes,
ó frustrando sus proyectos.

Rey. Harto sé vuestros servicios,
escusad esos recuerdos.
En pocas palabras, Luna,
teneis que partir, y luego,
de mi corte.

Alv. ¿Asi pagais
mi adhesion y mis esfuerzos?
;me desterrais...! por dar gusto
á traidores consejeros:
dudo si soñando estoy.

Rey. Condestable, no os destierro;
pero es preciso que vos,
por nuestro comun provecho,
os aparteis de mi lado,
es forzoso: me enternezco
solo al pensarlo; los nobles
asi lo exigen; yo debo
darlos gusto.

- Alv.* ; Darlos gusto!
Vive Dios que me avergüenzo
de que así un rey de Castilla
se muestre débil, pudiendo
aterrar con solo un grito
á esos vasallos protervos.
- Rey.* Quereis que nuevos disturbios
alteren la paz del reino?
¿quereis que presa otra vez
por los nobles turbulentos,
y ajada mi real persona,
se resientan los cimientos
del mismo trono?
- Alv.* Don Juan,
vuestro honor es lo que quiero:
confunda vuestro poder
á esos hombres altaneros:
una órden dadme, una sola,
y á morder van al momento
la tierra que pisan...
- Rey.* ; No!
harto de sangre sedientos
habeis todos derramado
la de tanto infeliz pueblo:
vuestra obediencia tan sola,
condestable, es lo que quiero.
- Alv.* ; Mi obediencia...! ¿y qué se cifra
en ella, rey?
- Rey.* El sosiego,
la paz.
- Alv.* Don Juan, ilusiones
son esas: vanos ensueños
os forjais... ¿buscáis la paz
; la paz! gobernando el reino
ambiciosos ricos homes
que han conquistado sus puestos
á viva fuerza, y que tienen
tantos rivales entre ellos?
- Rey.* Condestable, así es preciso:
hacedlo por mí; os lo ruego:

si algun amor conservais
 al antiguo compañero
 de vuestra infancia, marchad,
 salid de Burgos: ya os tengo
 ofrecido antes de ahora,
 y por mi fé os lo prometo
 segunda vez, conservaros
 todos cuantos privilegios
 os he concedido, y mas
 os doy en este momento,
 el Ducado de Trujillo:
 hacedlo, Luna; os ofrezco
 que volvereis á mi lado
 asi que aquietado el reino
 se encuentre.

Alv. Basta, don Juan:
 no mas mercedes anhelo;
 que aunque tarde, reconozco
 lo que importa el valimiento
 de los reyes: sé muy bien
 que hay en Burgos de secreto
 hombres de armas destinados
 contra mí; sé que un refuerzo
 traerá el conde de Plasencia
 ademas...

Rey. ¿Si sabeis eso,
 por qué despreciais ingrato
 mis amistosos consejos?

Alv. Porque os perdeis vos tambien
 al tiempo que yo me pierdo;
 porque no se dobla á nadie
 la rectitud de los cetros;
 y porque no, es justo, en fin,
 que asi logren sus intentos
 hombres cobardes.

Rey. ¿Oís?
 gente se acerca; silencio.

ESCENA III.

DICHOS. EL CONDE DE HARO.

- Rey.* ¿Qué se le ocurre al de Haro?
Haro. Guarde á vuestra alteza el cielo.
Rey. ¿Llegó el conde de Plasencia?
Haro. Con trescientos ballesteros
entró en la ciudad no ha mucho,
y ahora viene sus respetos
á ofrecer á vuestra alteza:
en palacio espera...
- Rey.* Debo
verle al punto, y darle gracias
por el solícito esmero
con que ha cumplido mis órdenes.
- Haro.* Es ley, señor, así hacerlo.
- Rey.* Vos, condestable, despues
cuidad de verme, que tengo
algunas cosas que hablaros.
Vamos, conde.
- Haro.* Os obedezco.
- Alo.* (*Aparte al rey.*)
Tenga presente su alteza
en oportuno momento
que el de Luna no es cobarde,
y que siempre fue muy vuestro.

ESCENA IV.

DON ALVARO.

Ya, don Alvaro, menguando
va el esplendor de tu luna:
tu poder se va estrellando
contra el poder de otro bando;
¿sucumbirás por fortuna?
¿Sucumbir...! ¿y mi ambicion?
vive Dios que fuera mengua:

pero ¡ay! que en esta ocasion
 desmiente mi corazon
 lo que pronuncia mi lengua.
 Si en pobre cuna nací
 fruto de bastardo amor,
 ¿qué he venido á hacer yo aqui?
 ¿por qué ha de cegarme asi,
 trono, tu vano esplendor?
 Todo falsedad, mentira,
 es la corte y su privanza,
 veneno que solo inspira
 á quien de cerca la mira
 envidia y sed de vengauza.
 Mas yo que conozco tarde
 su perfidia y sus engaños,
 ¿por qué he de ceder cobarde,
 ya que de él tengo hecho alarde,
 un poder de tantos años?
 ¡Jamás, jamás...! ¿ceder yo?
 ¿y á la nobleza altanera!
 se engaña quien lo pensó:
 de grado tal vez cediera,
 pero por fuerza... eso, ¡no!

ESCENA V.

DOÑA JIMENA. LAURA.

Laura. Se marcharon al momento,
 ya estamos en libertad:
 aqui hay, señora, un asiento:
 venid, venid, descansad.

Jim. (*Reclinándose en un banco de piedra.*)
 Aprovecho la ocasion.
 No sé qué oculto beleño
 entorpece mi razon
 y me está brindando al sueño.

Laura. Un momento de sosiego
 os viniera bien á fé.

Jim. Es verdad, sí; vuelve luego:
 ahora, Laura, déjame.

ESCENA VI.

DOÑA JIMENA.

¿Por qué el recuerdo de mi tierna infancia
 vierte en mi pecho tan amarga hiel?
 ¿Por qué el hado con bárbara constancia
 así me aflige sin cesar cruel?
 Tristes memorias mi alligida mente
 se complace tan solo en recordar,
 y pasan una á una velozmente,
 y tornan mis dolores á aumentar.
 Ven, sueño, ven, que tú eres en mi duelo
 único alivio á mi dolor tenaz,
 mi único dulce bienhechor consuelo:
 ya siento que se acerca, llega en paz.
 (*Se queda dormida.*)

ESCENA VII.

DOÑA JIMENA, *dormida*. VIVERO completamente armado á uso del siglo XV. CHACON.

Chac. Pardiez, señor, es extraño
 que tengais tales caprichos.

Vivero. He de ver al rey, Chacon,
 al instante: así es preciso.
 ¿No nos dijeron afuera
 que se hallaba en este sitio?

Chac. Ya veis que no le encontramos:
 tengo los huesos molidos
 de correr... ¡catorce leguas!
 trepando cuestras y riscos,
 y en uná sola jornada.

Vivero. Todo necesario ha sido
 para escapar de las garras
 del de Navarra...

Chac. (*Viendo á Jimena, en quien no habian reparado hasta ahora.*)

¡Quedito!

Venimos buscando reyes
y encontramos angelitos
dormidos sobre las piedras:
llegad, mi señor...

Vivero. (Contemplando á Jimena de cerca.)

¡Qué miro!

es Jimena... ¡Dios eterno,
siempre bella...!

Chac. Es un prodigio.

Vivero. ¡Jimena, Jimena...! ¿Es cierto
que te vuelvo á ver...? ¡hien mio!
¡cuántas penas me ha costado
tu memoria...!

Chac. (¡ Con suspiros
se nos viene...? ¿qué apostamos
á que pierde los estribos
el buen amo, y se le antoja
hacer algun desatino?
¡Pobre niña...! pero no...
con tanto correr... pues digo,
que está ahora el cuerpo á propósito
para cosas de amoríos.) (*Ap.*)

Vivero. Vete, Chacon.

Chac. ¿Qué decís?

Vivero. Que te vayas.

Chac. ¿Ahora mismo?

Vivero. En el momento.

Chac. ¡Pardiez!
que jamas en los peligros
me ha mandado que le deje.
¿Parece que no es preciso
ya ver al rey?

Vivero. No, Chacon.

Chac. De ese modo...

Vivero. ¡Por Dios vivo!
obedece y no repliques.

Chac. Obedezco y no replico.
(Dios del débil, dadla fuerzáz,
porque el hombre es algo arisco.) (*Ap.*)

ESCENA VIII.

VIVERO. DOÑA JIMENA.

Vivero. Objeto de mi amor, prenda querida,
 despues de males y peligros tantos,
 vuelvo á tu lado á embellecer mi vida,
 vuelvo esclavo á gemir de tus encantos.
 No mas guerra, no mas, solo la llama
 arde de amor en mi abrasado pecho:
 en vano del Dios Marte la oriflama
 apagarla pretende á mi despecho.
 ¿Qué triunfos, qué laureles, qué despojos
 en las lides jamas ganó mi espada
 que puedan compararse de tus ojos
 á una sola de amor dulce mirada!
 Despierta, ídolo mio, y á tu lado
 mira de nuevo á tu amador rendido.

(Jimena se agita entre sueños.)

Mas sus labios mi nombre han pronunciado...
 ¡y pude necio yo temer su olvido!
 sueña... sin duda el corazon la anuncia
 un término á su largo y triste duelo:
 y es mi nombre ¡mi nombre! el que pronuncia:
 aqui estoy á tus pies... ¡angel del cielo!

(Arrodillándose.)

Jim. *(Los dos versos primeros los recita incorporándose; despues vuelve á reclinarse.)*

¡Vana, vana ilusion...! ¡esa es su sombra
 que me finge de amor el frenesí:
 ¡el eco de su voz ya no me nombra!

Vivero. Héme, hermosa Jimena, héme ante tí.

(Tomándola una mano y despertándola.)

Jim. *(Se levanta.)*

¿Me engaña mi fantasía,
 ó estamos juntos los dos?
 ¡Alfonso!

Vivero. ¡Jimena mia!

Jim. ¡Yo que sueño le creía,

y es realidad...! ¡justo Dios!

Vivero. Tambien, Jimena, soñabas,
y en tu profético ensueño
de placer me enagenabas,
porque el nombre pronunciabas
del que te aclama su dueño.

Jim. Ese nombre, Alfonso, aqui
le tuve siempre esculpido,
mientras tú lejos de mí
tal vez dabas al olvido
mi amoroso frenesí.

Vivero. Calla, ingrata... ¡olvidar yo
tu cariño y tu ternura!
Jamás Alfonso olvidó
á la hermosa en quien cifró
su amor todo y su ventura.
¿Y tú has podido creer
que Alfonso infiel te sería?

Jim. No supe lo que decia.
¿Cómo es que te vuelvo á ver?

Vivero. Escucha, Jimena mia.
El rey me alejó de aqui,
si el corazon no me engaña,
por separarme de tí,
por eso de su orden fuí
con don Enrique á campaña.
Y á la par que maldiciendo
siempre esa guerra importuna,
alli entre el marcial estruendo
pensé cambiar combatiendo
nuestra contraria fortuna.
Donde los peligros, yo
alli el primero á buscarlos:
jamás mi pecho tembló;
por eso el príncipe Carlos
mil honras me dispensó.
Pero ¡ay! en hora menguada
me llevó una vez consigo
sobre Aivar, villa cercada,
pues fuimos en la jornada

presa del rey su enemigo.
 Prisioneros en Estella
 juntos el príncipe y yo
 maldiciendo nuestra estrella
 ¡cuánta amorosa centella
 en mi pecho se encendió!
 En la vigilada almena
 con cánticos de amargura
 Carlos plañia su pena,
 y yo lloraba, Jimena,
 nuestra fatal desventura.
 Mas al fin, hermosa mia,
 tuvo el cielo compasion,
 pues lució dichoso un dia
 en que burlando al vijía
 pude huir de la prision.
 Don Carlos se quedó alli
 por conveniencia de estado:
 yo desque libre me vi
 á mis banderas volví,
 del príncipe Enrique al lado.
 Lleno Enrique de contento
 me despachó con urgencia
 para Burgos, y al momento
 salgo alli del campamento
 en alas de mi impaciencia.
 Á Burgos llevo por fin:
 busco en palacio á don Juan;
 me mandan á este jardin,
 y hallo en él un serafin
 dormido entre el arrayan.

Jim. ¡Alfonso...! qué lisonjero...

Vivero. ¿Tan poca fé yo te inspiro?

Jim. Gente se acerca, Vivero.

Vivero. De nadie ser visto quiero:
 aqui á un lado me retiro. (*Se oculta.*)

ESCENA IX.

DOÑA JIMENA. DON JUAN DE LUNA.

Juan. (¿Tan sola Jimena
y en sitio apartado?
fortuna ha guiado
mis pasos aqui.
Si osado la digo
mi afan amoroso...
¿saldré victorioso?
yo pienso que sí.) (*Ap.*)
Dios guarde al lucero
de toda Castilla,
la estrella que brilla
con mas esplendor...

Jim. Estais cortesano :
ya es esa, el de Luna,
lisonja importuna:
callad, por favor.

Juan. Jamas lisonjeros
han sido mis labios.

Jim. Entonces agravios
hacéisme tal vez.

Juan. Piedad... ¡oh Jimena!
¿Por qué así me miras?
Depon esas iras,
depon la altivez.

Jim. Tened esa lengua,
tened, que me infama.
¿Por qué así á una dama
cobarde injuriais?
Jamás os creyera,
don Juan, tan osado;
que estais ya casado
sin duda olvidais.

Juan. ¡Mi lengua ofenderte!
¡Jimena...! esos lazos
mañana pedazos
ú hoy mismo se harán,

que tanto en mí puede,
gentil criatura,
tu amor, tu hermosura...

(Jimena da muestra de impaciencia.)

¿no escuchas mi afán?

Jim. ¿Silencio...! dejadme:

silencio, os repito:

yo nunca un delito

podré consentir.

¿Quereis, mal que os pese,

que todo os lo diga?

por si algo os obliga

habreislo de oír.

Sabed lo primero

que no quiero oiros,

que vuestros suspiros

enfado me dan;

que vuestras protestas

y vuestros amores,

y vuestros favores

me cansan, don Juan.

Juan. ¿Los dos aquí solos,

muger orgullosa,

y tu lengua osa

mi amor propio herir?

¿Pardiez! no conoces

acaso al de Luna:

¿mi hablar te importuna?

pues hasme de oír.

Murió allá en Navarra

tu amante Vivero:

esto es lo primero,

escucha el final...

¿Qué miras? no hay nadie,

da rienda á tu pena,

no temas, Jimena,

de mí ni un mal.

Detente... ¿te marchas?

(Jimena va á marcharse. Don Juan la detiene tomándola bruscamente una mano.)

por Dios soberano
 que mas bella mano
 no he visto jamas.
 Parece que tiemblas.
 ¿Dó está aquella furia?
 ¿Por qué no me injuria
 tu labio ya mas?

ESCENA X.

DICHOS. VIVERO, con la visera calada.

Vivero. (Harto estuve ya callando:
 no mas insultos tolero.) (*Ap.*)
 Mal parece un caballero
 á una dama amenazando.
 ¡El de Luna...! os confundís...
 ahora el que tiembla sois vos.

Juan. Atrevido sois por Dios;
 con mucho fuero venís.
 Si porque estais tan armado
 hablais con tanta osadía,
 os engañais á fé mia:
 tengo yo valor sobrado
 para...

Vivero. Sí, teneis valor
 para ofender á una dama.

Juan. Callad, callad; nadie infama
 impunemente mi honor.

Vivero. Como tengais el arroj
 para vengar una ofensa,
 que con la dama indefensa...

Juan. Temed, si os burlais, mi enojo.
 ¿Quién sois, que asi os atreveis
 á insultar á un caballero?
 Descubrid...

Vivero. Mirad. (*Alzándose la visera.*)

Juan. ¡Vivero!

Vivero. Ya, don Juan, me conoccis.

Juan. ¡Vos aquí...!

- Vivero.* ¿Muerto en campaña
fue Vivero? pues su sombra
parece que no os asombra,
y es por cierto cosa estraña.
- Juan.* ¿Vive Dios!
- Jim.* Basta, os perdono.
- Vivero.* Y yo tambien: idos, Luna.
- Juan.* ¿Perdonarme...! ¿por fortuna
olvidais los dos mi encono?
Ved cómo me he de marchar.
- Vivero.* De buen grado.
- Juan.* (*Sacando la espada.*)
 No, primero
el buen temple de mi acero,
Alfonso, habeis de probar.
- Vivero.* (*Desenvainando tambien.*)
Si vos lo quereis asi...
- Jim.* (*Interponiéndose entre ambos.*)
 ¿Luna...! ¿Alfonso! ¿por piedad!
- Vivero.* Deja, Jimena.
- Juan.* Apartad.
- Jim.* (*Gritando en el foro: Vivero y don Juan
riñen entre tanto: Laura llega sobresaltada.*)
 ¿Laura! ven: ¿triste de mí...!
 ¿Laura, Laura...!

ESCENA XI.

DICHOS. LAURA.

- Laura.* ¿Santo cielo!
¿Qué ruido es este, señora?
Caballeros, en mal hora
vinisteis con vuestro duelo
á redoblar nuestra pena.
Mirad, por alli el rey viene.
- Juan.* Disimular me conviene.
 (*Envainando la espada.*)
- Vivero.* Venid conmigo, Jimena.
 (*Envainando tambien. Se lleva á Jimena por el*

foro, Laura los sigue, don Juan empieza á recitar los versos de la escena siguiente antes de que se oculten.)

ESCENA XII.

DON JUAN.

El rey viene, sí, es verdad:
 disimular es preciso:
 vuestra suerte así lo quiso,
 pero mis iras temblad.
 El valimiento y poder
 del condestable mi tío
 pronto estará á mi albedrío:
 ó vengarme, ó perecer.
 Me consuela esa esperanza;
 será inútil su defensa,
 que si ha sido atroz la ofensa
 lo ha de ser mas la venganza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.



Salon regio, con un solo sillón para el rey.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO. HARO. PLASENCIA.

Alv. **V**ed, condes, de qué manera
he de salir de palacio.

Plas. A estar, Luna, mas despacio,
vive Dios que os lo dijera.

Haro. Callad, señores, callad;
vuestra lengua se propasa,
y estais del rey en la casa:
esa es mucha libertad.

Alv. Donde me buscan, el de Haro,
sin ver el sitio en que estoy
allí la respuesta doy.

Haro. Eso ya raya en descaro.

Plas. Condestable, la insolencia
era buena para ayer,
hoy no, que vuestro poder
va ya mucho en decadencia.

Alv. Pensad bien lo que intentéis,
no se vuelva en vuestro daño
ahora también como antaño
el lazo que me tendéis.

Plas. Jamas traidores seremos,
orgullosos condestables;
vuestro yugo abominable
solo quebrantar queremos.
¿Os parece buena ley
que os ciñais vos la corona,

tirano de la persona
y los estados del rey?
¿Os parece bien, por Dios,
que inclinada la cabeza
tenga siempre la nobleza
donde estuviéredes vos?
¿Y que sus tierras y feudos,
por saciar un vil enojo,
pasen así por'antojo
á poder de vuestros deudos?
Ya no mas: harta mancilla
sobre nuestra frente vimos,
harto tiempo esclavos fuimos
los señores de Castilla.

Haro. Tiene sobrada razon
ahora el conde de Plasencia:
harto tiempo con paciencia
sufrimos tanto baldon.

Alv. ¡Con paciencia...! por mi vida
que os engañásteis los dos.

Plas. El que se engaña sois vos.

Alv. Calle esa lengua atrevida.

(Sacando la espada.)

¡Por Santiago...! ya es vileza
tamaña ofensa sufrir:
mi espada os sabrá decir
quién debe mandar.

ESCENA II.

DICHOS. EL REY.

Camarero. *(Anunciando y vase; don Alvaro envaina la espada cuando empieza á hablar el rey.)*

Su alteza.

Rey. ¡Viéndolo estoy y aun lo dudo!
Atrevido condestable,
¿qué hacéis aquí, miserable,
con el acero desnudo?

Alv. Vasallo fiel defendiendo

estaba al rey mi señor
 contra el acento traidor
 de alguno que aqui estais viendo.
 Si hay para la lealtad
 ley que marque alguna pena,
 esa, señor, me condena,
 y no otra alguna.

Rey. Callad,
 y dad las gracias al cielo
 ya que para vuestra mengua
 no os mando cortar la lengua:
 galardón que vuestro celo
 solo merece...

Alo. Señor...
 si vos lo ordenais asi...

Rey. Basta ya: marchad de aqui.

Plas. No, primero por favor
 déme su alteza licencia
 para que pueda mi labio...

Rey. ¿Quereis vengar vuestro agravio?
 Hablad, conde de Plasencia. (*Se sienta.*)

Plas. Juro á fé de castellano
 que el condestable ha mentido
 por defenderse atrevido
 de su proceder villano.
 Que no son traidores, rey,
 no, los grandes de Castilla,
 sino el hombre que mancilla
 á un tiempo el trono y la ley.
 No es traidor el que defiende,
 señor, vuestra libertad,
 el que mira por la paz
 cuando la guerra se enciende:
 el que con su gente acude
 á sostener la corona
 cuando el poder que la abona
 ha menester quien le ayude.
 No es traidor, don Juan, no lo es,
 el que vuestro bien procura,
 el que su adhesión os jura

rendido aquí á vuestros pies.

(*Arrodillándose y volviéndose á levantar.*)

Rey. Alzad, conde de Plasencia:

me es grato vuestro homenaje.

Plas. Las gentes, señor, que traje
están á vuestra obediencia.

Rey. Gracias, conde: vos podeis
marcharos, Luna, de aquí.

Alo. Antes de tratarme así

os ruego que me escuchéis.

Recordad, don Juan Segundo,
quién en vuestros tiernos años
os mostraba los engaños
y las perfidias del mundo.

Recordad quién fue el primero
que halagó vuestra existencia
en la edad de la inocencia
con su cariño sincero.

Recordad quien ensayó
vuestras fuerzas cuando niño,
y el primero que el armiño
de los reyes os vistió;

quién distrajo vuestras penas
con agradables canciones
al pie de los torreones,
y en las góticas almenas.

Recordad quién dirigió,
en las vegas de Granada,
vuestra hueste entusiasmada
que al musulman derrotó.

Cuando la altiva grandeza
alzando rebelde grey,
osó de su mismo rey
amenazar la cabeza,

entonces, rey, recordad
quién fue el vasallo primero
que esgrimió por vos su acero
y os volvió la libertad.

Ved quién alza en vuestra tierra
los bandos y las facciones;

quién enciende las pasiones
 y las incita á la guerra.
 Y en fin, mirad que la envidia
 y la sed de la ambicion,
 con máscara de adhesion
 quieren cubrir su perfidia.
 El velo infame rasgad
 que oculta tantos engaños,
 si evitar quereis mas daños:
 harto os digo, perdonad.

(Vase: el rey queda sumergido en profunda meditacion.)

ESCENA III.

EL REY. HARO. PLASENCIA. *Despues* UN CAMARERO.

Plas. ¡Atrevimiento notable!
 Mucho ha sido el desenfado.
Haro. Sí, pero el rey ha escuchado
 con placer al condestable:
 mirad, en éxtasi está
 repasando lo que ha oido.
Plas. Pues yo le juro al valido
 que esta vez no le valdrá.
Camar. Vénia pide para hablar
 con su alteza un caballero
 que ha estado allá prisionero
 en Navarra.

Rey. Puede entrar.
(Saliendo de su distraccion: vase el camarero: momento de silencio.)

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES. VIVERO.

Vivero. Salud á vuestra alteza y largos años;
 dejad, señor, que humilde vuestras plantas
 llegue á besar...
Rey. ¡Alfonso de Vivero!

Vivero. Mis hierros quebrantar logré en Navarra,
y vuelto á mis banderas, vuestro hijo
con pliegos para vos aquí me manda.

Rey. Levantaos, Alfonso, y en buen hora
piseis el pavimento de mi alcázar.

Vivero. Estos los pliegos son.

(*Dándole unos papeles cerrados.*)

Rey. (*Ojeándolos.*) Cosas de guerra.
Oid, condes, oid, ved si os agrada
los proyectos de mi hijo don Enrique.

(*Leyendo.*) "Marchar pienso, señor, sobre Tafalla,
pues de librar al príncipe don Carlos
el conde de Lerin me da esperanzas:
para gloria y orgullo de Castilla
tiembla nuestro poder el de Navarra,
y treguas pide, que, si á vos os place,
licencia me dareis para negarlas."

No hay que dudar: despues me recomienda
vuestros grandes servicios en campaña,
que son dignos por cierto de mi aprecio.

Vivero. Hice, señor, lo que el deber mandaba.

Rey. Daros el galardón me corresponde:
¿tenéisme que pedir alguna gracia?

Vivero. Ninguna mas, señor, que vuesa alteza
me dé á besar su mano:

(*El rey se la alarga: Vivero se arrodilla para be-
sársela.*) esto me basta,
y escede á mi ambicion...

Rey. Alzad del suelo;
mi contador mayor.

Vivero. Mercedes tantas...

Rey. No son todas aun; otra os reservo
que ha de seros, yo pienso, muy mas grata.
¡Hola! (*Llamando: sale el camarero.*)

Camar. Señor.

Rey. Decid á Juan de Luna
que al punto se presente en esta cámara.

(*Vase el camarero.*)

Aguardad aquí, condes: vuelvo luego.

Y tú, mi contador, tambien aguarda.

ESCENA V.

DICHOS, *menos* EL REY.

Vivero. (¡Mandar venir á Luna...! estoy confuso: acaso pudo ver que las espadas en el jardin sacamos.) (*Ap.*)

Haro. En buen hora recibais las bondades del monarca.

Plas. Yo con gusto tambien os felicito, mi amigo el contador.

Vivero. Yo os doy las gracias.

Plas. ¿Sabeis si hablaba el príncipe en sus pliegos algo del condestable?

Vivero. No sé nada; mas presumo que sí, porque pretende derribarle del puesto en que se halla.

Plas. ¿De qué bando sois vos?

Vivero. ¿Yo? De ninguno.

Plas. De alguno de los dos justa es la causa.

Vivero. De gratitud me ligan fuertes vínculos al señor condestable: allá en Navarra tambien quedé obligado con el príncipe: ser imparcial me toca.

Plas. Eso no basta; á su lado ó al nuestro: el reino todo de sufrir á don Alvaro se cansa.

Vivero. Yo solo sirvo al rey.

Plas. El rey hoy mismo ha resuelto dar fin á su privanza, y en breve de Castilla desterrado irá con su ambicion á otras comarcas.

Haro. Es temible su orgullo, tiene gente, y es facil que nos cueste una batalla su caida.

Plas. No tal; esos temores solo á espíritus débiles asaltán.
¿Olvidásteis tan pronto que á mi orden

tengo hoy en Burgos cuatrocientas lanzas?

Haro. Silencio: Juan de Luna hácia aqui viene.

ESCENA VI.

LOS PRECEDENTES. DON JUAN DE LUNA.

Juan. Á Dios, condes.

Haro y Plas. Á Dios.

Juan. ¿ No me llamaba
el rey á este lugar?

Plas. Sí; vuelve al punto.

Juan. ¿ De mandarme venir cuál es la causa
sabeis acaso, condes?

Plas. La ignoramos:
él viene aqui á decirlo.

Camara. Plaza, plaza.

ESCENA VII.

DICHOS. EL REY. DOÑA JIMENA. LAURA. RIVADENEIRA.
RICOS-HOMBRES. PAJES.

Juan. (¡ Jimena con el rey... y aqui Vivero!
Crece en mi pecho de vengarme el ansia.) (*Ap.*)

Rey. Venid, la dama hermosa; hoy mismo quiero
daros á demostrar cuánto me es grata
vuestra ventura: el corazon me anuncia
que acierto he de tener para colmarla.
Como un valiente pereció á mi lado
de Olmedo vuestro padre en la batalla,
fue vuestro nombre su postrer suspiro,
y os dejó á mi cuidado encomendada.
Perdonad si os recuerdo cosas tristes,
pues es indispensable recordarlas.
Yo os traje á mi palacio, y en el punto
os presenté á la reina, que su dama
complacida os nombró; fueron creciendo
al par que vuestros años, vuestras gracias,
y numerosa corte os cercó en breve

de mil adoradores entusiastas.
 Uno entre los demas conseguir pudo
 fijar vuestra atencion, mas yo á Navarra
 al punto le mandé: ¿quereis que os diga,
 si de aqui le alejé, cuál fue la causa?
 Quise, Jimena, que de vos se hiciera
 digno por los esfuerzos de su espada;
 quise lograr que asi como de hija
 un valiente guerrero el nombre os daba;
 otro valiente vuestro esposo fuera:
 solo por eso le mandé á campaña.

Jim. Recibid, justo rey, hoy de mi pecho
 la gratitud sincera que os consagra,
 ya que huérfana triste de otro modo
 no pueda compensar mercedes tantas.

Rey. Asi, Jimena, os quiero; vos, Alfonso,
 llegaos hasta aqui...

Vivero. ¡Siento en el alma
 el mas vivo placer...! ¡Oh rey magnánimo!
 deja que bese el polvo de tus plantas.

(*Arrojándose á los pies del rey.*)

Alo. Sed felices esposos: Juan de Luna,
 el próximo domingo, que es la Pascua
 de la Resurreccion, vos en mi nombre
 habreis de conducirlos hasta el ara:
 quiero arreglar asi las diferencias
 que entre los dos existen.

Juan. Dicha tanta
 me llena de placer...

(*Durante esta escena habrá estado hablando algunas veces con Rivadeneira misteriosamente.*)

Rey. Asi lo creo.

Juan. (¡Mañana viernes santo! Á mi venganza
 le sobra tiempo aun.) (*Ap.*)

Vivero. Jimena, hoy vemos
 cumplida ya por fin nuestra esperanza.

Jim. Sí, Alfonso; oyóme Dios.

Rey. Vamos ahora
 á dar cuenta á la reina, que en su estancia
 nos espera tal vez: vosotros, condes,

los testigos seréis; venid.

(*Van saliendo por su orden : al hacerlo Rivadeneira le detiene don Juan, que habrá permanecido en la escena.*)

Juan.

Aguarda.

ESCENA VIII.

DON JUAN. RIVADENEIRA.

Juan. Ven, Fernando, que mi pecho
necesita desahogarse.
¿Has visto mas desgraciado
hombre que yo...? ¿no escuchaste
que el rey quiere que en su nombre
sea padrino en el enlace
de la orgullosa Jimena
con mi rival detestable?
¿Cuál se alegrarán los pérfidos!
de furor mi pecho arde:
¿cómo destroza mi mente
el recuerdo de mi ultraje!

Rivad. Fue, señor, temeridad
acudir en aquel lance
á la fuerza.

Juan. ¿Quién creyera
que en momentos semejantes
estuviera en el jardin
oyéndome el miserable?
Bien lejos yo le creía,
Fernando, de aquel parage.

Rivad. ¿Pero ello es en fin, señor,
que hubisteis de acuchillarle?

Juan. Sí, Fernando; ciego yo
de furor y de corage,
allí mismo de la espada
tiré resuelto á vengarme,
y aunque Alfonso estaba armado,
vertido hubiera su sangre
á no evitarlo Jimena:
dió á gritar, y en el instante

acudió su camarera ,
 y nos recordó el parage
 en que estabamos ; nos dijo
 que el rey con algunos grandes
 se acercaba , y era cierto :
 asi me fue indispensable
 disimular por entonces
 mi furor...

Rivad.

Lástima grande
 fue hallaros en aquel sitio :
 ¿ pero en fin no os aplazásteis
 para en momento oportuno
 proseguir vuestro combate ?

Juan.

No , Fernando ; y ahora encuentro
 motivos para alegrarme ,
 pues á tomar con la espada
 venganza de aquel ultraje ,
 mi afrenta se hubiera hecho
 mas pública , y el desaire
 se hubiera entonces doblado :
 y no debiera estrañarte
 mi comportamiento á tí
 que sabes , mejor que nadie ,
 que es el tema favorito
 de que yo siempre hago alarde :
paciencia , y mala intencion.
 ¿ Piensas tú que ha de quedarse
 impune la ofensa hecha
 por un rival miserable
 al orgulloso don Juan ,
 sobrino del condestable ,
 señor de muchos castillos ,
 y de villas y lugares ?
 Si lo has creído , Fernando ,
 vive Dios que te engañaste :
 porque está ya bien probado
 que el que desea vengarse ,
 si quiere que no le salgan
 fallidos nunca sus planes
 debe con pies de tortuga

dar los pasos ; bien lo sabes.

Rivad. Me convenceis ; y ademas
fuera mengua que en la sangre
del traidor Perez Vivero
vuestro acero se manchase.

Una intriga cortesana
mas airoso de este lance
pudiera sacaros : ahora
ocasiones favorables
mejor que nunca teneis.

Juan. Bien lo sé : tú adivinaste
mi pensamiento : se encuentran
cabalmente en este instante
los negocios de mi tio
don Alvaro , el condestable ,
mejor que jamas pudieran
para servir á mis planes ;
pues aunque en verdad menguando
va su poder , aun bastante
tiene para no sufrir
que quiera menoscabársele
Alfonso , que fue su hechura ,
en la mas mínima parte .
Mas para llevar á cabo
cualquier cosa que intentase ,
he menester el apoyo
de algun otro , que ayudarme
quisiera...

Rivad. Señor , me acuerdo
de mi infancia y de mis padres ;
me acuerdo que nací pobre
y de plebeyo linage ;
que no pude prometerme
pisar jamas los umbrales
de palacio ; pero vos
vuestra mano me alargásteis ,
y á pesar de estar tan bajo
pude hasta vos elevarme .

Juan. ¿Y para qué esos recuerdos
á la memoria me traes ?

Rivad. Para deciros con ellos
que jamas podré olvidarme
de los favores que os debo;
para haceros ver que sabe
ser Fernando agradecido,
como ahora mismo si os place
puede probároslo.

Juan. Admito

con placer el homenaje
que tu gratitud me rinde:
sí, Fernando, confiarme
quiero en un todo de tí.

Rivad. Pues bien, señor, escuchadme:
ahora aqui mismo podemos,
sin que nos perturbe nadie,
examinar bien los medios
y forjar todos los planes
para el logro de una idea
que me ocurre en este instante:
me habeis dicho que don Alvaro
tiene poder aun bastante
para sentir que cualquiera
pretenda de él despojarle.
¿Conoceis al confesor
de doña Jimena...?

Juan. ¿Un fraile
dominicó?

Rivad. Sí; en palacio
sé que se halla en este instante.

Juan. ¿Y eso qué importa?

Rivad. ¿Qué importa?

mucho, si quereis fiarme
el plan de vuestra venganza.

Juan. ¿Y qué ha de hacer el buen padre
para...

Rivad. Puede hacerlo todo,
si metiéndole en el lance
se le ofrece un buen partido,
y ofrecer ya veis que es facil.
¿No es mañana viernes santo?

Juan. Sí.

Rivad. ¿Y no sabeis que el rey sale á visitar las iglesias?

Juan. Es su costumbre: adelante.

Rivad. ¿Irá á la iglesia mayor?

Juan. De seguro.

Rivad. Pues el padre de quien íbamos hablando, no quisiera equivocarme, predica mañana en ella.

Juan. Expílicate mas...

Rivad. Dejadme, que presto lo sabreis todo: ahora vamos á otra parte. ¿Deseais vos que la corte deje el señor condestable?

Juan. Sí, Fernando; y de tal modo, que á ello quisiera obligarle por cualquier medio; pues veo que un sin número de males amenazan su cabeza, y no han de poder librarle ni la astucia ni el valor en esta ocasion como antes. Por mas que así se lo digo son mis consejos en valde; y es lo mas malo del caso que en su ruina á sus parciales ha de envolver de seguro.

Rivad. Pues si quereis que se salve huyendo con tiempo, puede conseguirlo el mismo padre.

Juan. El tal hombre es un antidoto que cura todos los males. Vive Dios que me confundes: vas á decirme qué enlace tiene esto con lo primero.

Rivad. Las dos cosas puede el fraile hacer á la vez...

Juan. No entiendo.

Rivad. Y además el condestable
os vengará por sí propio
sin saberlo...

Juan. ¿Tú burlarte
piensas acaso...? ¡Por Cristo!
(*Echando mano á la espada.*)

Rivad. ¡Don Juan, yo con vos burlarme!
no me conocéis; se trata
de vengaros: ha un instante
que me dísteis para ello
todas vuestras facultades;
yo con mi cuello os respondo
que está en manos de ese fraile
hacer todo cuanto he dicho.
Aquí un momento esperadme;
voy por él, y estando juntos
aquí los tres será fácil
á vos, señor, entenderme,
y á mí, don Juan, esplicarme.
Pero es preciso el sigilo:
sobre todo, el condestable
es el que mas nos conviene
que esté del caso ignorante.

Juan. Cada vez te entiendo menos:
¿no dices que ha de obligarle
el fraile á dejar la corte?

Rivad. Sí, le obligará á marcharse,
y os juro que ha de alcanzarlo
sin necesidad de hablarle.

Juan. Me llenas de confusiones:
vete pues...

Rivad. Vuelvo al instante.
(¡La sima que ha de tragáros,
imbécil, tú mismo la abres!) (*Ap.*)

ESCENA IX.

DON JUAN: *permanece en silencio algunos instantes.*

¡Cómo en mi mente bullir
siento, pérfida Jimena,

ese recuerdo que llena
 de amarguras mi existir.
 Imposible es resistir,
 sin que estalle, este tormento
 que dentro del alma siento:
 pero ¡ah! tengo la esperanza
 del placer de la venganza,
 y ya se acerca el momento.
 En hora menguada aqui
 traje á Vivero tu suerte
 para perderse y perderte:
 en hora menguada, sí.
 ¡Oh! ¡me ciega el frenesí
 recordando su desden...!
 ¡siento abrazarse mi sien...!
 (*Mirando con inquietud por el fondo.*)
 Mas ya se acercan los dos...

ESCENA X.

DON JUAN. RIVADENEIRA. EL RELIGIOSO.

Relig. El señor sea con vos
 por siempre jamas...

Juan. Amen.

Rivad. Mi comision he cumplido;
 ya tenemos aqui al padre.

Juan. Como tu intento nos cuadre
 del paso habemos salido.

Rivad. (*Escuchando como con temor.*)
 Parece que se oye ruido...
 ¿no sentís vos?

Juan. Sí, es verdad.

Relig. Venid; con mas libertad
 en otra parte estaremos:
 en mi convento podemos
 hablar seguros...

Juan. • Guiad.

(*Vanse los tres por el foro misteriosamente.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Vista exterior de la iglesia mayor de Burgos. A un lado, en el foro, puertas grandes que dan entrada al templo: al empezarse el acto habrá un solo postigo abierto en ellas, por donde entrará y saldrá la gente, que de vez en cuando cruzará la escena por el fondo.

ESCENA PRIMERA.

HARO. PLASENCIA.

Haro. **E**l sermón ya habrá empezado,
y el rey estará en la iglesia:
ya salen algunas gentes.

Plas. Unas salen y otras entran:
sobra tiempo para todo.

Haro. Vos no teneis mucha prisa
según parece...

Plas. No, conde.

Haro. Ni el sermón os interesa
mucho tampoco.

Plas. Sí á fé:
mas no es justo que me duerma
cuando traigo entre las manos
negocios de consecuencia.

Haro. Mirad, por Dios, lo que habláis.

Plas. ¿No habeis visto esta cuaresma
qué lindamente he dormido
en varios templos la siesta?

Haro. Estais de burlas, el conde.

Plas. No estoy sino muy de veras.
¿Qué quereis? tal es mi genio:
os lo digo con franqueza,
me cansan, no me edifican
esas pláticas eternas.

Haro. Estoy pasmado de oiros:
teneis ancha la conciencia
por demas.

Plas. ¿Quién no la tiene
en circunstancias como estas?

Haro. ¿Habeis hoy perdido el juicio?
me gusta la consecuencia.
¿Con que porque se halle el reino
combatido por opuestas
ambiciones, será bien
que los fieles no lo sean?
¡Por Dios, conde! que los moros
otro tanto no dijeran.
Cuidad cuando hableis conmigo
de refrenar vuestra lengua
antes de tomar por juego
cosas para mí tan serias.

Plas. ¿Es decir que hay dos sermones,
el de adentro y el de afuera,
y vos predicais el uno?
¡Buen modo de que por fuerza
hoy con pláticas cristianas
me calienten las orejas!
Deciros, conde, pensaba
cosas que á los dos de cerca
nos tocan, pero ya no:
vos vereis las consecuencias,
y esto bastará. ¿Sabeis
que acaso en breve su alteza
se entregue completamente
en manos de la nobleza?
Os juro, el de Haro, que hoy mismo
resuelto estará el problema
que ha de hundirnos para siempre,
ó darnos sobrada fuerza
para acabar con don Alvaro.

Haro. Óigaos Dios, el de Plasencia.

Plas. ¿Conoceis de Luna al paje?

Haro. Fernando Rivadeneira
se llama.

Plas. Está á mi servicio;
 he halagado su soberbia,
 y él nos lo dará hecho todo.

Haro. Mirad, conde, no se vuelva
 contra nosotros el lazo
 que al condestable se tienda,
 segun él nos lo predijo.

(*Óyese griteria dentro del templo.*)
 Mas ¿no sentís en la iglesia
 un rumor confuso?

Plas. Sí;
 es la plebe que vocca.

Haro. Pues no hay para qué dormirnos
 cuando la plebe se altera:
 bien sabeis que el condestable
 á su devocion la cuenta.

Plas. No temais, conde de Haro,
 que por esta vez es nuestra:
 ahora será bien que entremos.

Haro. Vamos, conde de Plasencia.

(*Entran en la iglesia. La escena permanece muda algunos momentos: vuelve á oirse griteria, y salen embozados en largas capas los interlocutores de la escena siguiente.*)

ESCENA II.

DON ALVARO. DON JUAN. RIVADENEIRA.

Alo. No puedo tolerar mas.

Juan. ¿Qué atrevimiento...! ¿por Cristo!
 ¿en qué parte se habrá visto
 otra igual cosa jamas?

Rivad. ¿Quién pudiera ¡oh Dios! creer
 que en un tan solemne dia
 esa infame villanía
 se pudiera cometer!

Alo. ¿Hablar en mi vituperio
 sobre el púlpito elevado!

Juan. ¿Qué fraile tán descarado!

Rivad. ¡Qué abusar del ministerio!

Alv. ¿Nos han conocido?

Juan. No.

Alv. ¡Ah! la cólera que abrigo
ha de acabar hoy conmigo
si con él no acabo yo.

Juan. Pudo al pueblo conmover:
yo temo en verdad por vos.

Rivad. Hablaba en nombre de Dios,
y le hubieron de creer.

Juan. Cerca está la fortaleza;
pongámonos en seguro.

Alv. ¡Infame...! por Dios le juro
que ha de perder la cabeza.

(Vuelve á oirse rumor en la iglesia.)

Juan. El pueblo dentro se agita.

Alv. No me da el pueblo cuidado:
por dar voces le han pagado,
y no sabe lo que grita.

Juan. Pero puede la grandeza
en saliendo del sermón
aprovechar la ocasión,
y hacer alguna vileza.

Alv. Decid... ¿podeis sospechar
quién al fraile habrá inducido
á intentar el atrevido
paso que acaba de dar?

Juan. Es por cierto muy extraño
que no conozcais aun
al enemigo común
que se emplea en nuestro daño.
Puedo daros pruebas hartas
que os revelarán al punto
al que dirige ese asunto.

Alv. ¿Qué pruebas son?

Juan. Unas cartas.

Alv. ¿Y por qué no has revelado
con tiempo el inicuo plan?

Juan. Las cartas os lo dirán,
que son las que lo han callado.

- Alv.* ¿Y de quién son?
- Juan.* De una dama.
- Alv.* ¿De palacio?
- Juan.* Sí señor.
Escribe á su confesor,
y habla en ellas de una trama
que se fragua contra vos,
pero sin decir cuál sea.
- Alv.* Juan, que al punto yo la vea:
tiemblen mis iras las dos.
- Juan.* Hay ademas un tercero.
- Alv.* Lo presumo: el de Plasencia.
- Juan.* No.
- Alv.* ¿Pues quién?
- Juan.* Tened paciencia.
- Alv.* Dilo al instante.
- Juan.* Vivero.
- Alv.* ¡Vivero! ¿Es posible...? no;
fue siempre de mi partido.
- Juan.* Él es el que os ha vendido,
él al fraile sobornó.
¿La causa de su embajada
no presumís?
- Alv.* ¿Por mi vida!
me estás abriendo una herida
que tenia ya cerrada.
¡Don Enrique...! sí, bien sé
que estuvo siempre en mi daño:
ahora conozco el amaño,
pero yo le vengaré.
- Juan.* ¿Y os dejarán tiempo?
- Alv.* Sí,
que será esta noche mismo,
ó me ha de hundir el abismo.
- Juan.* Podeis serviros de mí.
- Alv.* De mi parte has de llamar
á Vivero, y en mi torre
veremos quién le socorre.
Pero es preciso ocultar
que su traicion conocemos,

para salir bien del paso.
¡Ah! de cólera me abraso.

Juan. Será bien que nos marchemos.

(*Agitación en el templo.*)

¿No oís...? la plebe alterada
vuelve otra vez á la grito.

Alv. ¡Por Santiago!

(*Desembozándose y sacando la espada: quiere dirigirse hácia la iglesia, y don Juan le contiene.*)

Juan. ¿Qué haceis?

Alv. Quitá:

son dignos de que mi espada
haga pedazos su lengua.

(*Ábrense repentinamente las puertas del templo, y sale de él un tropel de gente que cruza la escena gritando: "¡muera el condestable!"*)

Juan. Por Dios, señor, que ya abiertas
están del templo las puertas,
y va á ser en vuestra mengua
si sobre vos carga gente
y desarmarnos consigue:
ya veis que el alarma sigue,
va siendo el riesgo inminente.

Alv. ¿Y he de callar...? ¿y el acero
he de esconder...? ¡eso no!
¿Ignoras tal vez que yo
puedo mas que el pueblo entero?

Juan. Pero el conde de Plasencia
trajo ayer bastante gente.

Alv. ¿Qué importa?

Juan. Fuera imprudente
tratar de hacer resistencia;
y ya que esto no os obligue,
ved si á obligaros alcanza
el que acaso la venganza
se nos frustre...

Alv. (*Embainando la espada.*)

Eso consigue

hacerme prudente...

Juan. Vamos,

la gente ya va saliendo.

Alv. En tus manos me encomiendo.

Juan. Pues entonces ¿qué aguardamos?

ESCENA III.

EL REY. VIVERO. HARO. PLASENCIA. RICOS-HOMBRES.
SOLDADOS. PUEBLO. *Detras del rey y su acompañamiento, sale una multitud de gente, y se coloca en el fondo con grande agitacion.*

Plas. No hay, señor, hombre en el mundo
de ambicion mas insaciable.

Voces. ¡Muera, muera el condestable,
y viva don Juan Segundo!

Rey. Ésa turba despejad,
que atrevida se desmanda:
decidla que el rey lo manda,
que cumplan mi voluntad.

(Los soldados dispersan al pueblo, que se retira alborotado.)

Plas. Ese no es el mejor medio
de hacer callar á la plebe
que en su entusiasmo se atreve
á demandar el remedio
que á sus males esté bien.

Rey. ¿Y habremos de hacer su gusto?

Plas. Sí, hacerlo, señor, es justo...

Rey. Tened, que vos sois tambien
contra mí: vos encendiendo
acaso estais las pasiones.

¿Son esos vuestros blasones?

Ya os voy, conde, comprendiendo.

Plas. Despues de tan largos años
como Castilla ha sufrido
los caprichos de un valido
que la causa tantos daños,
¿es acaso contra ley
el que ahora que al cielo plugo
quiera sacudir el yugo

que oprime á su mismo rey?
 Quieren ser vuestros vasallos,
 no esclavos del condestable,
 ¡y mandais inexorable
 con las armas dispersallos!
 ¿Si con los fieles usais
 severo tantos rigores,
 para súbditos traidores
 qué castigos reservais?
 Del letargo despertad
 en que os hallais sumergido:
 vasallo fiel, yo os lo pido
 hoy por el pueblo...

Rey.

Callad,
 que harto tiempo os escuché.
 Si así por diversos modos
 me estais engañando todos,
 ¿á quién crédito daré?
 Me hablais siempre de la paz,
 y con bandos y con guerras
 manchais de sangre mis tierras,
 y usurpais mi autoridad.
 Imprudentes y villanos
 solo mandar ambicionan,
 y de rebeldes blasonan
 mis pérfidos cortesanos.
 ¿No os es el mando importuno?
 Si mi poder lo alcanzara,
 vive Dios que os castigara
 dando un reino á cada uno.
 ¡Oh! para eterna mancilla
 del triste rey que la abona
 ¡cuán pesada es la corona
 de los reinos de Castilla!
 El cetro seca mis manos,
 el regio manto me abruma:
 vosotros lo sois en suma
 todo, pues sois mis tiranos.
 Vivero, quiero de vos
 esta vez aconsejarme:

mirad si podeis mostrarme
el buen sendero, por Dios.

Vivero. Yo al fraile preguntaria
por qué contra el condestable
ha dado el paso culpable.

Rey. Tienes razon, á fé mia.

Vivero. Y la pena le aplicara,
para perpetuo escarmiento,
debida á su atrevimiento;
y á confesar le obligara
los cómplices.

Rey. Sí; Plasencia.

Plas. Soy todo vuestro, señor.

Rey. Buscad al predicador,
y llevadle á mi presencia.

ESCENA IV.

PLASENCIA.

El buen Alfonso Vivero
se equivoca, vive Dios,
si espera que el rey castigue
al fraile que predicó:
no conoce á Juan Segundo
como le conozco yo.
No hay remedio, de esta vez
para siempre se eclipsó
la luna que deslumbraba
con su vivo resplandor.

(Éntrase en la iglesia.)

ESCENA V.

DON JUAN. RIVADENEIRA.

Juan. Ya, Fernando, el condestable
su sentencia fulminó:
sentencia de muerte, horrible,
que no tendrá apelacion.

Rivad. ¿Es decir, que cual quisísteis nuestra empresa nos salió?

Juan. Habrás visto en el alcázar de mi tío un torreón elevadísimo...

Rivad. Sí;
tiene al sur un corredor que está amenazando ruina.

Juan. Pues despues de la oracion allí se hará el sacrificio.

Rivad. ¿Y quién lleva al contador á la torre?

Juan. Eso es muy facil, pues como ignora el rencor del condestable, al instante que este le llame, creo yo que no tendrá inconveniente en presentarse.

(Plasencia y el religioso salen de la iglesia, y atraviesan pausadamente la escena por el fondo.)

Rivad. Chiton,
que sale allí el de Plasencia.

Juan. Y el padre predicador viene con él; será bueno que le pongan en prision y descubra nuestro enredo.

Rivad. Desechad ese temor:
el rey respetará en él á un ministro del Señor.

Juan. Lo que yo sé es que en la iglesia señales con el baston le hizo el rey asaz airado por las palabras que oyó para que dejase el púlpito.

Rivad. ¿Y acaso le obedeció nuestro buen fraile? bien vísteis que él su plática siguió hasta que el pueblo agitado dió muestras de conuocion. Además, tiene el apoyo

de tanto hidalgo de pro,
á quien ha favorecido
con su singular sermon.

Juan. En el palacio han entrado.

*(Mirando hácia el lado por donde entró Plasencia
con el religioso.)*

Rivad. Pues digo, tanto mejor.

¿No habeis visto cómo el conde
le ha dispensado el honor
de dejarle entrar primero?
ya veis que esa distincion...

Juan. Esa distincion, es cierto;
hábla mucho en su favor:
dices muy bien.— Esta noche,
que hará ir á su mansion
el condestable á Vivero,
quisiera, Fernando, yo
llevar tambien á Jimena.

Rivad. Lindo capricho por Dios.

Juan. Sí, quiero ver cómo se hablan
alli esta noche los dos:
quiero gozar contemplando
cuál hiere su corazon,
antes de que Alfonso entregue
para siempre su alma á Dios,
entre el ansia de la muerte
las protestas de su amor;
y creo no sea difícil
conseguirlo.

Rivad. ¿Por qué no?

Juan. *(Enseñándole una carta, que examina Fer-
nando.)*

Mira esta carta: está escrita
por la mano que forjó
las otras que el condestable
de Alfonso Perez creyó:
el carácter es el mismo;
la rúbrica pienso yo
que á verla el mismo Vivero
creyera que él la formó.

- Rivad.* Es idéntica en efecto:
¿y cuál es vuestra intencion?
- Juan.* ¿Viste á Jimena en la iglesia
mientras duraba el sermon?
- Rivad.* La vi; por cierto que estaba
tan bella, que la atencion
de todos los ricos-hombres
y las damas se llevó.
Postrada ante el monumento,
murmurando una oracion,
mas que muger parecia
un arcangel del Señor.
- Juan.* ¿Qué apostamos á que ahora
vas á tener compasion?
- Rivad.* Son efectos de la vista
que no siente el corazon.
- Juan.* ¿Y sabes si entre el tumulto
del templo acaso salió?
- Rivad.* Cuando nosotros lo hicimos
ella en el templo quedó;
mas era pronto: con todo,
como al instante estalló
el furor del populacho,
es posible que el temor
la haya hecho permanecer
en la iglesia.
- Juan.* ¿Habrá ocasion
de darla esta carta en nombre
de Vivero?
- Rivad.* Sí señor.
- Juan.* ¿Pero de suerte que ella
se quede en la persuasion
de que fue Alfonso y no otro
el mismo que la escribió?
- Rivad.* Dejad eso á mi cuidado:
cabalmente viendo estoy
al criado de Vivero,
- (Habrá un pequeño grupo de hombres en la puerta
de la iglesia, y Chacón estará entre ellos.)
que está puesto de planton

á la puerta de la iglesia
con otros varios.

Juan. Pues yo
me marchó, y lo deju todo,
Fernando, á tu discrecion.

Rivad. Los dos irán esta noche,
ó no he de ser yo quien soy.

Juan. Cuenta con la recompensa:
hasta despues.

Rivad. Id con Dios.

ESCENA VI.

RIVADENEIRA. *Despues* CHACON.

Rivad. ¿Quieres pagarme con oro
mis servicios...? ¡Luna, no!
no es oro lo que ahora anhela
mi ambicioso corazon.
Te serviré; sí, esta noche
tendrás, Luna, allí á los dos:
saciarás de tu venganza
el ominoso furor,
mas no sabes que esto labra,
imbécil, tu perdición;
no sabes que con tu ruina
pretendo elevarme yo.

(Se dirige al grupo que hay en la puerta de la iglesia.)

Hola, Chacon.

Chac. ¿Quién me llama?

Rivad. Yo.

Chac. Señor, ¿qué me quereis?

Rivad. Poca cosa: que entregueis
este papel á una dama.

Chac. ¿Qué ganará el portador
de esas amorosas nuevas?

Rivad. Como tú á hacerlo te atrevas
tendrás el premio mayor
que pueda obtener tu encargo.

Chac. ¿Y cuánto será?

Rivad. Di tú.

Chac. Decid vos; por Belcebú;
mas cuidado de echar por largo.

Rivad. Toma este bolsillo.

*(Presentándole un bolsillo: Chacon le toma, le som-
pesa, y despues le examina por dentro.)*

Chac. Pesa

que es un gozo el tal bolsillo.
¿Pardiez...! metal amarillo
tiene dentro: me interesa
vuestro asunto: idme diciendo;
yo prometo seros fiel.

Rivad. Entregarás el papel
á doña Jimena...

Chac. Entiendo.

Rivad. Pero en nombre de Vivero
tienes la carta que dar.

Chac. *(Alargándole el bolsillo.)*
Si le ha de perjudicar
os vuelvo vuestro dinero.

Rivad. ¿Perjudicarle...? no, tonto:
antes es en su provecho.

Chac. Siendo asi, negocio hecho:
dadme el papel; *(Le da Rivadeneira la
carta.)* estoy pronto.

En la iglesia cabalmente
doña Jimena se halla:
miradla, ya sale...

Rivad. Calla:

que no nos vea la gente.

(Se retiran á un lado, y hablan aparte.)

ESCENA VII.

DOÑA JIMENA. LAURA. UN PAJE. RIVADENEIRA. CHA-
CON. *Poco despues HARO y PLASENCIA.*

Jim. Vamos, Laura; ya el tumulto
parece que se aplacó:

ya no hay temer, creo yo,
del pueblo ningun insulto.

Laura. Se ha lucido en el sermon
vuestro confesor, señoira.

Jim. Deja ese recuerdo ahora,
que me hiere el corazon.
¿Has visto á Vivero?

Laura. Sí;
salió con el rey del templo.
Mirad á Chacon: contemplo
que se dirige hácia aqui.

*(Chacon se aparta de Rivadencira: este se queda
en el foro hablando en secreto con Haro y Pla-
sencia, que llegan en seguida.)*

Jim. Laura, no nos detengamos,
que si mi vista no miente
se va reuniendo gente
hácia aquella parte.

Laura. Vamos;
mas nada hay que temer ya.

Jim. No importa.

Chac. Señora mia,
en vuestra busca me envia
mi amo el contador, que está
entretenido en palacio
con el rey: alli me ha dado
en secreto este recado
para vos.

Jim. Habla despacio.

Chac. Tomad. *(Entregando la carta á doña Ji-
mena.)* Tambien me encargó
que de palabra os dijera,
que alli donde él os espera
puedo acompañaros yo.

Jim. ¡Una carta...! es muy estraño:
no sé, Laura, qué pensar.
Ven, Chacon.

Chac. Podeis mandar.
(Pues señor, coló el engaño. (Ap.)

ESCENA VIII.

HARO. PLASENCIA. RIVADENEIRA.

Rivad. Muerto Vivero, don Alvaro
muere de cierto tambien.

Plas. Ya lo oís, Haro: esta noche
asegurado vereis
nuestro triunfo.

Haro. Á tanta costa
prefero, Plasencia, ver
en la cumbre al condestable
de su ominoso poder.

Plas. Eso jamas, conde de Haro,
que he jurado por mi fé
acabar con el valido,
ó en la empresa perecer.

Rivad. ¿Con que el fraile estuvo firme?

Plas. Como una roca.

Rivad. Mny bien.

Plas. Singular en sus descargos,
y entero y gracioso fue:
dijo que estaba inspirado
del cielo, y su proceder
disculpó de esa manera;
Vivero quiso con él
altercar, pero el buen padre
sus cargos desvanecer
supo con pocas palabras...

Haro. Y con sobrada altivez.

Plas. Esa entereza ha causado
trastorno tal en el rey,
que para esta misma noche
me ha mandado disponer
la gente de armas que trage,
sin duda para prender
al condestable.

Rivad. ¿Y pensais
esa empresa acometer

con tiempo, para evitar
la catástrofe?

Plas. No sé ;
porque el contador ahora
tiene influjo con el rey ,
y si morir le dejamos
luego nos pese tal vez.

Rivad. Todo al contrario, su muerte
en pos de sí ha de traer
la de don Alvaro.

Haro. Basta :
yo nunca consentiré
el bárbaro sacrificio
de un inocente.

Plas. ;Pardiez!
haceis muy mal cortesano,
conde de Haro.

Haro. Bien lo sé,
mas poco importa ; deseo
acabar con el poder
del orgulloso don Alvaro,
porque en ello el interes
cifro yo de todo el reino ;
pero si hemos menester
para alcanzarlo , apelar
á tales medios , podeis
dejar de contar desde ahora
con mis servicios...

Plas. Muy bien :
no esperé yo nunca , conde ,
menos de vuesa merced.
Pero decidme , el de Haro ,
¿ acaso preferireis
por salvar la vida á un hombre
sacrificar las de cien ?
¿ Ignorais que el condestable
ha sido mas de una vez
desterrado de la corte ,
y que ha venido despues
mas orgulloso que nunca

á insultar con su poder
 á la nobleza, y al reino
 todo entero...? ¿olvidareis
 el influjo que aun ejerce
 sobre el ánimo del rey?
 Es preciso que no salga
 de Burgos; es menester
 ponerle el hierro en la mano,
 y dejarle cometer
 ese crimen...

Haro. No, jamas.

Plas. Al fin os vencereis.

Haro. Pienso que no.

Plas. Discurrid
 que si en vez de ir á prender
 yo al condestable, doy parte
 de sus intentos al rey,
 y hago que vaya conmigo
 donde pueda sorprender
 al asesino, es seguro
 que la segur de la ley
 caerá sobre su cabeza.

Haro. Puede lograrse tambien
 eso mismo, antes que el crimen
 llegue á consumarse.

Plas. Y bien,
 si el crimen no se consuma
 ¿no es harto facil que el rey
 se contente con echarle
 de su corte...? vos quereis
 hacer las cosas á medias.

Haro. Y vos, conde, pretendéis
 cosas, que solo en pensarlas
 mil agravios nos haceis.

Plas. La salud de los estados
 fue siempre suprema ley
 en todas partes.

Haro. Es cierto;
 pero tambien la honradez
 entre nobles castellanos

fue siempre el primer deber.

Plas. Tiempo tenemos sobrado
todavía para ver
lo que mejor nos conviene:
vuelvo á palacio.

Haro. Tambien
allá voy yo.

Plas. Iremos juntos.

Haro. Sí, conde, como gustéis.

Plas. Hasta la noche, Fernando.

Rivad. Mirad, señor, lo que haceis.

(*Vanse; los condes por un lado, Rivadeneira por otro.*)

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

El teatro representa el interior de una torre ruिनosa y desmantelada en el alcázar del condestable. La escena estará dividida por tres grandes arcos góticos: en el fondo habrá un balconcillo por donde se verá el resplandor de la luna. A los dos lados del primer término dos puertas también de gusto gótico. La escena estará escasamente iluminada por la sola luz de una lámpara: el interior casi á oscuras. Tres asientos estropeados.

ESCENA PRIMERA.

DON JUAN. RIVADENEIRA. *Después cuatro hombres armados completamente.*

Rivad. **E**stá la noche serena:
ved cómo brilla la luna.

Juan. Sí, mas su luz importuna
da de lleno en esa almena.

Rivad. ¿Teneis por eso temor
de que pueda ver la gente
la maniobra desde el puente
á través del resplandor?
¿No sabeis de noche el miedo
que al pueblo inspira esta torre,
pensando que la recorre
la hechicera de Toledo?
Si pasa alguno, se asombra
y pide á Dios proteccion,
como vea en el torreón
nuestros bultos ó su sombra.
Mas que dañarnos la luz
nuestro intento favorece.

Juan. Por mas que tú digas, crece
en mi pecho la inquietud.

Rivad. ¿Temblais, señor?

Juan. Tiemblo, sí:
penetra mi cuerpo un frio...

Rivad. Sou los vapores del rio
que se elevan hasta aqui,
y entran por ese balcon.

Juan. ¿Vendrá Jimena?

Rivad. Vendrá.

Juan. ¿Y quién la acompañará?

Rivad. Ninguno mas que Chacon.
¿Y Alfonso?

Juan. Aun no le han llamado,
pero cerca está palacio.

Rivad. Malo es andar tan despacio:
pudiera haberse ausentado.

Juan. Quiero yo que la orden dé
el condestable mi tio,
no diga que su albedrío
mal de su grado forcé.
Antes que venga Vivero
hay algo que ejecutar.

Rivad. Podeis desde ahora mandar.

Juan. Llama á la gente primero.

*(Rivadeneira llega hasta los arcos, hace una seña,
y salen por el fondo los cuatro hombres armados.)*
¿Son cuatro?

Rivad. Cuatro, y armados
de broquel, daga y puñal:
á la primera señal
vos los vereis arrojados,
aunque mil vidas perdieran,
vuestras órdenes cumplir.

Juan. Él no osará resistir.

Rivad. ¿Y sus esfuerzos pudieran,
aunque tal vez lo intentara,
conseguir algo?

Juan. No á fé;
pero es valiente.

Rivad. Lo sé.

Juan. Nunca al riesgo volvió cara.

Rivad. Para atajar la fiereza
de cualquier hombre arriesgado
el puñal que viene al lado,
(*Don Juan le enseña el puñal que lleva en la cintura: Rivadeneira le examina y se le devuelve.*)

¡pardiez! es soberbia pieza.

Juan. Dos pulgadas tiene de ancha
la hoja; el puño es de oro,
preciada joya de un moro.

Rivad. Será lástima si mancha
tanta riqueza Vivero
con su vil sangre; Jimena
ya es mas digna de la estrena
de su bien templado acero.

Juan. Tú vienes á la ligera.

Rivad. Solo sirvo para intrigas.

Juan. Basta con que tú lo digas.

Rivad. Mirad que la gente espera.

Juan. Con ellos al corredor
llégate, y de mi orden manda
desenclavar la baranda
para aparentar mejor
que fue casual la caída:
despues que esté desclavada
la dejais bien colocada,
pero apenas sostenida.

Rivad. Entiendo; que á poco impulso
vaya á estrellarse allá abajo.

Juan. Costará poco trabajo,
pero hay que andarse con pulso.

Rivad. Vamos, muchachos; aqui.

(*Éntranse Rivadeneira y los cuatro hombres por los arcos, y forcegean para arrancar la baranda del balcon, como lo indican los versos.*)

¡Fortun! arranca ese clavo.

¡Pardiez! la frescura alabo;

¿qué haces tú parado ahí?

con el cuento de esa lanza

haz fuerza por allí tú:

no alfojes, por Belcebú.

¿Quién de vosotros alcanza
aquel hierro?

ESCENA II.

DICHOS. DON ALVARO, *que entra por una de las puertas laterales.*

Alv. (*A don Juan.*)

¿Qué rumor
es esc...? ¿qué estais haciendo?

Juan. Vuestras órdenes cumpliendo
desclavando el corredor.

Alv. Manda al punto que lo dejen.

Juan. Me sorprendeis... ¿y por qué?

Alv. A solas te lo diré. (*Sentándose.*)

Juan. Voy á mandar que despejen.
¡Fernando!

(*Llamando: llega Rivadeneira, y hablan algo separados del condestable.*)

Rivad. ¿Qué me mandais?

Juan. Saca esa gente de aqui.

Rivad. ¿Y dejaremos asi
el corredor? ¿no mirais
que está ya casi arrancada
la baranda de su quicio?

Juan. Yo aprecio vuestro servicio,
pero la órden está dada:
el condestable lo ordena.

Rivad. ¡Hé! suspended el trabajo.

Juan. Esperad todos abajo
hasta que venga Jimena.

(*Acercándose á don Alvaro, que estará como pensativo.*)

Señor, ¿se llama á Vivero?

Alv. Ese paso está ya dado:
vendrá al instante.

Juan. (*Aparte á Rivadeneira.*)

¡Cuidado!
ya lo oyes.

Rivad. Abajo espero.

Juan. Confío en tu diligencia.

Rivad. Ya me lo direis mañana.

Juan. La mano.

Rivad. De buena gava.

(Se dan las manos : Rivadeneira recita aparte el último verso despues de haberse separado de don Juan.)

(Avisaré al de Plasencia.)

ESCENA III.

DON ALVARO. DON JUAN. *Sentados.*

Alv. No hay ya tiempo que perder ;
siéntate un rato á mi lado,
te diré por qué he mandado
el trabajo suspender.
Despues del amanecer
van á venir á prenderme.

Juan. Pensarán que el leon duerme
á esa hora desprevenido.

Alv. Ya les dirá su rugido
que no le encuentran inermes.

Juan. Todo lo vais á arriesgar
como intenteis defenderos.

Alv. ¿Pues qué tantos desafueros
mi espada no ha de vengar?

Juan. Dad al discurso lugar ;
mirad que no teneis gente.

Alv. Jamas habla asi un valiente.

Juan. Temeridad no es valor.

Alv. ¿Y será acaso mejor
que al yugo rinda mi frente ?
Si fue propicia mi estrella,
contra infanzones perversos,
en mil encuentros diversos,
¿ por qué no entregarme á ella ?

Juan. Vuestra confianza es bella,
mas no fundada en razon :
mirad que en esta ocasion,
aunque os asista la ley,

teneis contra vos al rey;
 no os engañe el corazon.
 En Medina y en Olmedo
 triunfásteis, es verdad, vos,
 pero entonces erais dos.

Alv. ¿Y fue el rey ó mi denuedo
 el que impuso grima y miedo
 á los altivos contrarios?

Juan. Ahora los tiempos son varios.

Alv. Pero mi brazo es el mismo.

Juan. Abriendo estan vuestro abismo
 esos votos temerarios.

Escuchadme, señor: yo
 os profesé desde niño
 una aficion, un cariño
 cual ninguno os profesó;
 al par que mi edad creció,
 crecieron mis simpatías:
 vuestros mas felices dias
 son mis mas dulces memorias,
 bien sabeis que vuestras glorias
 han sido siempre las mias.
 Tomad, tomad mi consejo,
 y dejad vuestro valor
 para otra ocasion mejor:
 por mi vida os lo aconsejo.
 Mañana cuando el reflejo
 del sol nos venga á alumbrar,
 lejos debemos estar
 de Burgos algunas leguas.

Alv. ¿Y acaso nos darán treguas?

Juan. De sobra: voy á acabar.
 Fuera de aqui, con sosiego
 llamaremos vuestra gente,
 que agora se encuentra ausente:
 con ella ostentareis luego
 de vuestra bravura el fuego
 y la indomable pujanza;
 y entonces habrá esperanza
 de que podais dar la ley

á la nobleza y al rey
con la punta de la lanza.

Alv. Mi venganza has olvidado.

Juan. ¿No esperamos á Vivero?

Alv. Es que ademas tambien quiero
quedar del fraile vengado.

Juan. Dejad eso á mi cuidado.

Alv. Me entrego en un todo á tí.

Juan. En la escalera senti
cierto rumor, viene gente.

Alv. Será Vivero: impaciente
me tenia: ya está aqui.

ESCENA IV.

DICHOS. VIVERO.

Vivero. Salud, condestable; mil prósperos años
concedáos el cielo.

Alv. Y á vos, contador,
os libre de viles traidores amaños.
Tomad un asiento.

Vivero. Admito ese honor.
(*Sentándose al lado del condestable.*)

Alv. Estais hoy, Alfonso, demas lisonjero:
de buen cortesano preciaros podeis.

Vivero. Me precio, maestre, de un ánimo entero
para usar la espada, que aqui al lado veis.

Alv. Sois hombre valiente: confieso á fé mia
que envuestra mancilla mi lengua no ha hablado.

Vivero. Pues yo al escucharos por cierto creía
que hablabais, maestre, conmigo enojado.

Alv. Si hubiera un motivo pudierais pensar.

Vivero. Mirad discurriendo si vos le encontráis.

Alv. Tal vez no me fuera difícil de hallar.

Vivero. ¡Pardiez! no os entiendo, si claro no habláis.

Alv. ¿El bueno de Alfonso aun no ha presumido
por qué el condestable llamado le ha?

Vivero. Don Alvaro, en ello nada he discurrido,
pero ahora lo pienso, y acierto quizá.
¿Habrá ya llegado á vuestra noticia

- la órden que manda se os ponga en prision?
- Alv.* No es eso; desprecio del rey la injusticia que cubre asi al trono de oprobio y baldon.
- Vivero.* En vano en defensa de vuestra persona no ha mucho en la corte mi influjo empleé; la altiva grandeza rindió á la corona; don Juan á sus cargos dió crédito y fé. Mas yo desde luego por mi vida os juro que daros aviso de todo pensaba, para que os pusierais con tiempo en seguro del lazo insidioso que se os preparaba.
- Alv.* No es eso, os repito; estais engañado: no mas disimulo, señor contador. ¿Sabeis que alucina vuestro desenfado? cualquiera diria que hablais con candor.
- Vivero.* Callad, condestable, que si hora perdono la ofensa injuriosa que osado me haceis, es porque contemplo que de vuestro encono menos culpa que otros vos mismo teneis.
- Alv.* ¿Perdon? vuestra lengua mirad lo que dice.
- Vivero.* ¿Quereis que riñamos? no es esta ocasion.
- Alv.* ¿Reñir...!; yo el maestre...! con vos...; infelice! picais en muy alto, novel campeon.
- Vivero.* Sacadme de dudas, y ya que he venido mostradme el objeto que traigo yo aqui.
- Alv.* Despacio. Decidme... ¿qué os ha parecido el fraile insensato que habló contra mí?
- Vivero.* Os he dicho antes, y extraño que ahora la misma pregunta de nuevo me hagais, que me ha parecido su lengua traidora digna de cortarse por vos.
- Alv.* ¿Hola! estais asaz justiciero: no asi yo os creía, ni ver vuestro rostro pensé tan sereno.
- Vivero.* Bastarda sospecha acaso podria...
- Alv.* Tened: de sospechas estoy bien ageno.
- Vivero.* Entonces dejaisme por Dios confundido: no atino la causa de hallaros asi.
- Alv.* No habeis á mi alcázar en vano venido: ¿quereis que os lo diga?
- Vivero.* Don Alvaro, sí.

Alv. Pues bien: esas cartas mirad con cuidado,
(Entregándole unos papeles.)
 y ved si su letra tal vez conocéis:
 el rostro, Vivero, se os ha demudado.

Vivero. Tomad.

(Devolviéndoselas despues de haberlas recorrido por alto.)

Alv. Mi conducta ya no estrañareis.

Vivero. Don Alvaro, cierto que asaz se parecen
 esos caractéres á la letra mia.

Alv. Con tales excusas no se desvanecen
 cargos que estan claros cual la luz del dia.

Vivero. Estoy inocente del pérfido amaño:
 el solo recelo maucilla mi honor.
 Jamas tal mudanza creyera en un año.

Alv. Y yo no creyera que fueseis traidor.
 Aun no era llegado el tiempo oportuno
 para disculparos, noble paladin.

Vivero. *(Levantándose, y echando mano á la espada.)*
 Si tales denuestos me hiciera otro alguno,
 por Cristo hendito que ya dado fin
 hubiera esta daga á viles querellas.

Alv. Por mi vida os ruego que no os sofoqueis:
(Volviéndole á entregar las cartas.)
 Tomad, pues, las cartas; tomad, y leellas.

Vivero. Estoy indignado.

Alv. Sentaros podeis.

(Vivero se sienta, y lee las cartas con detenimiento.)

Vivero. Señor, de esos pliegos los viles renglones
 mis rasgos es cierto que fieles imitan,
 pero son tan falsos como las razones
 que así á la venganza vuestro ánimo incitan.
 ¡Y hablar de Jimena...! ¡Jimena que es pura
 mas que el puro rayo del radiante sol!
 Vengar yo os prometo la vil impostura
 á fé de cristiano y á fé de español.
 Es cierto que el fraile fue su confesor;
 ¿mas solo por eso habeis de creer
 que diera ese paso pérfido y traidor
 una tan sencilla cándida muger?
 Nunca un caballero noble y castellano

de sí propio en mengua tal cosa pensara:
 por vuestro honor mismo, mostradme el villano
 que arroja el veneno y oculta su cara.
 Creedme, creedme, señor condestable,
 os han sorprendido con una falsía:
 traicion ha sido esa, traicion miserable,
 que antes descubro del próximo dia,
 y ¡guay! del infame que en mi daño atenta
 y á vos así engaña y á mí me mancilla.
 ¡Don Alyaro! impune ninguno me afrenta,
 ninguno debajo del rey de Castilla.

Aly. No abuseis, Vivero, mas de mi paciencia,
 (*Levantándose: Vivero y don Juan hacen lo mismo.*)
 hace ya algun tiempo que os conozco á fondo.

Vivero. Tranquilo me tiene, señor, mi conciencia:
 nunca avergonzado la frente yo escondo.
 Lástima es por cierto que no conozcais
 tambien las personas que teneis al lado.

Aly. Inútil es todo lo que hablando estais;
 por ahora conmigo ya habeis acabado:
 con don Juan os dejo; á él á vuestro antojo
 dadle mas descargos, si así lo quereis.

: (*Se marcha: don Juan vuelve á sentarse.*)

Vivero. Tambien yo me marchó.

(*Vivero llega á una de las puertas, forcegea para
 abrirla, y no pudiendo conseguirlo vuelve á la escena.*)

Juan. ¿Pues cómo volveis?

Vivero. Está por defuera corrido el cerrojo.

ESCENA V.

VIVERO. DON JUAN.

Juan. Tambien yo, contador, quiero
 otras cosas recordaros,
 que pienso que han de agradaros;
 pero sentaos primero.

Vivero. Ya podeis, Luna, empezar.

Juan. ¿No tomais asiento?

Vivero. No.

Juan. Pues de esa manera yo

me tendré que levantar.

El acaso llevó ayer
al jardin del rey á un hombre;
escuso decir su nombre,
vos le debeis conocer.

Llegó á tiempo que se hallaba
alli la dama mas bella
que en el palacio descuella
entre las demas: estaba
con ella, en plática alli,
de pies á cabeza armado,
un doncel enamorado...

Vicero. ¿Pensais burlaros de mí?
Reparad que aunque indefenso
estoy, en la red metido,
que algun traidor me ha tendido,
conservo una espada.

Juan. Pienso
que sois receloso asaz.

Vicero. Ahora, don Juan, proseguid;
mas sed breve, y advertid
lo que os he dicho.

Juan. Escuchad.

Como los dos amadores
no anhelaban que ninguno
se presentase importuno
á interrumpir sus amores,
asi que sintieron ruido
el hombre se retiró,
no muy lejos, pues quedó
alli á la mano escondido.

Vicero. ¿Si tanto de oprobio os llena,
cómo osais, hombre insolente,
conmigo aqui, frente á frente,
recordar aquella escena?
Merecíais, vive Dios,
que en el rostro os escupiera.

Juan. Habladme de otra manera,
que ahora estoy solo con vos.

Vicero. Callad: ¿quereis que os confunda
trayéndoos á la memoria

todo lo que de esa historia
 en mengua vuestra redunda,
 y que os hallábais dispuesto
 vos sin duda á suprimir?
 ¡Pardiez! habréislo de oír
 únicamente por esto.
 Habeis, Luna, de saber
 que el hombre que entró, cobarde
 de sus fuerzas hizo alarde
 contra una débil muger.
 Dijisteis que allí cercano
 el paladin se escondió,
 y es verdad, porque salió
 á contener al villano
 que hollando asi toda ley
 de humanidad y decoro
 profanó con tal desdoro
 el mismo jardin del rey;
 pues, pése al hombre malvado,
 existe una Providencia
 que vela por la inocencia,
 bien lo sabeis vos.

Juan. ¡Cuidado!
 vuestra lengua no me irrite,
 esforzado paladin,
 que no hay como en el jardin
 en este sitio quien grite,
 ni está tan armado él:
 ahora ha cambiado la escena:
 á encontrarse aqui Jimena
 yo hiciera vuestro papel.

Vivero. Tened la lengua, el de Luna,
 si no queréis que esta daga
 mis ofensas satisfaga
 todas juntas.

Juan. ¿Por fortuna
 acaso pasos sentís?

Vivero. No, don Juan: ¿por qué temblais?
 descolorido os quedais.

Juan. ¿Nada, Alfonso, presumís?

Vivero. ¿Pensais que venga á prender

¿ don Alvaro, Plasencia?

Juan. No es por eso mi impaciencia;
los pasos son de muger.

Tiemblo, Vivero, por vos.

Vivero. No os comprendo bien... ¿ por mí?

Juan. Mirad, Alfonso, hácia allí.

(Mientras Vivero mira ansiosamente á una de las dos puertas, don Juan se marcha por la otra.)

Vivero. ¿ Es Jimena...! ; justo Dios!

(Jimena aparece fija en el dintel de la puerta: recorre la escena con la vista, y despues se arroja en los brazos de Vivero.)

ESCENA VI.

VIVERO. DOÑA JIMENA.

Jim. ; Alfonso! ; Alfonso!

Vivero. ; Jimena!

Jim. Tu mano tiembla... ; ay de mí!

¿ por qué muestras esa pena?

¿ por qué el dolor te enagena?

Vivero. ¿ Quién te ha conducido aqui?

Jim. Esta carta por tí escrita.

(Entregándole un papel.)

Vivero. ; Aborrecido papel!

(Vivero se le arrebatá, le mira, y luego le hace pedazos, con señales de la mas violenta desesperacion.)

no es mio...

Jim. Tu letra imita.

Vivero. ; Es verdad...! ; suerte maldita!

; nos asesinan con él!

Jim. Tu escudero me le dió

en tu nombre.

Vivero. ; Dónde está?

Jim. Él aqui me acompañó.

Vivero. ; Pueda salir de aqui yo,

y él mis iras temblará!

; Traidores, venid, venid

todos á la vez armados:

yo os reto á muerte, salid!
 ¡juro por Dios que en la lid
 quedareis escarmentados!
 ¡Jimena...! ¿no te predice
 nada triste el corazon?
 ¿nada esta torre te dice?
 ¡nos han vendido!

Jim. ¡Infelice!

Vivero. ¡Cielos! ¡tened compasion!

(*Enagenado completamente.*)

¡Mirad en su frente pura
 retratada la virtud,
 mirad su casta hermosura!
 ¡no es para ella la amargura!
 ¡no es para ella el atahud!
 ¡Morir tú...! ¡paloma mia!
 ¡temprana y fragante flor!
 ¡y ha de gozarse el traidor
 Juan de Luna en tu agonía
 y en tu muerte...! ¡horror! ¡horror!

Jim. ¿Qué importa que separarnos
 logre aqui en el triste suelo
 y la existencia arrancarnos,
 si hemos despues de juntarnos
 mal que le pese en el cielo?

Vivero. ¡Morir! ¡morir...! ¡por piedad!

aleja ese pensamiento:
 torna á mi pecho la paz,
 desvanece esta ansiedad
 que dentro del alma siento.

Yo nuestro sepulcro abrí,
 Jimena hermosa... ¡perdon!

¿por qué á Castilla volví?

¡Necio! ¡insensato de mi!

Jim. Alfonso... por compasion...

¿qué frenesí te enagena?

vuelve en tí, querido mio:

mírame, soy yo, es Jimena

la que contempla tu pena.

Vivero. Perdona mi desvarío.

Jim. ¿Por qué asi desconfiar

tan pronto de nuestra suerte?
aun nos podemos salvar.

Vivero. Era el temor de perderte
el que me hizo delirar.
Dices bien, nos salvaremos:
no tiembles, no tiembles, no:
por donde salir busquemos,
y abrírnos paso podremos,
que aun tengo una espada yo.

(*Saca la espada, y recorre la escena forcegeando en las puertas, como lo indican los versos.*)

Esta puerta está cerrada:
y esta otra lo está tambien.
Si pudiera con la espada...
pero es empresa arriesgada:
ven hácia aqui dentro, ven.

(*Éntranse por los arcos.*)

Jim. ¡Qué altura...! ¡oh Dios!

(*Gritando desde el corredor.*)

Vivero. ¿No ves gente
á la otra parte del rio?
van á pasar ahora el puente.

Jim. Ya nos salvamos... ¡Dios mio!
¡favor...! ¡socorro!

Vivero. Detente:
no grites, que esa impaciencia
puede perdernos quizá.
Será el conde de Plasencia.

Jim. Dios protege á la inocencia.

Vivero. ¿Cómo tan pronto vendrá?

ESCENA VII.

DICHOS. DON JUAN. RIVADENEIRA y los CUATRO HOM-
BRES, todos con los aceros desenvainados.

Rivad. Ahí en el corredor oigo sus voces.

Juan. Cargad todos sobre él y desarmadle:
donde su libertad hallar procura
encuentre su cadalso el miserable.
Ni una gota de sangre ha de verterse:

ya sabéis lo que quiere el condestable.

Uno. Sereis obedecido.

Rivad. Vamos pronto.

Juan. Yo marchó con vosotros.

Rivad. Adelante.

(*Éntranse donde se halla Vivero, y se oye el ruido de la pelea.*)

Vivero. Déjame solo aquí, ya oigo sus pasos.

Jim. Moriré junto á tí.

Vivero. ¡Fuera, cobardes!
¡cargad mil sobre mí, nada me importa,
de mil derramaré la inicua sangre!

Jim. ¡Socorro...! ¡compasion!

Rivad. Callad.

Juan. ¡Silencio!

(*Vivero viene defendiéndose de Rivadeneira y los cuatro hombres que le acuchillan, y sale de la escena.— Don Juan detiene á Jimena en el interior, y vuelve con ella á la escena así que esta se halle desocupada.*)

Vivero. ¡Aqui, Luna traidor; ven á vengarte!

ESCENA VIII.

DON JUAN. DOÑA JIMENA.

Juan. Esperemos los dos en este sitio.

Jim. Quiero morir con él; monstruo, dejadme.
¡Maldicion sobre vos!

Juan. No deis mas voces:
inútil es gritar: todo es en valde:
llegó el momento de vengar la afrenta
que me hicisteis los dos...

Jim. ¡Hombre execrable!
tiembla por tí; los cielos nos protegen.
Acaso tú pisando los umbrales
estás ya del sepulcro.

Juan. Son delirios
que tu imaginacion quiere forjarse.

Jim. Ya Vivero tal vez no lucha solo;
pronto hollarán sus plantas al cobarde
que á su vida atentó... ¿no sentís ruido?

no es el rumor de un bárbaro combate;
ni es gente amiga vuestra.

ESCENA IX.

DICHOS. VIVERO, RIVADENEIRA. *Los cuatro armados.*

Vicero. *(Llega aprisionado por los cuatro hombres, que forcegean para conducirlo al foro.)*

¡Á Dios, Jimena!

¡me llevan á morir!

Jim. *(Arrojándose á los pies de don Juan.)*

¡Piedad!

Vicero.

¡Infames!

dejadme, quiero verla. ¡Dueño mio!

(Consigue desasirse y corre hácia Jimena.)

Jim. ¡Ven á mis brazos, ven!

Vicero.

¡Dichoso instante!

Juan. Ejecutad las órdenes al punto
de mi tío y señor el condestable.

Vicero. La muerte junto á tí no me acobarda:

llegad, heridme aqui.

(Vuelven á apoderarse de Vicero.)

Jim.

¡Por Dios, dejadle!

¡un momento no mas, solo un momento!

Juan. Cumplid vuestra mision: pronto arrojadle.

(Don Juan retiene por fuerza junto á sí á Jimena mientras Rivadeneira y los cuatro hombres conducen á Vicero al corredor.)

Jim. ¡Dónde le conducís, donde, malvados?

Cebad en mí el furor, verted mi sangre;

yo doy por él mi vida.

Vicero. *(Desde el corredor.)* ¡Á Dios, Jimena!

¡Misericordia...! ¡oh Dios!

(Al tiempo de arrojarle se oye el ruido que hace el cuerpo al caer.)

Jim. Gózate, infame,

en tu bárbaro triunfo: ¡ya no existe!

¡Muere á mis manos tú, muere, cobarde!

(Arrebata frenéticamente á don Juan el puñal que éste lleva en la cintura, y le hiere con él.)

¡ Tu puñal asesino es quien te hiere !

Juan. ¡ Compasion...! ¡ compasion ! (Cayendo.)

Jim.

¡ Logré vengarle !

(Con delirante complacencia : cae desplomada sobre un sillón. Rivadeneira y los cuatro hombres van á salir , y sintiendo ruido de armas y gente que llega huyen velozmente : hasta la conclusion del drama se oirá dentro ruido de espadas y gente que pelea.)

ESCENA ÚLTIMA.

LOS PRECEDENTES. EL REY. HARO. PLASENCIA. Soldados. Dos hombres con hachas encendidas.

Rey. (Entra primero el rey con dos ó tres, y recita en el dintel de la puerta los primeros versos, vuelto de espaldas hácia la escena.)

Guardad todas las puertas, ballesteros:

ninguno de los pérfidos se salve:

si alguno se resiste, dadle muerte,

sin respetar al mismo condestable.

Llegad, condes, llegad, que aun será tiempo.

(Entran todos : el rey se adelanta con espada en mano acompañado de los hombres que traen las hachas : al tropezar casi con don Juan retrocede horrorizado.)

¡ Qué espectáculo...! ¡ oh Dios! tinto en su sangre se revuelca don Juan.

Jim. (Jimena se levanta lánguidamente como saliendo de un letargo, y recorre dolorosamente la escena con la vista.)

¡ Alfonso ha muerto!

(Arrojándose á los pies del rey, que se adelanta. Durante esta escena los soldados despues de haber peleado con los asesinos de Vivero, consiguen desarmarlos y prenderlos.)

¡ Monarca de Castilla, llegais tarde!

Teatro moderno español

vol. 16 = no. 47

GANAR PERDIENDO.

COMEDIA

EN TRES JORNADAS Y EN VERSO

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.

CHISGHI

MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ M. REPULLÉS.

1859.

Jornada primera.

PERSONAS.

DON JUAN.

DON PEDRO.

DOÑA ANA.

DOÑA CLARA.

OÑATE.

LUISA.

LA JUSTICIA.

La escena es en Toledo. (1695.)

Será perseguida ante la ley cualquiera persona que reimprima esta Comedia ó la represente en algun teatro del Reino sin la competente autorizacion, segun previene la Real orden inserta en la Gaceta de 8 de Mayo de 1837 relativa á la propiedad de las obras dramáticas.

JORNADA PRIMERA.

ESCENA PRIMERA.

Calle, y es de noche.

DOÑA ANA. LUISA.

DOÑA ANA.

Luisa, aqui te he de esperar;
Entra tú mientras en casa,
Y el aderezo de perlas
Dentro de su estuche, saca.

LUISA.

¿Qué, no quiso?

DOÑA ANA.

Todo entero

Lo quiere: ¡suerte tirana!

LUISA.

¡Judío!

DOÑA ANA.

Haz lo que te digo.

LUISA.

Mas ved, señora...

DOÑA ANA.

Vé, y calla.

Entra Luisa.

¡Hasta cuándo, suerte injusta,
Habrás de tener esclava
Del deshonor de un hermano
Toda la honra de su hermana?
Ya ni haciendas, ni riquezas,
Ni joyas quedan en casa;
Todo en avarientas manos
Se pierde sin esperanza.

Llora.

LUISA, *saliendo.*

Aqui está.

DOÑA ANA.

Pues vamos presto.

LUISA.

Mas al fuego de esas lágrimas,
Las mias sobre los ojos
Me los anublan y abrasan.

¿Esto mas, señora mia?

DOÑA ANA.

¡Ay Luisa! déjame y calla,
 Que ya que no me consuelan,
 Mi mal aduermen mis lágrimas.
 ¿Dónde encontraste muger
 Tan como yo desdichada?
 Un hermano libertino
 Tengo por mi mal en casa,
 Que juega nuestras haciendas
 En vez de beneficiarlas,
 Y entre usureros tahures
 Deja salud, oro y fama,
 Y yo por honor de entrambos
 Lloro y abono sus faltas.
 Déjame, Luisa, que llore.

LUISA.

¿Mas no hemos ya meditada
 Ocasión en que don Pedro
 De un error tan ciego salga?

DOÑA ANA.

¡Ay Luisa, qué mal entiendes
 Lo que son nuestras desgracias!
 Con cuanto acertar debemos,
 Mas los errores se agravan,
 Y á cada paso que huimos
 Mas nuestra desdicha avanza.

LUISA.

¿Y qué, señora...?

DOÑA ANA.

¿Conoces,

Luisa, tal vez á esa dama
Que frente á nuestro aposento
Tiene del suyo ventanas?

LUISA.

¿Doña Clara de Mendoza?

DOÑA ANA.

La misma; esa doña Clara,
Que cada vez que la miro
Toda se estremece el alma.
Déjame, Luisa, que llore.

LUISA.

No os entiendo: doña Clara
Dentro su casa, ¿qué tiene
Con lo que en la nuestra pasa?

DOÑA ANA.

Sábelo ya de una vez,
Que así á lo menos, entrambas
Llorando la misma pena
La haremos menos amarga.
Tiene un gentil caballero

Por hermano doña Clara,
 Cuanto hidalgo generoso,
 Que sino mente, me ama.
 Esta tarde llegó oculto
 Á Toledo, y una carta
 Que dél recibí esta tarde,
 Con sus razones me mata.

LUISA.

Decidlo todo, señora,
 Que en un hilo tengo el alma.

DOÑA ANA.

Dice que á casarse viene.

LUISA.

¿Y dice con quién se casa?

DOÑA ANA.

¿Pues si no fuera conmigo
 Asi decírmelo osara?

LUISA.

¿Y eso es, señora, por Dios,
 De vuestro llanto la causa?

DOÑA ANA.

Pues siendo noble, ¿cuál otra
 Mas lágrimas me arrancara?

LUISA.

Linda respuesta por cierto.
 Rico, valiente, que os ama,
 Que os libra de vuestro hermano,
 Y que al fin con vos se casa.
 ¡Pues digo, no sino sueño
 Que el forastero no es nada!

DOÑA ANA.

Sígueme, Luisa, y la lengua
 Para mis ofensas ata;
 Que siendo quien soy, no puedo
 Escucharte tus palabras;
 Que si él es tan firme amante
 Que de desposarme trata,
 Por su mismo amor no quiero
 Que al fin me juzgue tan falsa
 Que pensé con esta boda
 En desempeñar mi casa.

LUISA.

Perdonad... mas gente llega.

DOÑA ANA.

Baja el manto, que tapadas...
 Mas ¡cielos! él es.

LUISA.

¿Quién?

DOÑA ANA.

Vamos,

Que en hablarle no me holgara.

Antes de que nos conozca

Entremos.

LUISA.

Mientras que pasa.

DOÑA ANA.

Sí; que si mi hermano vuelve...

LUISA.

Pedirá para las ánimas.

ESCENA II.

DON JUAN. Despues LUISA. Despues DOÑA ANA.

DON JUAN.

Doña Ana tiene un hermano;

Y puesto que yo no sé

Si doña Ana guarda fé,

Ó si ha llegado á su mano

La carta que la escribí,

Mi prudencia me aconseja

Que consulte con su reja
 Si se ha olvidado de mí.
 Si es que ingrata me olvidó,
 Disimular es aviso,
 Porque á la fin es preciso
 Que en ello quede bien yo.
 Si me es constante doña Ana,
 Mañana me he de casar;
 Mas si me pudo olvidar,
 Á Milan vuelvo mañana.

Llama á la reja.

LUISA.

¿Quién es?

DON JUAN.

Un hombre.

LUISA.

En mal hora

Habéis llegado; id con Dios.

DON JUAN.

Escusad palabras vos;

Llamad á vuestra señora.

LUISA.

Desenfado trae el hombre;

No está en casa.

DON JUAN.

Vedlo bien.

LUISA.

Lo vi: mas decidme quién
sois.

DON JUAN.

Yo no tengo nombre.

LUISA.

Buenas noches.

Hace que cierra.

DON JUAN.

Abreviad,

Y dad aviso á doña Ana
Que la aguardo en la ventana.

LUISA.

¿Mas quién diré?

DON JUAN.

Despachad.

DOÑA ANA, *en la ventana.*

¿Quién es?

DON JUAN.

¡Doña Ana!

DOÑA ANA.

Don Juan.

DON JUAN.

Sí, amor mio, don Juan es,
Que vuelve al cabo á tus pies
Mas rendido y mas galan.
¿Y tú eres aun...?

DOÑA ANA.

Tu doña Ana,
Que te idolatra y espera,
Con tu amor mas altanera,
Con tu vuelta mas ufana.

DON JUAN.

¿Díeronte mi carta?

DOÑA ANA.

Sí.

DON JUAN.

Tal vez te dí en ella enojos.

DOÑA ANA.

Con lágrimas en los ojos

Veinte veces la leí.

DON JUAN.

Mi bien, ¿lágrimas por eso?

Mas las últimas serán.

DOÑA ANA.

De mi fortuna, don Juan,

Afirmarlo fuera exceso.

DON JUAN.

¡La fortuna!

DOÑA ANA.

Bien lo sé

Que nunca se ha de cansar

Contra mí.

DON JUAN.

¿Y por qué dudar?

DOÑA ANA.

No me preguntéis por qué.

DON JUAN.

Mas ved que es inadvertencia

Que en vos me arguye malicia

Hacer tamaña injusticia

Á mi amor en mi presencia.

Dudar de vuestra fortuna

Cuando os vengo á desposar,
 Es de mí propio dudar
 En ocasion importuna,
 Que si vos me amais á mí
 Como yo os adoro á vos,
 Uno del otro los dos
 Somos la fortuna aqui.

DOÑA ANA.

Nunca, don Juan, pensé yo
 En ello de otra manera.
 Dudé de mi suerte fiera,
 De vuestra firmeza no.
 Porque, don Juan, yo os amé
 Desde el momento en que os vi,
 Y de entonces para mí
 Todo el mundo sueño fue.
 Imaginar que os faltara
 Error y vergüenza fuera,
 Porque aunque yo lo quisiera,
 Á olvidaros no acertara.
 Pero es cierto que...

DON JUAN.

Acabad.

DOÑA ANA.

Que nací en infausta estrella,
 Pues tan mal se apareja ella
 Con nuestra felicidad.

DON JUAN.

Volvéisme el juicio, doña Ana,
Y... esplicaos, porque aqui
Yo tan solo sé de mí
Que os quiero esposa mañana.
¿Llorais, vive Dios?

DOÑA ANA.

Sí lloro.

DON JUAN.

¿Pues no os tomo por muger?

DOÑA ANA.

Callad, que no puede ser,
Por lo mismo que os adoro.

DON JUAN.

¿Que no puede ser decís?
¡Voto á Dios y á san Millan!
¿Pues no vengo de Milan
Porque vos me lo pedís?
¿No dejo por vos allá
Honor y engrandecimiento,
Mostrando que el pensamiento
En nada sin vos está?
¿No soy soldado y me alejo
Solo por vos de la guerra?
¿Cuanta fama y gloria encierra

La guerra por vos no dejó?
 ¿Qué mas por vos pude hacer,
 Ni vos de mí qué esperar,
 Ni qué mas tengo que dar,
 Ó habeis vos que apetecer?
 Llego á Toledo esta tarde,
 Y aunque por quien soy pudiera
 Entrar en faz altanera
 De mí mismo haciendo alarde,
 Prudente os busco, doña Ana,
 Azares por evitaros,
 Y vengo de noche á hablaros
 Á través de una ventana.
 Y al recibirme contenta
 Decís que no puede ser,
 Lo que es mandarme volver,
 Doña Ana, según mi cuenta.

DOÑA ANA.

No, don Juan, que os engañais;
 ¿Pues no os mandé yo venir?

DON JUAN.

Mas volvéisme á despedir
 Si al recibirme llorais.

DOÑA ANA.

¿Yo despediros, don Juan,
 Cuando en mal tan esquisito
 Mas que nunca os necesito

Por remedio de mi afan?
 ¿Yo, don Juan, que instante á instante
 Las tardas horas conté,
 Y vuestra vuelta esperé
 Enamorada y constante?
 Dejadme al menos llorar,
 Ya que dudásteis de mí.

DON JUAN.

Pues si ya me veis aquí,
 ¿Hay razon para tardar?
 Ya que me dais amorosa
 Con vuestra fé el corazon,
 Mañana mismo es razon
 Que paseis á ser mi esposa.

DOÑA ANA.

Tan pronto no podrá ser.

DON JUAN.

¿No basto yo...?

DOÑA ANA.

No, don Juan.

DON JUAN.

Todas, doña Ana, serán
 Inconstancias de muger.
 Decid que no me amais ya,
 Y acabamos de una vez.

DOÑA ANA.

Al fuego de mi altivez
No toqueis, porque arderá.
Don Juan, os amo, os adoro
Mas que nunca.

DON JUAN.

¡ Pése á mí!
Pues entonces, ¿quién aqui
Va por medio?

DOÑA ANA.

Mi decoro.

DON JUAN.

¡ Vuestro decoro! ¿ En mí acaso,
En cuanto soy, tengo y valgo,
Qué veis que no sea hidalgo
De prez ó valor escaso?
Ó en vos si no ¿qué sentís
Que os desdore ó sea en mengua?

DOÑA ANA.

Don Juan, reportad la lengua,
Que hasta en pensarlo mentís.
En mi honor no hay mengua tal,
Ni en mi amor flaqueza alguna;
Pero fuéme la fortuna
Desque nació bien fatal.

DON JUAN.

Siempre os conocí tan bella,
Noble, rica, en conclusion.

DOÑA ANA.

Ya os dije que no es razon
La injusticia de mi estrella.
Mas don Juan, tengo un hermano...

DON JUAN.

¿Por qué callais?

DOÑA ANA.

No lo sé.
De ello me avergüenzo á fé.

DON JUAN.

¿Os prometió?

DOÑA ANA.

Fuera en vano.

DON JUAN.

Acaso resiste audaz
Nuestro amor.

DOÑA ANA.

Inútil fuera.

DON JUAN.

¿Qué es pues?

DOÑA ANA.

En vano quisiera
Decirlo el labio tenaz.

DON JUAN.

¿Doña Ana, os burlais de mí?
Sois bella, libre, me amais,
Y todo al fin lo estorbais,
Y á todo decís que sí.

DOÑA ANA.

Declararlo mas no puedo,
Que en mí sola no depende.

DON JUAN.

Si hay alguno que me ofende...

DOÑA ANA.

No le hallarais en Toledo.
Todo mi amor teneis vos.

DON JUAN.

¿En qué pues tardanza cabe?
Vuestro hermano...

DOÑA ANA.

Nada sabe.

DON JUAN.

No os entiendo, vive Dios.

Nada sabe vuestro hermano,

Yo os amo y me amais á mí,

Decisme á todo que sí,

Y que os oponcis es llano.

Acabad.

DOÑA ANA.

Es mi secreto.

DON JUAN.

¿Lo guardais?

DOÑA ANA.

Como quien soy.

DON JUAN.

Pronto á ayudaros estoy.

DOÑA ANA.

No fuera en verdad discreto.

DON JUAN.

¿En quién mas podreis fiar?

DONA ANA.

En nadie, don Juan, á fé.

DON JUAN.

Fiádmelo pues.

DOÑA ANA.

No haré,
Que á otro en mí fuera faltar.

DON JUAN.

¿Á otro en vos? ¿Y sin mí á quién?

DONA ANA.

Otro lo sabe, y los cielos.

DON JUAN.

(Por Cristo que tengo zelos
Y no los devoro bien.)
¿Luego en otro fiáis mas?

DOÑA ANA.

¡No por Dios!

DON JUAN.

Mal se concilia.

DOÑA ANA.

Negocios son de familia.

DON JUAN.

¿Mentís, doña Ana, quizás?

DOÑA ANA.

¿Don Juan!

DON JUAN.

Dejadme que acabe,
 Pues que no teneis es llano
 Mas familia que un hermano,
 Y este hermano nada sabe.
 Negocios en conclusion
 De familia no teneis,
 Con que es claro que quereis
 Sostener la dilacion.

DOÑA ANA.

Pensadlo, don Juan, mejor,
 Que mi hermano puede ser
 Quien alcance á entorpecer,
 Pése á entrambos, nuestro amor.

DON JUAN.

¿Loco estoy? Falsa sirena,
 Ya sé que con tal pretesto
 Quereis pouer tiempo en esto;
 ¡Mas si es así, norabuena!
 Toledo no me ha de ver,
 Que de él me parto mañana.

DONA ANA.

Don Juan, ved, mirad...

DON JUAN.

Doña Ana,

Ved vos de esto qué ha de ser.
 Á haceros mi esposa vengo,
 Y en el punto en que os lo digo
 Secretos tenéis conmigo;
 Y ó yo de saberlos tengo,
 Ó para siempre me voy,
 Porque mi propia muger
 Conmigo no ha de tener
 Secretos, por quien yo soy.

DOÑA ANA.

Ved que no lo soy aun.

DON JUAN.

Pero lo fuérais mañana
 Si fuera, ingrata doña Ana,
 Nuestra constancia comun.
 ¡Oh! bien hacéis en llorar,
 Que eso bien sabéis hacer.
 Armas son de la muger
 Que huyendo se han de humillar.

(Hace que se va, y vuelve.)

DONA ANA.

Pues bien, sabedlo, y tened
 De mí duelo á tal oír,
 Porque si os lo he de decir,
 Me hablais por última vez.
 Que os hago tal confesion
 Solo por satisfaceros,
 Mas en ello agradeceros
 No quiere mi corazon.
 Mi hermano, don Juan...

LUISA, *dentro.*

Señora,

Abreviad.

DONA ANA.

¿Qué?

LUISA.

Vuestro hermano

Vuelve la calle.

DOÑA ANA.

Es en vano

Tener, don Juan, mas demora.

DON JUAN.

Aguardad.

DONA ANA.

No, por mi vida.

LUISA.

Ved que llega.

DOÑA ANA.

Á Dios, don Juan.

DON JUAN.

¿Sacaréisme de este afan?

DOÑA ANA.

En ocasion mas cumplida.

(Cierran y vanse.)

ESCENA III.

DON JUAN.

¡Hay por Dios tal confusion

Ni tan estraña muger!

Hablando la he de perder,

Pues me da satisfaccion.

Y si por su confesion

Bien su inocencia declara...

¡Valiera mas que callara

Si habla por la vez postrera!
 Con que en la misma manera
 Que la pierda es cosa clara.
 No se opone á nuestro amor
 Su hermano, pues nada sabe;
 En ella ni en mí no cabe
 Mengua en lustre ni en honor.
 Otro rival, mi valor
 En su amor no ha de admitir;
 Mas cuando vengo á pedir
 De su amor la última prueba,
 Alza, mantiene y renueva
 Cuanto lo puede impedir.
 Que me ama, verdad será
 Cuando tan tenaz lo jura;
 Que cuan rica en hermosura
 Es tan libre, claro está;
 Pruebas de amor no me da
 Cuando me huye, bien se ve;
 Dóila mi mano y mi fé,
 Dice que muere por mí...
 Pero me aparta de sí
 Ocultándome el por qué.
 Y por Dios que ó yo deliro,
 Ó todo es una invencion,
 Que en tan oscura razon
 Escusas tan solo miro.
 Y cuando á sondarla aspiro
 Me confundo en ella mas;
 Satisfarame quizás,

Mas obvia el inconveniente,
 Y en nuestro amor no consiente
 Su intencion volviendo atras.

ESCENA IV.

DON JUAN. OÑATE.

OÑATE.

¿Qué os haceis ya tan de noche
 Asi en la calle, señor?

DON JUAN.

¿Qué te importa, necio?

OÑATE.

¿Acaso

Fiel ademas no soy yo?
 Aun no hace sino unas horas
 Que me confiásteis vos
 De esta venida á Toledo
 Vuestra secreta razon.
 Venís contento á casaros,
 Vuestra dama á eso os llamó,
 Y á vuelta de solo un dia
 En ese guardacanton
 Os encuentro cabizbajo
 Centinela de un farol.

Permitidme que os repita
 Que eso me estraña por Dios.
 Mas ya que os soy importuno
 En vuestra meditacion,
 Seguid, que pues sois mi amo
 Yo os obedezco y me voy.

DON JUAN.

No, Oñate, que mas que tu amo
 He sido tu amigo yo,
 Y juntos hemos lidiado
 Siendo soldados los dos.
 Y pues nõ ignoras el hecho,
 Debes saber la razon,
 Aunque no tienen razones
 Las sinrazones de amor.

OÑATE.

Decid pues: ¿tal vez doña Ana
 Con la ausencia se mudó?

DON JUAN.

Dice que ciega me adora.

OÑATE.

¿Mas escusa la ocasion?

DON JUAN.

Sí por cierto; y á fé, Oñate,
 Que aqui sin mi acuerdo estoy

Dudando de sus palabras,
Y temiendo su razon.

OÑATE.

Mas su hermano...

DON JUAN.

Nada sabe

Don Pedro.

OÑATE.

Si otro amador

Os contrasta...

DON JUAN.

Su alma entera

Jura que la tengo yo.

OÑATE.

Mas si una vez el descuido,

La sorpresa, la ocasion...

DON JUAN.

Oñate, deten la lengua

Si no has de dar á la voz

Palabras menos villanas.

OÑATE.

Es suponerlo, señor.

DON JUAN.

Tal suponer es osado,
Y calumniar no es razon.

OÑATE.

Y por fin si dais permiso
Que os lo diga...

DON JUAN.

¡Voto al sol!

¿Y estabas con esa calma
Gozando en mi confusion?

OÑATE.

Como os via...

DON JUAN.

¡Acaba!

OÑATE.

Acabo.

DON JUAN.

Di presto.

OÑATE.

Pues á eso voy.
Luisa es una moza fresca,
Cari-redonda, encarnada,

Que puede bien ser tomada
 Por de familia tudesca.
 Dió en el vicio de servir
 Bajo auspicios de doncella,
 Y sino lo dijera ella
 ¿Quién lo habia de decir?

DON JUAN.

Oñate, y en ese cuento
 ¿Qué tengo que entender yo?

OÑATE.

Que ella es quien me lo contó
 De su boca: estadme atento.
 Luisa, que sirve á doña Ana,
 Toda su confianza goza,
 Y así es que sabe la moza
 La historia de la sultana.
 Don Pedro, su lindo hermano,
 Jugador de profesion,
 Que tiene noble el blason
 Pero el corazon villano.
 Juega siempre hasta perder,
 Bebe siempre hasta ganar,
 Y el daño para olvidar
 Juega y bebe hasta caer.
 Con mañas tan disolutas
 Y tan torpes compañías,
 Las noches pasa y los dias
 En apuestas y en disputas;

Y queriendo tal vez mal
 Á sus deudos y herederos,
 Regala á los usureros
 Los frutos de su caudal.
 Lo suyo no le bastó,
 Pues que pierde cuanto gana;
 Pidió prestado á su hermana,
 Y lo de entrambos perdió.
 Despues que ya no halló qué,
 En vez de sumiso hermano,
 Para su hermana un tirano
 Don Pedro en su casa fue.
 Algo pudo escatimar
 Doña Ana á la suerte cruel;
 Mas ella llora, y juega él;
 Y á pedir él, ella á dar.
 En este estado, señor,
 Claro es que doña Ana atienda
 Á que pues no tiene hacienda,
 Os sea inútil su amor.

DON JUAN.

¡Inútil! por Dios que no;
 Que si has dicho la verdad,
 Con mas brio y ceguedad
 La quiero por ello yo.

OÑATE.

Ved si es cierto cuanto digo,
 Y si hay mas segura seña,

Que quien sus prendas empeña
Es mi paisano y mi amigo.

DON JUAN, *aparte.*

(Efímera es la razon,
Mas concibo cómo humilla
Á quien tiene sin mancilla
Nobleza en el corazon.
Muger noble y singular,
Mal por Dios te conocí;
Mas tal he de ser por tí
Que me baste á disculpar.)
¿Oñate?

OÑATE.

Señor.

DON JUAN.

Dos cosas
Secretamente has de hacer.

OÑATE.

Señalad las que han de ser
Por osadas ó penosas.

DON JUAN.

Á doña Ana llegarás
Con cualquier pretesto ó modo,
Y en faz de usurero, todo
Cuanto pida la darás.

OÑATE.

¿Mas si á conocerme llega
No veis que en vos mal arguya?

DON JUAN.

El secreto es cosa tuya ;
Nada á la industria se niega.
Al mayordomo he de ver
Ahora mismo, y que te apronte
La cantidad á que monte
Cuanto pueda recoger.
Tú como un desconocido,
Y en tu comercio mejor,
Dala cantidad mayor
De la que te haya pedido.
Y á ese tu amigo, discreto
Las usuras pagarás,
Las haciendas librarás,
Y que nos guarde secreto.
¿Comprendiste?

OÑATE.

Comprendí.

DON JUAN.

Para tamañas finezas
Echa mano á mis riquezas,
Aunque me arruines á mí.

ESCENA V.

OÑATE.

Héme aquí ya en un punto
 De camárero y mayordomo junto.
 ¡Á cuántos desatinos nos obliga
 La locura de amor! Viven los cielos
 Que en favores don Juan bien estremados
 Hoy cambia sus recelos.
 Y á partirse dispuesto
 El amor de doña Ana por pretesto
 Satisface el orgullo de su casa
 Y el fuego del amor en que se abrasa.
 Mas pues soy su criado,
 Fuerza es obedecerle de contado.
 Á doña Ana he de hablar; valga el ingenio;
 Mas ella sale... haré el encontradizo,
 Y vístase el amor trage postizo.

ESCENA VI.

DOÑA ANA y LUISA saliendo de su casa
 como en la escena primera. OÑATE.

DOÑA ANA.

Mira bien si se fue ya,
 Y del empeño salgamos.

LUISA.

Segura's, señora , vamos,
Que por la esquina se va.

DOÑA ANA.

¿Muger mas infortunada
Viste, Luisa?

LUISA.

Á fé que no.

DOÑA ANA.

La suerte conmigo dió
Mas que con otra enconada;
;Tras un año de esperar
La posesion de su amor
Por vergüenza del honor
Tenerla que desechar!

LUISA.

Dejad para otra ocasion ,
Señora, por Dios el llanto.

DOÑA ANA.

Cúbrete bien con el manto,
Y echa la llave al porton.

OÑATE.

Ellas son; llevo. Señoras ,

Perdonad, y guárdeos Dios.

DOÑA ANA.

Asi con él vayais vos,
Que nos importan las horas.

OÑATE.

Á abreviáros las venia,
Que me acaban de informar
Que quisierais empeñar
Prendas de alguna valía.

LUISA.

Vaya con Dios el menguado,
Que quien tal dijo mintió.

OÑATE.

Amigo vuestro soy yo,
Y vengo bien informado.
Y por causas que yo sé,
Para acudiros, señora,
Por eso (*Señalando al aderezo que traerá Luisa
oculto.*) Dentro de un hora
Triple cantidad daré.
Y contad siempre conmigo,
Que es vuestro cuanto poseo,
Y os juro que ser deseo
Mas que traficante amigo.
Silencio, Luisa. *Aparte á Luisa.*

LUISA, *aparte á doña Ana.*

Dejadle
Hacer, señora.

DOÑA ANA, *á Oñate.*

Confío
Que no hareis en daño mio.

ONATE.

¿Temor de mí? desechadle...

DOÑA ANA.

En mi casa pues entrad,
Y el contrato cerraremos.

OÑATE.

No es menester, que tenemos
Buena fama en la ciudad.
Si os agrada aqui inmediato
El dinero os contaré.

LUISA, *aparte á Oñate.*

Mas...

OÑATE, *aparte á Luisa.*

Despues te lo diré.

DOÑA ANA.

Mas firmareis el contrato.

OÑATE.

Haré cuanto vos mandeis,
Que á vuestro servicio estoy.

LUISA, *aparte á doña Ana*

Señora, fiada voy
En que cuanto quiera hareis.

ESCENA VII.

DON PEDRO, casi á punto de embriaguez.

Como hay Dios que he de arrojar
La casa por un balcon.
Los mismos demonios son
Los que alli van á jugar:
Para alcanzar yo á ganar
Tres cornados en conciencia
Tengo que echar la paciencia,
El ánimo á entretener
Con el calor del beber
Ó el ruido de una pendencia.
¡Ilusiones me parecen!
Luz de los dados será.
Naipes, dados... ¡voto va
Que los dados me entorpecen.
Como las sombras me crecen!

Todo el cuerpo me flaquea ;
 Y no atino lo que sea ,
 Que es mi cabeza un castillo.

(*Riéndose.*)

¡ Ah! aire tengo en el bolsillo ,
 Y el aire me bambolea.

(*Vase hacia la ventana de doña Clara.*)

Demos al amor un poco...
 Tiempo, que no hay mas que dar ;
 Naipes y dados al par
 Continuo me hacen el coco.
 Jugador, amante y loco
 Son hilos de igual madeja.
 Si no miento, esta es la reja
 Del aposento de Clara. (*Llama.*)
 Saca á la noche esa cara ,
 Y alumbrame esta calleja.

ESCENA VIII.

DON PEDRO. DOÑA CLARA, en la ventana.

DOÑA CLARA.

A Dios gracias, bien venido.

DON PEDRO.

Hermosísimo lucero...

DOÑA CLARA.

Á Dios gracias, caballero,
¿Habeis estado perdido?

DON PEDRO.

Adorando estuve, Clara,
Tus hechizos.

DOÑA CLARA.

Mal se ve,
Cuando vende su mercé
Esa adoracion tan cara.

DON PEDRO.

Cuatro dias sin hablarte
Te estuve deseando hablar.

DOÑA CLARA.

¿De burla estais?

DON PEDRO.

Por gozar
Doble gusto al encontrarte.

DOÑA CLARA.

Caballero, es demasía,
Que importar puede á mi fama
Que volvais á vuestra dania
Con tanta descortesía.

DON PEDRO.

Amor mio, yo te adoro;
Deja que un amante beso
En tus labios...

DOÑA CLARA.

¡Tal esceso!
Mirad mas por mi decoro.
Ó mirad que desde luego...

DON PEDRO.

Clara hermosa, vive Cristo
Que no sé cómo resisto
De tanto amor tanto fuego.

DOÑA CLARA.

Parece por vida mia;
Segun lo audaz que venís,
Que el fuego que presumís
Se os apaga con el dia.
¿Ó le soleis ocupar
En dar fuego á vuestro fuego
Turbando el casto sosiego
De las bellas del lugar?

DON PEDRO.

Convengo, sí, en que hay jugadas
Que son sin disputa bellas,
Mas como pierdo con ellas

Por feas van apuntadas.

DOÑA CLARA.

Ved, don Pedro, qué decís,
Que he de cerrar la ventana.

DON PEDRO.

Importuna estais, hermana,
Y por demas resistís.

DOÑA CLARA.

Vuestra hermana no soy yo;
Ved, don Pedro, lo que hablais.

DON PEDRO.

Como tan oscura estais,
Que lo érais me pareció.
Pero á fé, Clara hechicera,
Que primero que olvidarte
Con el mismísimo Marte
Á estocadas emprendiera.
Yo, amor mio, estoy sin mí,
Que en mi amorosa agonía
En tí pienso todo el día,
Y en la noche pienso en tí.
En las tinieblas del alma,
En su torba tempestad,
En tu amor y en tu beldad,
Busco luz y busco calma.
Y en tan negra lobreguez,

Siguiendo á tientas tus huellas ,
 Voy marchando entre botellas
 De respetable Jerez.
 Y allí en tiernísimos sueños
 Deliro acciones navales,
 Espantosos temporales
 Y enamorados empeños.
 Allí tú...

DOÑA CLARA.

Quedad con Dios ,
 Que burla tan insensata
 No consiento.

DON PEDRO.

Óyeme, ingrata.

DOÑA CLARA.

El ingrato fuisteis vos.

Cierra, y vase.

ESCENA IX.

DON PEDRO, y por otro lado DOÑA ANA
 y LUISA.

DOÑA ANA.

Noblemente se portó.

LUISA.

Amigo de mi padre es.

DOÑA ANA.

¡Que á tal punto por mi hermano
Me reduzca!

LUISA.

Fiaos de él.

Ya vísteis le conocia,
Y del modo que le hablé.
(Rabiando estoy de este préstamo
El secreto por saber.)

DOÑA ANA.

Cortés prometió que cuanto
Precisara busque en él.

LUISA.

Y yo que vos admitiera
La propuesta.

DOÑA ANA.

Asi lo haré.

¡Mas válganos Dios!

LUISA.

¡Señora!

DOÑA ANA.

¿No es, Luisa, mi hermano aquel?

LUISA.

Sí por Dios.

DOÑA ANA.

De doña Clara

Las ventanas ronda á fé.

LUISA.

¡Si hubiera llamado en casa!

DOÑA CLARA.

Volvamos.

LUISA.

Volvamos pues.

*Al volver atrás se hallan con don Juan, que
llega por el mismo lado.*

ESCENA X.

DON PEDRO en la reja. DOÑA ANA y LUISA
en el centro. DON JUAN al otro lado.

DON JUAN.

Ello es hecho; pronto todo
Remedio á tiempo tendrá.

DON PEDRO.

Clara, ¿ te enojaste ya ?
Vuelve á abrir, ó de otro modo...

DOÑA ANA.

Don Juan es este.

LUISA.

Si á vernos

Alcanza por buen remedio
Pienso que no hallamos medio
Por donde huir ó valernos.

DON JUAN.

¿ Mas qué es esto ? ; Un hombre allí
Á mis rejas ! Vive Dios
Que le mate ; ; y estas dos
Damas paradas aquí !
Antes que á mí, por quien soy,
Es fuerza que á ellas acuda.
Llega. Señoras, si os falta ayuda

Y la admitís, hombre soy.

DOÑA ANA, *volviéndose atrás.*

Tanto favor agradezco.

Á Dios quedad.

DON JUAN.

Con Dios id.

Pero no es cuerdo advertid...

DOÑA ANA.

De tal honra desmerezco.

LUISA.

Por azar libramos bien.

DOÑA ANA.

Acorrednos, santos cielos.

ESCENA XI.

DON JUAN. DON PEDRO.

DON JUAN.

Á mi honor da un hombre zelos,

Y es preciso saber quién.

Fuera, hidalgo, de esa calle

Y el rostro á la luz sacad.

DON PEDRO.

La calle pues me ganad,
Y el rostro importa tapalle.

DON JUAN.

Fuera, digo.

DON PEDRO,

Fuera vos,
Que aquí calle y dama guardo.

DON JUAN.

Calle y dama, ¡pues qué tardo!
He de veros, vive Dios. *Riñen.*

ESCENA XII.

Vuelven á salir DOÑA ANA y LUISA recatándose.

DONA ANA.

¡Mi hermano y don Juan riñendo!
¡Y en frente á la puerta estan!

LUISA.

Y por esta calle van
Gente y justicia acudiendo:
Santo Dios.

ESCENA XIII.

DICHOS. LA JUSTICIA.

UNO.

Ténganse al rey.
Fuera, digo: ¡eh, caballeros!

DON JUAN.

Hasta mataros ó veros *Riñendo.*
Atropello por la ley.

UNO.

Estas tapadas miraban
La pendencia.

OTRO DE JUSTICIA.

Déense pues
Á prision, que ellas despues
Nombrarán los que lidiaban.
*Sepáranlos, y Oñate, que llega á don Juan,
le dice al oido.*

OÑATE.

Señor, doña Ana está aqui.

DON JUAN.

¡Cielos!

EL GEFE DE LA RONDA.

Digan quiénes son.

rostro
DON PEDRO, *cubriendo et*
Quien somos es la ocasion
Tan solo porque reñi;
Con que si digo quién soy,
Lo mas pierdo en la batalla.

OTRO.

Prendedlos.

DON PEDRO.

¡Hola! canalla. *Emprende con ellos.*

DON JUAN.

Ved que á vuestro lado estoy;
Mas despues nuestra pendencia
Seguiremos.

DON PEDRO.

Dad en ellos.

Dad, que van como camellos.

Métenlos á cuchilladas.

LOS QUE HUYEN.

¡Favor al rey! ¡resistencia!

ESCENA XIV.

DOÑA ANA. LUISA. OÑATE.

OÑATE.

Señora, alejaos vos
Mientras vuelven.

DOÑA ANA.

¡Ay de mí!

OÑATE.

¿Esta es vuestra casa?

DOÑA ANA.

Sí.

OÑATE.

Entrad presto, y guárdeos Dios.

Entran, se vuelve Oñate, y cae el telon.

THE HISTORY OF

THE CITY OF BOSTON

FROM 1630 TO 1800

BY JOHN W. COOPER

VOLUME I

1630-1680

1680-1730

1730-1780

1780-1800

1630-1680

1680-1730

1730-1780

1780-1800

1630-1680

1680-1730

1730-1780

1780-1800

Jornada segunda.

PERSONAS.

DON JUAN.

DON PEDRO.

DOÑA ANA.

DOÑA CLARA.

INES.

OÑATE.

EL GOBERNADOR, *viejo*.

LA JUSTICIA.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Sala en casa de don Juan.

DOÑA CLARA. INES.

DOÑA CLARA.

¡Viste confusion tamaña,
Ines, ni tal desvergüenza!
Por Dios que mas no he de verle
Si de rodillas viniera.

INES.

Señora, tales los mozos
Son hoy en aquesta tierra,
Que son capaces de dar
Á la mas firme vergüenza.

DOÑA CLARA.

No parece que favores
Buscaba, sino pendencies,
Como si yo algun soldado
Venido de Flandes fuera.

¡Tal desacato! Á fé mia
 Que si tarda mi paciencia
 En acabarse, los muros
 Y las rejas atropella.

— INES. —

Mas, señora, eso tal vez
 Confianzas de amor eran.

DOÑA CLARA.

¡Las confianzas me placen!
 Cuando sin freno la lengua,
 Sin travas en el deseo,
 Sin medida en la licencia,
 Quisieron hacer las manos
 Lo que los ojos hicieran.
 Á fé que airada y corrida
 De conocerle me deja.

INES.

Acaso disculpa tiene.

DOÑA CLARA.

¿Disculpa? ¿de dónde haberla?

INES.

¿Qué sé yo? Mas quien bien quiere
 Te hará llorar, dice...

DOÑA CLARA.

Cesa,

Y si has de justificarle
Quitate de mi presencia.

INES.

Por vida mia, señora,
Que enojarte no quisiera;
Mas ve...

DOÑA CLARA.

¿Qué?

INES.

En esto de amores...

DOÑA CLARA.

Acaba.

INES.

En fin, si supiérais
Lo que yo sé...

DOÑA CLARA.

Dilo.

INES.

Siento
Enojarte, y no quisiera

Que apagar sin tiempo el fuego
Fuera en la llama echar leña.

DOÑA CLARA.

Despacha pues, ó á mentarlo
Nunca en mi presencia vuelvas.

INES.

Ya te empiezas á enojar.

DOÑA CLARA.

Me harás perder la paciencia.
Dilo, ó vete.

INES.

De secreto,
Que es confianza secreta.
Si me empeñas tu palabra
De callarlo...

DOÑA CLARA.

Bachillera,
Di, que puesto que me importa
La noticia...

INES.

Estadme atenta.
Don Pedro es bizarro mozo,
Galan, valiente y discreto,
Mas como mozo sujeto

Á gozar de cuanto es gozo.
 Amigo de sus amigos,
 Franco, noble y liberal,
 Que hará un milagro, con tal
 De que en él tenga testigos.
 Ya veis, mozo, libre, rico,
 Noble, osado y militar,
 ¿En qué habia de parar?
 ¿Comprendéisme, ó no me esplico?

DOÑA CLARA.

Á fé, Ines, que no te entiendo
 Tan oscura esplicacion.

INES.

Pues prestad vuestra atencion,
 Que todo os lo iré diciendo:
 Tan galan como altanero,
 Tan feliz como galan,
 Puso y con razon su afan
 En su estirpe y en su acero.
 Cególe su vanidad,
 Y embriagóle su grandeza,
 Fió mucho en su riqueza,
 Y creció su ceguedad.

DOÑA CLARA.

Acaba, Ines, que tu cuento
 Cansándome mucho va.

INES.

Dirélo en fin claro ya
 Mas que vuestro entendimiento.
 De galan pasó á amador,
 De amador á calavera,
 Y es fuerza que al fin cayera
 El galan en reñidor.
 De un empeño en otro empeño,
 Y de un lance en otro lance,
 Acabó por dar alcance
 De cuanto era único dueño.
 Perdió su razon mejor,
 Que era el oro, y por volver
 Al oro ya podeis ver
 Que acabó por jugador.

DOÑA CLARA.

¿Y con eso, Ines, pretendes
 Su osadía disculpar?
 Mas con ello has de agravar
 Mis enojos.

INES.

Mal lo entiendes.

DOÑA CLARA.

¿Lo entiendo mal?

INES.

Muy mal, sí;
Pues bien claro se demuestra
Que cuanto es y cuanto muestra
Lo es y lo muestra por tí.

DOÑA CLARA.

¿Por mí? mengua es en verdad
Que siéndome, Ines, infiel,
Ande yo envuelta con él
En lenguas por la ciudad.

INES.

Esa es pues otra razon
Que prueba lo bien que quiere.

DOÑA CLARA.

¿De qué la razon se infiere?

INES.

Infiérese su pasion.

DOÑA CLARA.

Me ama y me olvida.

INES.

No á fé;
De apariencias no te asombres,
Que las culpas de los hombres

Siempre tienen un por qué.
Yo sé que desesperado
Vive tan solo por tí.

DOÑA CLARA.

¿Desesperado por mí?
¿Cómo, Ines?

INES.

Mas reservado
Lo has, señora, de tener.

DONA CLARA.

Sí por cierto.

INES.

Pues mirad,
Sin dineros no en verdad
Se enamora á una muger.

DOÑA CLARA.

Ten, Ines, la torpe lengua,
Que por Dios que doña Clara
La lengua audaz arrancara
Al que pensare tal mengua.

INES.

Que yerras tambien entiendo,
Que si está desesperado
No es sino porque ha jugado

Cinco semanas perdiendo.
 ¿Y cómo pues te ha de ver
 Sin vergüenza ó sin enojos
 Cuando la luz de sus ojos
 Puesta en tí debe tener?
 ¿Cómo pues ha de venir
 Alegre y fino á su dama
 Quien oro perdiendo y fama
 Debe callar y sufrir?
 (¡Válgame Dios qué torpeza
 Ó qué necia ceguedad!)

DOÑA CLARA.

(Cerca va á la lealtad
 Quien por ser cobarde empieza.)
 Y esa vil disolucion
 De don Pedro, ¿aun es por mí?

INES.

¿Y quién duda que es así
 Con tal desesperacion?
 Puesto que te quiere bien
 Y es tan noble caballero,
 Fuerza es que si lo primero
 Quiere, lo demas tambien.
 Su muger te ha de llamar
 Segun pienso, mas se aviene
 Mal con quien caudal no tiene
 El bien del matrimoniar.
 Y hé aqui por qué despedido

Las noches pasa y los dias
 En sus torpes compañías
 Y en su vicio encenagado.
 Y el tumulto y confusion
 De tan larga barahunda
 Aviva, encona y redunda
 En su desesperacion.
 Continuo tras recobrar
 Para tí cuanto ha tenido,
 Juega de tí con olvido
 Y tu amor por conquistar.
 Por impericia ó por suerte
 Juega con tan mala estrella,
 Que tal vez va á dar por ella...

DOÑA CLARA.

¿Adónde? acaba.

INES.

Á su muerte.

DOÑA CLARA.

¡Su muerte, Ines!

INES.

Ved si os ama

Quien sin duda en su pasion
 Juega su reputacion
 Por quedar bien con su dama.

DOÑA CLARA.

¿Si cierto fuera...!

INES.

Á mi fé
Que él mismo me lo contó.

DOÑA CLARA.

¿Cuándo?

INES.

Hoy.

DONA CLARA.

¿Hoy?

INES.

Sí.

DONA CLARA.

¿Cómo fue?

INES.

Esperando á hablarle yo.
Que incierta de la imprudencia
Del lance de la ventana,
Fuí á saber esta mañana
La razon de la pendencia.

DOÑA CLARA.

Bien está.

INES.

¿Le perdonais?

DOÑA CLARA.

No lo sé.

INES.

Sed ménos cruel.

DOÑA CLARA.

Busca á Oñate.

INES.

No sé de él. *Sale.*

Vedle aqui.

ESCENA II.

DOÑA CLARA. OÑATE.

OÑATE.

¿Qué me mandais?

DOÑA CLARA.

Tú eres de don Juan, mi hermano,
Un antiguo servidor.

OÑATE.

Háme unido á mi señor
Larga vida.

DOÑA CLARA.

Y de tu mano
Lo fia todo.

ONATE.

Es asi.
La vida le debo y mas.

DOÑA CLARA.

¿Y como á él dispuesto estás,
Oñate, á servirme á mí?

OÑATE.

Me lo ha dicho muchas veces,
Señora, y asi lo haré.

DOÑA CLARA.

Y yo te lo pagaré
Por cierto como mereces.
Lo que te voy á encargar
Quiero que en secreto quede.

OÑATE.

Vuesa merced decir puede.

DONA CLARA.

Silencio en primer lugar.

OÑATE.

Hombre soy de tal teson
 En serviros, doña Clara,
 Que antes del pecho sacara
 Que el sécreto, el corazon.

DOÑA CLARA.

Pues que todo el favor tienes
 De mi hermano, conocer
 Debes á los que han de ser
 Mayordomos de mis bienes.

OÑATE.

Sí por cierto.

DOÑA CLARA.

Tambien sabes
 Que yo tengo mi porcion
 Con cabal separacion
 De don Juan.

OÑATE.

Sí.

DONA CLARA.

Y que por graves
Razones los administra
Con los suyos á la par.

OÑATE.

Y con afan singular
Los beneficia y registra.

DONA CLARA.

Pues bien, tamaño favor
Me has de hacer en acudirme...

OÑATE.

Ya os dije que es repetirme
La orden de mi señor.

DOÑA CLARA.

Pues escúchame. ¿Conoces
Á don Pedro de Aguilar?

OÑATE.

Tal vez de oírle nombrar,
Por señas solo y por voces.

DOÑA CLARA.

La razon yo me la sé,
Mas tú de tal modo harás
Que en secreto le darás

Cuanto pida.

ONATE.

Asi lo haré.

DOÑA CLARA.

Pero que nunca sospeche
Ni mi hermano ni él de mí.

OÑATE.

Mas facil será que asi
Del secreto se aproveche.

DOÑA CLARA.

Hadlo tú del mejor modo
Sin demora ni disculpa,
Que si alguien de ello te culpa,
Yo te respondo de todo:
Pues completa libertad
Te otorgo en ello.

OÑATE.

Está bien.

Haré que todos esten
Cual yo á vuestra voluntad.

DOÑA CLARA.

(Asi mi amor favorezco
Bajo pretestos de honor.)

ONATE.

(Esto tambien es amor,
Y mas con ambos merezco.)

DOÑA CLARA.

Mas mi hermano. Sal de aqui,
Y silencio sobre todo.

OÑATE.

(Á fé que es estraño el modo
Con que ambos fian en mí.) *Vase.*

ESCENA III.

DOÑA CLARA. DON JUAN.

DON JUAN.

El cielo, hermana, te guarde.

DOÑA CLARA.

Con él vengas. (¡Qué severo
Trae el rostro!)

DON JUAN,

(Probar quiero
Si lo oculta de cobarde.)
Téngote, Clara, que hablar,

En asunto que interesa
Que aclaremos. (La sorpresa
Se hizo en su rostro lugar.)

DOÑA CLARA.

(¡Cielo santo!) Empezar puedes,
Que atenta, hermano, te escucho.

DON JUAN.

Responde, y ve importa mucho
Que bien respondiendo quedés.
¿Sabes lo que es el honor,
Mi Clara, en una muger?

DOÑA CLARA.

De cuantas puede tener
Esa es la prenda mejor.

DON JUAN.

¿Si la pierde?

DOÑA CLARA.

Se deshonra.

DON JUAN.

Y el mas leve viso en ella
Confunde, apaga, atroy ella
La clara luz de la honra.
¿Lo sabes, hermana, bien?

DOÑA CLARA.

Asi resuelta lo creo.

DOÑA ANA.

Y asi resuelto desco

Que no lo olvides tambien.

DOÑA CLARA.

Mas á qué vienen no sé

Preámbulos tan estraños.

DON JUAN.

Para el mayor de los daños

La mayor cautela á fé.

Que á los pies de una ventana

Suene en la noche serena

Amorosa cantilenà,

Es fineza cortesana.

Que en la dulce soledad

Del lecho oiga una muger

La música, puede ser

Tan solo curiosidad.

Que á la música gentil

Asume acaso al cristal,

Sino es amor criminal

Es vanidad mugeril.

Que un osado mozalvete

Pida á un billete razon,

No dando contestacion

No trae deshonra el billete.
 Mas que al son del instrumento
 Abra audaz una ventana,
 No es fineza cortesana,
 Que es liviano atrevimiento.
 Ahora bien, contesta, hermana.
 Un hombre á tus rejas vi;
 ¿ Fue acaso ó intento en tí,
 Fuiste curiosa ó liviana?

DOÑA CLARA.

Que á un rumor vago y pueril
 Se abra acaso una ventana
 Y asome á escuchar tu hermana,
 Vanidad es mugeril.
 Que á un osado mozalvete
 Niegue una contestacion,
 Es hacer su obligacion
 Devolviéndole el billete.
 Que á un hidalgo llamamiento
 Asomase á una ventana,
 Mas que osadía liviana
 Es cortés procedimiento.
 Que si esposo ha de tener
 Que la dé amor, paz y honor,
 Fuerza es que le cobre amor
 Antes de ser su muger.
 Si á favor la oscuridad
 En su casa le admitiera,
 Deshonra y mancilla fuera;

Fuera mengua y liviandad.
 Mas si al escuchar la queja
 De su amor pone advertida
 Cuanto espone de atrevida,
 Prudente tras una reja,
 Dime pues, ¿aquí tu hermana
 En qué pecara en verdad?
 ¿Fuera en ella liviandad,
 Ó atencion mas cortesana?

DON JUAN.

Donde pelagra el honor
 Sobra la cortesanía.

DOÑA CLARA.

No el honor peligraría
 Donde hay honra con amor.

DON JUAN.

¿Luego es cierto que ha salido
 Á la ventana mi hermana?

DOÑA CLARA.

Nada he dicho de ventana,
 Ni tú me lo has requerido.
 Me pusiste una cuestion
 Y te respondiste á todo;
 Héla yo vuelto á mi modo
 Variando la solucion.

DON JUAN.

Al fin, contéstame, Clara;
¿Saliste á la reja ó no?

DOÑA CLARA.

Si eso te entendiera yo,
Á eso, don Juan, contestara.
Mas todo va en preguntar,
Don Juan, por una ventana,
Y á fé que de buena gana
Te quisiera contestar.
Propónesme una cuestion,
Te respondo otra despues,
Vuelvótela del reves
Y vuelves tú á tu opinion;
Pero como no me esplicas
Á lo que he de responder,
Yo al contestar, tú al saber,
Sufres y me mortificas.

DON JUAN.

¿Mas claro lo he de decir?
Anoche en la calle entré
Y á lo lejos escuché
Tus ventanas entreabrir.

DOÑA CLARA.

Brava presuncion por cierto.
¿No pudo haber mas ventana

Que se abriera si tu hermana
No hubiera la suya abierto?

DON JUAN.

¿Y qué pretendes que arguya
Cuando á mi casa al llegar
Con un hombre vine á dar
Que me guardaba la tuya?

DOÑA CLARA.

Tal vez tu aprension sería.

DON JUAN.

¿Y era tambien mi aprension
Cuando aparte la razon
Contra mí mismo reñía?

DOÑA CLARA.

Mas un hombre pudo ser
Que puesto en la calle á acaso
Á alguno guardaba el paso,
Ó tal vez á una muger.

DON JUAN.

Por esa pregunto yo.
¿Sabes la muger quién era?

DOÑA CLARA.

Muy mal yo de ella supiera
Cuando él dél no respondió.

DON JUAN.

Mas sin que él cuenta de sí
 Diera, ¡voto á Belcebú!
 ¿No sabrás, hermana, tú,
 Si á quien guardaba era á tí?

DOÑA CLARA.

Yo nada sé.

DON JUAN.

Yo sí sé,
 Y tú tambien lo sabrás,
 Porque ó tú me lo dirás,
 Ó yo decírtelo haré.
 Que él solo por tí venia
 Lo sé yo bien, vive Dios,
 Y asi solo entre los dos
 No ha de quedar tal porfia.
 Honor tengo y hombre soy,
 Y contra fuerza y valor
 Quien mancha osado mi honor
 Tú me lo has de decir hoy.

DOÑA CLARA.

Mas aunque por mí viniera,
 ¿En qué tu honor te manchara?

DON JUAN.

Vive Dios que le matara

Si hoy mismo le conociera.

DOÑA CLARA.

Don Juan, demasiado estás:
 Considera que has nacido
 Mi hermano, no mi marido,
 Y que eso te está de mas.

DON JUAN.

¡De mas dijiste! ya sé,
 Villana, tu torpe mengua,
 Que me convence tu lengua
 Que el que vino por tí fue.

DOÑA CLARA.

Muy mal arguyes, don Juan.

DON JUAN.

Arguya pues mal ó bien,
 Hoy mismo me dirás quién
 Me causa por tí este afan.

DOÑA CLARA.

Piénsalo, hermano, mejor.

DON JUAN.

Lo pensé, y me he convencido,
 Que hermano, sino marido,
 Tengo hermana, y tengo honor.

:

ESCENA IV.

DON JUAN. OÑATE.

OÑATE.

El señor gobernador
Quiere veros.

DON JUAN.

En mal hora
Llega por Dios. Dile que entre.

ESCENA V.

DON JUAN. EL GOBERNADOR.

EL GOBERNADOR.

Señor don Juan de Mendoza,
Dadme mil veces los brazos.

DON JUAN.

Y con ellos me dais honra.
¡ Vos en mi casa!

EL GOBERNADOR.

Sabiendo
Que llegásteis, y en mi propia
Casa rehusais compañía,

Vengo á veros en estotra.

DON JUAN.

Es la casa en que habitó
Mi hermana mientras que sola
Túvola mi obligacion
Y las armas españolas.

EL GOBERNADOR.

De esa manera os escuso.
Dadme otra vez y otra y otra
Esa mano.

DON JUAN.

Con la vuestra
Mas fuerza y mas brio cobra.

EL GOBERNADOR.

Decidme, ¿con que don Mendo,
Vuestro padre, de Dios goza?

DON JUAN.

Murió, don Luis, como noble
Ganando tumba gloriosa.

EL GOBERNADOR.

Y á saber que vuestra hermana
Doña Clara aqui tan próxima
Vivia estando en Tóledo,
Por obligacion forzosa

Sirviérala yo de hermano ;
 Mas tan oculta guardóla
 Su recato, que hoy á un tiempo
 Supe de entrambas personas.
 Ved en qué puedo serviros ,
 Y tened en la memoria
 Que es mi casa vuestra casa.

DON JUAN.

Cuánto ese aviso me importa
 Os mostraré.

EL GOBERNADOR.

No por cierto.
 Descansad, don Juan, ahora
 De vuestra marcha unos dias,
 Que ha sido larga y penosa.
 Yo volveré á visitaros,
 Y en tanto contad con toda
 Mi autoridad en Toledo,
 Que será vuestra, aunque corta.

DON JUAN.

Acaso la necesite.

EL GOBERNADOR.

Y obtendréisla sin demora.
 ¿Llevais acaso algun pleito
 Que desenredar ?

DON JUAN.

Muy otra
Es mi intencion, mas ya de ella
Os daré parte.

EL GOBERNADOR.

Y yo ahora
Molestaros no pretendo.

DON JUAN.

Mas que molestia me es honra.
Yo he daros unas cartas.

EL GOBERNADOR.

Descansad, que es lo que importa,
Que las cartas yo enviaré
Por ellas á mejor hora.
Y pues he de hablar con vos,
Porque aun tengo algunas cosas
Que atañen á vuestro padre
Que deciros de mas monta,
No tardaré en dar la vuelta. *Vase.*

DON JUAN.

Tal vez este hombre me importa.

ESCENA VI.

DON JUAN. OÑATE.

DON JUAN.

¿Oñate?

OÑATE.

¿Qué mandais?

DON JUAN.

Dime, ¿qué hicisteis
anoche de la dama?

OÑATE.

Aseguréla

En su casa.

DON JUAN.

¿Y la dísteis...?

OÑATE.

Todo cuanto pidió: mas la criada
Sagaz me conoció, y aunque es callada,
Y yo de ella respondo, además de eso
La he llenado de fábulas el seso,
Y la he desorientado en tal manera
Que nada creo sospechar pudiera.

DON JUAN.

Está bien ; mas tú acaso
¿Conociste al galan con quien reñía?

OÑATE.

Imposible sería ,
Que á distancia de un paso
Nada se via en noche tan oscura.

DON JUAN.

Perdile en el tumulto ,
Y con tal desventura ,
Que un hora por la calle anduve á bulto
Por ver si me era dado
Concluir de una vez lo comenzado.

OÑATE.

Tal vez yo, señor, sepa
Averiguarlo todo.

DON JUAN.

De qué modo me di.

OÑATE.

Yo me sé el modo,
Si me dejais hacer ; porque ó soy ciego
Ó á mucho alcanzo y con la vista llego.

DON JUAN.

Espílicate mas claro.

OÑATE.

Ya os acordais, señor, del refrancillo:

“Por el hilo se da tras el ovillo.”

Y tengo para mí, que en paz sigamos

La pista por el hilo,

Porque temo mas mal del que pensamos.

DON JUAN.

¿Mas quién aquí se llega sin aviso?

OÑATE.

Muger es.

DON JUAN.

Y en el velo misteriosa

La faz esconde.

OÑATE.

Ó es menesterosa,

Ó equivocada viene de preciso.

ESCENA VII.

DON JUAN. DOÑA ANA, con manto.

DON JUAN.

Guárdeos Dios. ¿Qué se os ofrece,
La silenciosa embozada?

DOÑA ANA.

Si una muger desolada
Vuestra atencion os merece,
Que una palabra me oigais.

DON JUAN.

Hablad.

DOÑA ANA.

Aun no puede ser,
Que no me han de conocer
Donde vos solo no estais.

Sale Oñate y quedan solos.

DON JUAN.

Servida, señora, os veis:
Decid qué quereis de mí.

DOÑA ANA.

Sepamos antes aqui,
Don Juan, si me conoceis. *Se descubre.*

DON JUAN.

¡Doña Ana! Cielos, ¿qué es esto?

DOÑA ANA.

Es mi desdicha, don Juan.

DON JUAN.

Hablad pues, que en vuestro afán
Temo algun lance funesto.

DOÑA ANA.

La luz el llanto me arrasa,
Y atino á la voz muy mal.
En este punto fatal
La justicia está en mi casa.

DON JUAN.

¡La justicia! ¿Y cómo así?

DOÑA ANA.

Ya es fuerza que os lo declare,
Porque tenga quien me ampare
En mis cuitas. ¡Ay de mí!
Tengo, don Juan, un hermano
Para quien nunca bastó
Cuanta riqueza heredó
Ni cuanta adquirió tirano:
Malgastólo en pocos dias,
Sin bastar amago ó ruego

Á retraerle del juego
 Y de torpes compañías.
 Jugó lo suyo y lo ageno,
 Pues yo á mi pesar le dí
 Cuanto dejáronme á mí,
 De insana avaricia lleno.
 Y tras tantos sinsabores
 Como por su mal pasé,
 Mi casa hoy, don Juan, hallé
 Presa de sus acreedores.
 De vos me vengo á amparar
 De angustia y lágrimas llena,
 Porque á otro que á vos mi pena
 No acertara á confiar.

DON JUAN.

Doña Ana, con vuestro amor
 Hoy me honrais y me ofendeis,
 Que acudiendo á mí me haceis
 Un favor y un disfavor ;
 Mas vuestro intento decid,
 Que en todo os he de ayudar.
 ¿Quereis, señora, tornar
 Sin vuestro hermano á Madrid?

DOÑA ANA.

Pues quisísteis vuestra mano
 Ofrecerme en mi riqueza,
 Valedme hoy en mi pobreza
 De mi suerte y de mi hermano.

Pues que por sus culpas hoy
 Tan sola y triste me veo,
 Acabar es mi deseo
 De las penas en que estoy.
 Y en último pensamiento,
 La vida por concluir,
 Yo de aquí no he de salir
 Sino para ir á un convento.

DON JUAN.

¿Á un convento? Loca estais.

DOÑA ANA.

Pues que vos lo presumís...

DON JUAN.

Mirad bien lo que decís,
 Que hablando conmigo estais.

DOÑA ANA.

Por ser quien sois os lo digo,
 Porque quiero en este afan
 Teneros sino, don Juan,
 Por amante, por amigo.

DON JUAN.

Mal se aviene esa amistad,
 Doña Ana, en mí con mi amor.

DOÑA ANA.

Pasion es tal vez menor,
Pero de mayor verdad.

DON JUAN.

Por cierto que á comprenderos
Aun bien no alcanzo, doña Ana,
Mas es diligencia vana,
Que en ello he de complaceros.
Vuestra suerte y vuestra fé
Penetra mi corazon,
Y vuestra honra y condicion
Hoy, doña Ana, bien se ve.
De aqui no habeis de salir,
Pues aqui os habeis venido
Sin hermano ó sin marido,
De ambos podeis elegir.
Vuestro hermano, pues perdió
Vuestra hacienda, no quereis:
Vuestro marido ya veis
Que me ofrezco á serlo yo.

DOÑA ANA.

Abreviemos de razones,
Don Juan: pues noble nací
No ha de decirse de mí
Que sucumbo á mis pasiones.
En lo que tengo de hacer
Tomé ya resolucion:

Ayudadme mi opinion
 Hoy, don Juan, á defender.
 La justicia está en mi casa,
 Y yo á la vuestra al subir
 Defensa os vine á pedir,
 (Y no de vergüenza escasa.)
 Ved en tamaña ocasion
 Si lo podeis remediar.

DON JUAN.

No, sino habeis de aceptar
 Mi mano y mi corazon.

DOÑA ANA.

Harto os dije.

DON JUAN.

Nunca á fé
 Sin vos he de consentir...

DOÑA ANA.

Dejadme, don Juan, salir,
 Que yo lo remediaré.

DON JUAN.

Tened, que al gobernador
 Voy en este punto á hablar.
 Su respuesta en esperar,
 Doña Ana, me hareis favor.
 Que si he de daros enojos

No merezco yo en verdad
 Sino en vuestra voluntad
 Respetar vuestros antojos.
 En este mismo aposento
 Sola y segura estareis,
 Y usar de ese otro podeis,
 Si conviene á vuestro intento.
 Dios os guarde.

DOÑA ANA.

Os vele á vos.

DON JUAN, *aparte.*

¡Oh! Su paz rescataré. *Vase.*

DOÑA ANA, *aparte.*

Á olvidar cuánto le amé
 Ayudadme, santo Dios.

ESCENA VIII.

DOÑA ANA.

No, imposible, no será ;
 No viva ya en él mi amor,
 Que aqui en el alma mi honor
 Antes que mi amor está.
 ¿Y cómo no amarle ya

Cuando mas amante asi
 Todo lo espoudrá por mí?
 ¡Oh! ¡tan noble he de ser yo!
 Que él mi amor espere, no;
 Yo muera amándole, sí.
 Mas gente llega... ¿qué escucho?
 ¡De mi hermano es esa voz!

LUISA, *dentro.*

¿Adonde vais tan veloz?

DON PEDRO, *dentro.*

El asunto importa mucho.

DOÑA ANA.

Con la ira y el temor lucho;
 Sin duda viéndome entrar
 Viéneme airado á buscar.

ESCENA IX.

Escóndese DOÑA ANA, y salen DON PEDRO é INES.

DON PEDRO.

Á doña Clara advertid
 Que la espero.

INES.

Mas decid...

DON PEDRO.

¡Idos! Qué estupendo hablar.

ESCENA X.

DON PEDRO, sentándose en un sillón.

¡Por fin gracias que llegué,

Y por Dios no sin trabajo!

La calle de arriba á abajo

Cuarenta veces crucé.

¿Quién va? — ¡Oiga su mercé! —

Déense al rey. — Abran aquí...

Guardia en el zaquizamí...

Tanta prisa y confusion

Por tener jurisdiccion

En la hacienda que perdí.

Riéndose.

¿Qué diablos van á encontrar

En mi casa, ¡voto á Dios!

Si somos á cobrar dos

Y veinte y cinco á gastar?

Levantándose.

Aquí, amor, me has de ayudar.

Clara llega. Mentiré;
 Mi amor la ponderaré;
 Cuanto mas resistirá
 Mas el tiempo pasará,
 Y mejor me salvaré.

ESCENA XI.

DOÑA ANA, oculta. DON PEDRO. DOÑA
 CLARA.

DON PEDRO.

Mi Clara, mi bien, mi amor,
 Bien sé que es temeridad,
 Mas no es posible en verdad
 Resistir á tanto ardor.
 Yo te adoro.

DOÑA CLARA.

Bien se ve
 Que alevemente mentís:
 Si hoy á mi casa venís,
 Decid, don Pedro, por qué.

DON PEDRO.

(¡Aqui de Dios!) Angel mio,
 Porque, qué vida habrá en mí
 Cuando estan presos en tí

Mi razon y mi albedrío.
 Querrás decirme tal vez
 Que porque perdido estoy...
 ¡Oh! nada á negarte voý,
 Fuera necia estupidez.
 Mas yo te amo : un mundo entero
 Concebí para tí poco,
 Quise conquistarte loco
 En él, el lugar primero;
 Mas me avergüenzo al decillo.
 ¿Quién era yo? un hidalguillo
 Á quien sus padres dejaron
 Unas viñas y un castillo
 Que los tiempos asolaron.
 Yo era noble, era valiente,
 Mas dentro del corazon
 Hervian eternamente,
 Dándome guerra insolente,
 Tu amor, Clara, y mi ambicion.
 Mi ambicion, Clara, que en mí
 Era tu amor y no mas,
 Que vivo y espero en tí,
 Y por tí solo sentí
 No ser príncipe quizás.
 Fuéme adversa la fortuna,
 Perdí tiempo, honra y caudal,
 Y hoy sin esperanza alguna,
 Mas mi ambicion me importuna
 Contra mi suerte fatal.
 Mas, Clara, yo triunfaré:

¡Vive Dios! me haré soldado,
 Iré al campo y lidiaré,
 Y orgulloso tornaré
 Mas que nunca enamorado.
 Porque pese á la razon
 No es amor una quimera,
 Y yo aqui en el corazon
 De una infinita pasion
 Siento la insaciable hoguera.
 Á darte mi despedida
 Vengo, y espero perder
 En la demanda la vida,
 Ó con mi ambicion cumplida
 Tengo, Clara, de volver.

DOÑA CLARA.

¡Oh! ¡partes!

DON PEDRO.

Lejos de aqui.

DOÑA CLARA.

¿Cómo? ¿Dónde?

DON PEDRO.

Á conquistar

Tu amor ó mi muerte.

DOÑA CLARA.

¿Asi

Piensas, don Pedro, llegar...

DON PEDRO.

Hasta tus pies. *De rodillas.*

DOÑA CLARA.

¡Ay de mí!

DON PEDRO.

Venia otorgadme, señora,
Para partir con valor;
No haya en ello mas demora,
Que el corazon me devora
La hoguera de vuestro amor.

DOÑA CLARA.

No, ya es inútil partir,
Don Pedro; quedaos pues,
Que no os he de permitir...

DON PEDRO.

Ni yo osar mas que morir
De ventura á vuestros pies.
¡Oh! ¿me amais?

DOÑA CLARA.

Pensadlo vos.

DON PEDRO.

¿Siempre igual?

DOÑA CLARA.

Siempre igual fuí.

DON PEDRO.

Mas dejadme por los dos
Partir.

DOÑA CLARA.

Eso nó.

DON PEDRO, *aparte.*

Vencí

Por asalto, vive Dios. *Levantándose.*

Pausa.

DOÑA CLARA.

Lo habeis fingido muy bien.
¿Os sentís contento ya?

DON PEDRO.

(Mi gozo en el pozo está :
¿ Á que juega esta tambien ?)
No os alcanzo á comprender.

DOÑA CLARA.

Bien está : olvidemos esto :
Que yo os amo es manifesto.

DON PEDRO.

¡Válgate Dios por muger!

DOÑA CLARA.

Pese á vuestra sin razon,
 Yo os amo, don Pedro, así,
 Porque no puedo ¡ay de mí!
 Sujetar mi corazon.
 Que un iman incomprendible
 Hay, don Pedro, en el amor
 Á la razon y al valor
 Contrapuesto é invencible,
 Y en verdad que sin valer
 Á menos, os amo ciega,
 Que á tanto, don Pedro, llega
 Lo débil en la muger.
 ¡Mas cielos!

DON PEDRO.

¿Qué pasa?

DONA CLARA.

Él es.

DON PEDRO.

¿Quién?

DOÑA CLARA.

Mi hermano. Mas ganad

Esa puerta.

DON PEDRO.

No en verdad,
Que en la calle...

DOÑA CLARA.

¿Qué hareis pues?

DON PEDRO.

La justicia está en mi casa,
Y con ella he de topar.

DOÑA CLARA.

Aqui os podeis retirar.

Al gabinete donde está doña Ana.

DON PEDRO.

Cerrado está.

DONA CLARA.

El tiempo pasa,
Y don Juan por la escalera
Sube ya.

DON PEDRO.

Alejaos vos,
Que yo con él...

DOÑA CLARA.

No por Dios.

DON PEDRO.

Id.

DOÑA CLARA.

¡Don Pedro!

DON PEDRO.

Salid fuera.

ESCENA XII.

DON JUAN. DON PEDRO. DOÑA ANA oculta.

DON JUAN, *cerrando la puerta.*

Ya libre la casa está,
 Que el viejo gobernador
 Para salir fiador
 Consentimiento me da.
 Sin duda ocultóse ahí.
 Mas ¿qué miro?

DON PEDRO.

Guárdeos Dios,
 Señor don Juan.

DON JUAN.

¿Quién sois vos?

¿Qué haceis? ¿Quién os trajo aqui?

DON PEDRO.

Un hidalgo soy, y espero
De una dama á quien llamais
Hermana...

DON JUAN.

No prosigais,
Y seguidme, caballero.

DON PEDRO.

¿Adónde?

DON JUAN.

Al campo.

DON PEDRO.

¿Y á qué?

DON JUAN.

Á batirnos.

DON PEDRO.

¿La razon?

DON JUAN.

¿No os lo dice el corazón?

DON PEDRO.

Callado lo siento á fé.

DON JUAN.

Ya es demas. Salid conmigo.

DON PEDRO.

Ya os dije, don Juan, que no.

DON JUAN.

Ved que he de sacaros yo.

DON PEDRO.

Que de aqui no salgo, digo.

Sé que teneis la justicia

En la calle, y al bajar

Con la justicia he de dar,

Don Juan, por vuestra malicia.

DON JUAN.

Mentís, y viven los cielos

Que quien sois he de saber.

DON PEDRO.

Yo me daré á conocer

Sin que os cause mas desvelos.

Don Pedro de Aguilar soy.

DON JUAN, *mirándole.*

¡Vos! y anoche con mi hermana...

DON PEDRO.

¿Qué os asombra? En la ventana...

DON JUAN.

Ciego de cólera estoy.

Cierra la puerta y deja la llave en tierra.

De aquí no hemos de salir

Ambos á dos, Aguilar,

Y aquí no habeis de encontrar

La justicia.

DON PEDRO.

Por reñir

Nada se pierde. Riñamos. *Riñen.*

ESCENA XIII.

DOÑA ANA. DON PEDRO. DON JUAN.

DOÑA ANA.

¡Teneos!

DON JUAN.

¡Cielos!

DON PEDRO.

¡Mi hermana!

A don Juan.

Preciso es que esta mañana

Uno de los dos muramos.

DOÑA ANA.

¡Favor! ¡Favor!

DON JUAN.

Decís bien:

Hasta morir ó matar.

DENTRO.

¡Favor al rey!

DON JUAN.

¿Es temblar?

DON PEDRO.

Eso os pregunto tambien.

Cae don Juan, y don Pedro, abriendo un balcon, se descuelga.

DON PEDRO.

Tal vez por este balcon...

Á la puerta he de caer.

ESCENA XIV.

DON JUAN, en tierra. DOÑA ANA. DOÑA CLARA. LA JUSTICIA.

LA JUSTICIA.

Déense al rey.

DOÑA CLARA.

¡Una muger!

DOÑA ANA.

(Dadme ¡oh Dios! resolucion.)

DOÑA CLARA.

¿Cómo habeis entrado aqui?

DOÑA ANA.

Por mi desgracia impelida.

LA JUSTICIA.

Ese hombre yace sin vida:

Que la prendan.

DOÑA ANA.

¡Ay de mí!

JORNADA TERCERA.

PERSONAS.

DON JUAN.

DON PEDRO.

DOÑA ANA. /

DOÑA CLARA.

LUISA.

INES. *via don Juan*

EL GOBERNADOR.

OÑATE.

LA JUSTICIA.

MAESE JUAN.

HIDALGOS. . .

SOLDADOS. . .

PAISANOS. . .

Jugadores.

JORNADA SEGUNDA.

ESCENA PRIMERA.

Calle, y es de noche.

ONATE.

Magnífico enredo:

¡Y en qué ha de parar,

Ni el diablo en Toledo

Tal vez lo sabrá!

Mi amo acuchillado,

Doña Ana en prision,

Su hermano empeñado,

Mayordomo yo.

Mi amo discurriendo

Remedios aqui,

Y todos perdiendo

Quedamos al fin.

Y tanto barajan,

Que todos á igual,

Ni suben ni bajan

Ni se hallan jamas.

Don Juan ha salido

Por primera vez,

:

Dicen que ha venido
 Á don Juan á ver.
 Y si su impericia
 En la conclusion
 Mete la justicia
 ¡ La logra por Dios !

ESCENA II.

OÑATE. LUISA.

LUISA.

¿ Y ahora, Oñate, qué hay que hacer ?

OÑATE.

¿ Pues soy yo doctor acaso ?

LUISA.

No anduviste tan de paso
 Para echarnos á perder.

OÑATE.

¡ Yo á perder ! mejor dijeras
 Que fui quien te echó á ganar.
 ¿ Ó tú piensas que aquel dar,
 Luisa mia, no fue en veras ?

LUISA.

Que entonces diste ya sé,
Mas pese á mí condenada
Que ahora no tenemos nada,
Ni encontramos quien nos dé.

OÑATE.

¿Y á mí á quejarte venias?
¿Pues he podido hacer mas?

LUISA.

No por cierto; ¿mas podrás
Decirme por quién lo hacias?

OÑATE.

Por las joyas que doña Ana
Dábame en prendas.

LUISA.

Oñate,
No acierto cómo se trate
Con maña tan cortesana.

OÑATE.

Bien está: mas dime tú
Qué piensas hacer de tí.

LUISA.

Sentar plazar por ahí

De vireina del Perú.
Vaya una pregunta chusca.

OÑATE.

Vaya una respuesta necia.

LUISA.

En la tormenta mas recia
El peor puerto se busca.

OÑATE.

En tormentas judiciales
¿Qué puerto hay donde acudir
Si todos han de salir
Por puertas de criminales?

LUISA.

La justicia en casa entró,
Mas por yo no sé qué encanto
Llegó otra orden entre tanto,
Y otra vez la abandonó.
Doña Ana... no sé mas de ella.
Don Pedro con mas furor,
Mas que nunca jugador,
Toda la casa atropella.

OÑATE.

¿Don Pedro en su casa está?

LUISA.

Sí, y encontrándola llena,
La vácia como si agena
Fuese, y á saco la da.

OÑATE.

¿Mas tú...?

LUISA.

De su casa me echa,
Pues de su hermana enemigo,
Dice que soy su testigo
Que su conducta le acécha.
Que soy una enredadora,
De su hermana mensagera,
En sus amores tercera;
Vigía y encubridora.
Pero mas que otra razon
Á despedirme le obliga
La de no ser yo su amiga
Y tercera en su pasion.

OÑATE.

¿Está acaso enamorado?

LUISA.

Tal vez, pero eso era poco;
Está con sus trampas loco,
Perdido y desesperado.

OÑATE.

Ten, Luisa, esa lengua de hacha,
Que has comido de su pan.

LUISA.

Y él engordó con mi afan,
Y hoy á secas me despacha.

OÑATE.

¿Mas doña Ana...?

LUISA.

Tan crüel

Lloro su enemiga estrella,
Y lloro en verdad por ella,
Aunque me alegro por él,
Al partirme esta mañana
Eché mis últimas redes;
Ni clavos en las paredes
Deja su pasion villana.

OÑATE.

Alli viene.

LUISA.

Ya le ves,
Los pasos vino contando
Como si fuera arrastrando
Toda su hacienda en los pies.

No quiero que á verme llegue.

Á Dios, Oñate.

OÑATE.

Á Dios, Luisa.

LUISA.

Y dile que con mas prisa

El alma de una vez juegue.

ESCENA III.

DON PEDRO. OÑATE, oculto.

DON PEDRO.

Otra vez vuelvo á tentar.

El rigor de mi fortuna,

Porque quien mucho importuna

Sino logra ha de cansar.

La aurora no me ha de hallar

Aqui ya de ningun modo,

Pues de quedar en el lodo

De la miseria sumido,

Vale mas haber corrido

La suerte y la audacia en todo.

Suerte, madre revoltosa

De los naipes y los dados,

Ídolo de los soldados

Y la gente valerosa,
 Emperatriz poderosa
 Que en opuestos hemisferios
 Minando estados é imperios
 El bajo mundo nivelas
 Y á ningun mortal revelas
 Tus desiguales misterios;
 Á tí, luz de los audaces,
 Compañía en la grandeza,
 Esperanza en la pobreza
 Que continuo esperar haces-
 Á nuestros dias fugaces
 La fortuna que no llegó,
 Reina alada, muda y ciega,
 Que á ciegas en todas partes
 Males y bienes repartes,
 Vieja que con todo juegas;
 Duélete, madre, de mí,
 Que como á norte y escudo
 En mis congojas acudo
 Por última vez á tí.
 Héme ya á tus pies aquí
 Como orillas de la mar,
 Dispuesto en ella á arrojar
 Cuanto tengo y cuanto soy;
 Porque pienso salvar hoy
 Cuanto valgo, ó naufragar.

ESCENA IV.

DON PEDRO. OÑATE.

OÑATE.

¿Señor don Pedro?

DON PEDRO.

¿Quién es?

OÑATE.

Un amigo.

DON PEDRO.

Guárdeos Dios;

Mas nada que hacer con vos
Tengo, con que hasta despues.

OÑATE.

No tan apriesa os vayais,
Que algo tendremos que hablar.

DON PEDRO.

¿Traes espada?

OÑATE.

¿Es á lidiar,
Don Pedro, adonde ahora vais?

DON PEDRO.

Voy donde á vos no os importa.

OÑATE.

Mas donde os importa á vos
Vayamos juntos los dos.

DON PEDRO.

No, que es jornada bien corta,
Y es demas la compañía.

OÑATE.

Pero podeis tropezar,
É hiciérais bien en llevar
Quien acudiros podria.

DÓN PEDRO.

Es demasiado ofrecer
Para pensar en cumplir;
Ved si me habeis de acudir,
Porque me voy á caer.

OÑATE.

Vamos, pues que vuestro amigo
Soy ha mucho tiempo ya.

DON PEDRO.

Pues si sois mucho tiempo ha,
Venid, si os place, conmigo.

OÑATE, *quitando el embozo.*

Vamos.

DON PEDRO.

¿Ginés?

OÑATE.

Ved, señor,
Si seré buen compañero.

DON PEDRO.

Soy, Ginés, un majadero...
Vienes al tiempo mejor;
¿Traes dineros?

OÑATE.

Escusada

Pregunta. Sí; ¿qué queréis?

DON PEDRO.

Ved en lo que estimareis...

OÑATE.

Yo, señor, no estimo nada.

Dádmela estimada vos

Cualquier prenda, y despachemos.

DON PEDRO.

Tienes razon; hablaremos

Despues del valor los dos.

OÑATE.

Ha de ser grande la puesta.

DON PEDRO.

Como que voy á amarrar

La fortuna, ó á quedar

Por puertas.

OÑATE.

¡Audacia es esta!

DON PEDRO.

Es mi postrera esperanza,

Y en ella la arriesgo toda.

OÑATE.

¡Bien! con la fortuna, boda,

Que ó nada ó todo se alcanza.

DON PEDRO.

Esta noche la hago mia,

Ó la dejo de servir.

OÑATE.

Por ella hemos de reñir

Hasta que despunte el dia.

DON PEDRO.

¿Tal ánimo traes, Ginés?

OÑATE.

Por vuestra amistad no mas.

DON PEDRO.

No te vuelvas pues atras.

OÑATE.

¿A no ver que chanza es
De otro modo respondiera.

DON PEDRO.

Mas ve que si pierdo todo..:

OÑATE.

¡Qué diablos! Hablais de modo
Como si ya se perdiera.
Delante, señor, marchad,
Y en mi fiad.

DON PEDRO.

Si es asi

Delante voy.

OÑATE.

Y por mi
Cual si fuerais yo jugad.

ESCENA V.

DON JUAN trayendo á DOÑA ANA con manto,
y OÑATE.

DON JUAN.

¿ Con quién hablabas ?

OÑATE.

Con él.

DON JUAN.

¿ Pedia oro ?

OÑATE.

Sí señor,

Y cada dia mejor

Sabemos nuestro papel.

Mañana al salir lá aurora

Ya en Toledo no estará.

DON JUAN.

¿ Y esta noche ?

OÑATE.

Queda allá,

Que me espera desde ahora.

DON JUAN.

Toma, y aguardadme á mí.

OÑATE.

¿Á vos, señor?

DON JUAN.

Sí por cierto.

Todos tenemos abierto

El mismo camino allí.

OÑATE.

Mas...

DON JUAN.

Ahí llevas unos dados:

Á que yo entre esperarás

Y con ellos jugarás.

OÑATE.

¿Son amigos?

DON JUAN.

Y probados.

Toda esta escena pasa entre don Juan y Oñate: el resto entre don Juan y doña Ana.

DOÑA ANA.

¿Quién es ese?

DON JUAN.

Un comerciante

Que me empeña alguna vez. *Vanse.*

OÑATE.

¡Don Juan ha de ir...! Par diez
Que no lo entiendo. Adelante. *Vase.*

ESCENA VI.

Sala corta en casa de don Juan.

DOÑA CLARA. INES.

DOÑA CLARA.

¿Viste, Ines, á don Pedro?

INES.

Sí señora,
Y á Madrid parte al despuntar la aurora.

DOÑA CLARA.

¿Á Madrid?

INES.

Eso dijo,
Y halléle en el afan tosco y prolijo
De deshacer la casa.

DOÑA CLARA.

¡Cielos! ¡que esto me pasa!
 Que se parta á Madrid y no le vea.
 Mas dime, Ines, y al fin consuelo sea
 Del alma dolorida,
 ¿Qué decia de mí á su despedida?

INES.

Fuera la priesa, ó el capricho fuera,
 Anduvo descortés en gran manera:
 Decid, dijo, á esa dama
 Que esta noche me parto de Toledo,
 Que en mí mas nunca piense,
 Y la descortesía me dispense,
 Que primero soy yo.

DOÑA CLARA.

Traidor, ingrato.
 ¿Esto te dijo, Ines? no lo esperaba;
 Mas á fé que en tan necio desacato
 No sabia tal vez de quién hablaba.
 Mas yo he de hablarle, Ines, antes que huya,
 Y he de minar al fin la astucia suya.

INES.

Ved lo que haceis, señora.

DOÑA CLARA.

Ya nada es tiempo de mirar ahora:

Le amo, le adoro, le idolatro ciega,
 Y á tal extremo llega
 Ya mi pasion, que fuera de camino
 Á amarle y nada mas me determino.
 ¿Por qué galan al pie de mis ventanas
 En amoroso son me requería?
 ¿Por qué en suaves cantigas cortesanas
 Con fábulas de amor me enardecía?
 ¿Pensaba acaso que á su amante queja
 Sordo mi corazon, sordo mi oido,
 No cruzaba su voz la doble reja
 Buscando al corazon adormecido?
 ¿Pensaba que sus vanos juramentos
 El fondo de mi pecho no minaban,
 Ni tenian sus tibios pensamientos
 Eco con que en los míos resonaban?
 ¡Por Dios que se engañó! Si sabe ardiente
 Fingir su vano amor ¡el insensato!
 ¡Oh! no sabrá apagar la que imprudente
 Inflamó hoguera con osado trato.
 ¿Ines?

INES.

Señora.

DOÑA CLARA.

El manto dame al punto,
 Y sígueme.

INES.

¡Mirad...

DONA CLARA.

Ya va mirada:

Por honra y miramiento todo junto

Arrostra una muger enamorada.

¿Mas llamarou?

INES.

No sé.

DOÑA CLARA.

Mira esa puerta.

INES.

Vuestro hermano, señora.

DOÑA CLARA.

¡Por mi vida que acierta

Á acudirme don Juan en mala hora!

Mas abre, Ines, aprisa,

Y si tarda en salir llévame el manto,

Y de su sueño ó inquietud me avisa. *Vase.*

ESCENA VII.

DON JUAN. DOÑA ANA.

DON JUAN.

Doña Ana, en mi casa estais,
 Y al cuidado de mi hermana
 Hasta despues de mañana
 Es fuerza permanezcais.
 Libre del todo quedais,
 Y ó yo poco he de saber,
 Ó presto habrán de volver
 Otra vez á vuestra mano
 Los bienes que vuestro hermano
 Tan solo supo perder.

DOÑA ANA.

Mas decidme antes, don Juan:
 ¿Sano estais ya de la herida?

DON JUAN.

Doña Ana, no por mi vida
 Os paseis tan hondo afan.

DOÑA ANA.

Largo tormento me dan
 Los recuerdos de aquel dia.

DON JUAN.

Segura, señora mia,

En ello podeis vivir ;
 Fue un amago de morir
 Por el bien que yo queria.

DOÑA ANA.

Mas tuve la culpa yo ;
 Dejad que al menos la llore.

DON JUAN.

Pues dejadme vos que adore
 Á quien mi herida causó.
 Mas ya que esto se arregló,
 Doña Ana, atencion prestad,
 Que es ya mucha ceguedad,
 Osadía y altiveza,
 Acosar vuestra nobleza
 Contra vuestra voluntad.

DOÑA ANA.

Dispuesta, don Juan, estoy
 Vuestra razon á escucharos,
 Porque mas que toleraros
 Debo respetaros hoy.

DON JUAN.

Á hablaros de entrambos voy,
 Porque en tamaña ocasion
 Desigual resolucion
 Es preciso que tomemos,
 Y entrambos consideremos

Nuestra noble condicion.
Por un impensado azar
En mi casa os sorprendieron ;
Culpada, pues os prendieron,
Os hubieron de juzgár.
Al fin os logré salvar
Con empeño y con favor,
Pero otro riesgo mayor
Sin duda vais á correr ;
Pues sois hermosa y muger
No os cumple tal guardador.
Si en esta casa os quedais
Peligra vuestra opinion ;
Pero hay en esta ocasion
Mas peligro en que salgais ;
Donde quiera que vayais,
Que habeis de ir sola es bien llano.
Si os guardais de vuestro hermano,
Pues que tanto os ofendió,
Que otro os ampare que yo
Es pensamiento villano.
Que yo os amo claro está,
Si me amais vos lo sabreis ;
Y mirad qué respondeis,
Que sin duda es tiempo ya :
Puesto que la noche os da
Tiempo, pensadlo mejor,
Que á una parte vuestro honor,
Á otra la seguridad,
Es quedar en la ciudad

Lo mejor y lo peor.
 Si no me habeis de admitir,
 Pues que tanto no merezco,
 El amor que yo os ofrezco
 Fuerza es, doña Ana, partir ;
 Mas no he de dejaros ir
 Sino vais con vuestro hermano ;
 Que esto no quereis, es llano ;
 Y si esto no ha de llegar,
 Fuerza es, doña Ana, quedar,
 Y murmure el vulgo vano.

DONA ANA.

Atenta ya os escuché,
 Y otorgaros la razon
 Es forzosa obligacion,
 Pues ambos peligros sé.
 Tal decision tomaré
 Que nos convenga á los dos,
 Y no os estrañeis por Dios,
 Que noble, don Juan, nací,
 Y no he de faltarme á mí
 Cuando á vos no os faltais vos.
 Díónos por desgracia el cielo
 Una pasion hechicera,
 Que un cielo la tierra liciera
 Si infierno no fuera el suelo.
 Por ella en tierno desvelo
 Los seres amantes ven,
 Siguiéndose con afan,

Como las sombras al sol,
 Como al sol el girasol,
 Como al acero el iman;
 Mas tal es la incompletez
 De este mundo que habitamos,
 Que siempre el bien que gozamos
 Es miseria y hediondez.
 Amor sentimos tal vez
 Que el corazon nos devora,
 Y su llama abrasadora
 Nos es fuerza sofocar,
 Porque no acertó á brotar,
 Don Juan, en la mejor hora.
 Si vivieramos aún,
 Don Juan, en un paraíso,
 Para amar no era preciso
 Mas que el cariño comun;
 Mas para amarse segun
 Las leyes en que vivimos
 Es fuerza nuestro cariño
 Donde pusimos mirar
 No lo que fuimos á amar,
 Sino lo que amar pudimos.
 El amar á una muger
 Solo, don Juan, por su amor
 Corriendo el tiempo es peor
 Que venirla á aborrecer;
 La inconstancia en el querer
 Es propia del corazon,
 Y si por otra ocasion

Al fin la razon se acaba,
 Se ve tarde que sobra
 Cuanto antes no fue pasion.
 Puesto que á este amor social,
 Para que cobre interes,
 Forzoso añadirle es
 Otro interes material,
 Do no hay mas que espiritual
 Pasion con que se mantenga,
 Claro es que no se sostenga
 Amor é interes por Dios,
 Y que alguno de los dos
 Á ceder á entrambos venga.
 Don Juan, yo he de ser quien soy,
 Pues quien soy siendo nací:
 Por vos, por él, y por mí,
 Busco á mi hermano desde hoy.

DON JUAN.

Mas mirad...

DOÑA ANA.

Resuelta estoy.

DON JUAN.

Mas tanta tenacidad
 Con que habeis sin caridad
 Pintado á vuestro capricho
 Un amor...

DOÑA ANA.

Si bien no he dicho,
Yo sé que he dicho verdad,
Y esto baste.

DON JUAN.

Baste pues.
Y porque no haya demora,
Á vuestro hermano, señora,
Que hoy busque preciso es.

DONA ANA.

Mas tal prisa...

DON JUAN.

¡Oh, que despues
No será tiempo!

DONA ANA.

Id con Dios.
Ya lo que hacer sabreis vos,
Y no he de pedir os cuenta.

DON JUAN.

Y á mi vuelta mas contenta
Será la vida en los dos.

ESCENA VIII.

DOÑA ANA.

; Yo sabré amar! y de la negra vida,
 Sentada en la ribera,
 Yo lloraré de mi pasión perdida,
 La calma pasagera.
 Yo sabré amar, y de mi amante historia,
 La lastimosa huella
 Quedará como rastro en mi memoria
 De moribunda estrella.
 Lejos de mí la fiesta de ese mundo,
 Que osado y maldiciente
 La marca del dolor largo y profundo
 Buscaría en mi frente.
 Yo lloraré en silencio solitaria,
 Y en mi postrema hora
 No podrá descifrar en mi plegaria
 La razón del que llora.

ESCENA IX.

DOÑA ANA. DOÑA CLARA.

DOÑA CLARA.

Ya ha salido mi hermano,
 Y á favor de la noche tenebrosa

Saldré tambien. ; Mas Dios, qué es lo que miro !

DOÑA ANA.

(Doña Clara esta es ; ; yo no respiro !)

DOÑA CLARA.

(; Mas no es ella ?) Decidme :

¿ Vos de don Pedro hermana

No sois ?

DOÑA ANA.

Yo soy doña Ana

De Mendoza, señora,

Que á mi hermano tal vez buscando ahora

Al favor me acogí de vuestro hermano.

DOÑA CLARA.

¿ Vos buscaís á don Pedro ?

Tanto mejor ; es llano

Que cuando ambas á par le buscaremos

Con mas facilidad le encontraremos.

Ines, el manto, presto.

DOÑA ANA.

Mas mirad que si vuelve

Don Juan ¿ con qué pretesto

Disculpa le dareis de tanta prisa ?

DOÑA CLARA.

Yo tambien á don Pedro

Busco, y es diligencia tan precisa
 Que saliendo las dos en busca suya
 Tornaremos á casa
 Antes que á ella don Juan se restituya.
 (Y asi cuando don Juan haga querella,
 Pues á su hermana busca,
 Yo le diré que importunaba ella.)

DOÑA ANA.

Mas mirad...

DOÑA CLARA.

Vamos pronto,
 Que antes de media hora...

DOÑA ANA.

Mas reparad, señora...

DOÑA CLARA.

Ya va bien reparado.
 Á don Pedro busquemos,
 Que antes que don Juan vuelva, volveremos.

La ase del brazo y vanse.

ESCENA X.

Un figon ; una mesa á cada lado, y otra en el fondo. En las laterales barajas, en la del centro dados, y al rededor soldados y gente del pueblo. En la del centro DON PEDRO, OÑATE y algunos hidalgos: á la derecha una puerta, sobre la que se lee : *paso á la Hosteria*: botellas y vasos. Beben y juegan.

(Mesa primera.)

UNO.

Jugad bien.

OTRO.

Vais á perder.

EL PRIMERO.

Maese Juan, no hacéis ninguna.

MAESE JUAN.

Es rigor de mi fortuna.

UNO DE LOS QUE JUEGAN.

¿Triunfos son?

MAESE JUAN.

Lo podeis ver.

Bastos son triunfos.

OTRO.

Jugad.

MAESE JUAN.

Pues perdemos, ¡voto á Dios!

EL ANTERIOR.

¿Quién ha soltado ese dos?

MAESE JUAN.

Yo lo he soltado; cargad.

(*Mesa segunda.*)

UNO.

Tú tienes las cartas dobles.

OTRO.

Mientes como un escribano.

ÉL PRIMERO.

Muestra el juego, abre la mano.

EL SEGUNDO.

Aquí está.

UN SOLDADO.

Los juegos nobles;
No haya trampas, que si no

Tiene esto fin de contado.

UNO DE LOS QUE NO JUEGAN.

Téngase, señor soldado.

EL SOLDADO.

¿Quién dice téngase?

EL ANTERIOR.

Yo.

EL SOLDADO.

Mire y calle.

EL ANTERIOR.

Eso le digo.

EL SOLDADO.

Vuesa mercé se sosiegue,
Calle, beba, escuche y juegue,
Ó apártese acá conmigo.

EL PRIMERO.

Triunfos son oros.

EL SEGUNDO.

Ahí van.

EL TERCERO.

Por no tenerlos mayores

Ahí va ese cuatro.

EL CUARTO, *recogiendo la baza.*

Señores,
Donde las toman las dan.

EL SEGUNDO.

Es que no hacen una baza.

EL PRIMERO.

Toda la noche perdemos.

EL TERCERO.

No tengo prenda.

EL SEGUNDO.

Juguemos;
Eso no nos embaraza;
Bajo palabra jugad,
Que mañana pagareis.

(*Mesa primera.*)

UNO.

Maese Juan, ¿cuánto perdeis?

MAESE JUAN.

Cuarenta escudos.

OTRO.

Cargad.

(Mesa tercera.)

UNO, que echa los dados.

Vos, don Pedro

DON PEDRO, apuntando.

Á la mayor.

EL PRIMERO.

Juego, diez: (Tira.) no vais tan mal.

Juego, seis. (Tira.)

EL SEGUNDO.

Lance fatal:

Pierdo la suerte mejor.

EL PRIMERO.

Pedid.

DON PEDRO.

La mayor.

EL PRIMERO.

Ahí va.

Juego, nueve. (Al segundo.) Va por vos;

Juego, siete.

EL SEGUNDO.

¡Vive Dios!

Sorda mi fortuna está.

UN HIDALGO.

Don Pedro, ¿cuánto perdeis?

DON PEDRO.

Gano treinta y seis escudos.

EL HIDALGO.

¡Gracias á Dios!

DON PEDRO.

Son desnudos

Los treinta, que debo seis.

Servidme vino.

EL CUARTO.

Eso sí;

Teneis razon ; vino y juego.

EL TERCERO.

Mientras atizan el fuego,

Tirad una vez por mí.

(*Mesa segunda.*)

UNO.

Dobles esas cartas son.

OTRO.

Eso ya es tenacidad.

EL PRIMERO.

Dobles son.

EL CUARTO.

Es la verdad.

EL SEGUNDO.

Mentís vos.

EL CUARTO.

Tiene razon.

EL PRIMERO.

Infame, me habeis robado:

Volvedme todo el dinero,

Ó vive Dios...

EL QUINTO.

¡Caballero!

EL SEGUNDO.

Si tocais solo un cornado,

Os envaso este puñal.

EL PRIMERO.

Soltad, traidor.

EL CUARTO.

¡Vive Cristo
Que fue trampa!

UN SOLDADO.

No lo he visto.

OTRO.

Dice bien.

OTRO.

Pues dice mal.

EL PRIMERO.

Esos escudos me den,
Ó vive Dios que á estocadas
Los recobre.

EL SOLDADO.

Camaradas,
Silencio, quietos esten.

EL SEGUNDO.

Salid conmigo á la calle.

EL PRIMERO.

Eso bien.

EL SEGUNDO.

Vamos.

EL PRIMERO.

Venid,
Y á ser cortés, voto al Cid,
Que una vez he de enseñalle.

MAESE JUAN, *de una mesa á otra.*

¿Qué es eso?

UNO, *en la otra mesa.*

Un poca paciencia,
Algo descontentadizo.

MAESE JUAN.

¿Picóse?

EL OTRO.

Sí.

MAESE JUAN.

Pues mal hizo.

OTRO.

Lleva con él su sentencia.

(*Mesa tercera.*)

EL SEGUNDO.

Tened ahí, que gano yo.

DON PEDRO.

Tiró por mí.

EL SEGUNDO.

Fue por mí.

DON PEDRO.

Pues yo el último perdí.

EL SEGUNDO.

No perdisteis.

DON PEDRO.

¿Cómo no?

EL PRIMERO.

Don Pedro, tiene razon;

Tiré por él.

DON PEDRO.

Si eso es,

Callo, y pierdo veinte y tres.

¡Vino, muchacho!

EL PRIMERO.

Diez son.

ESCENA XI.

DICHOS. DON JUAN, con antifaz.

(Mesa primera.)

UNO.

¡Gentil talle!

MAESE JUAN.

Audaz á fé.

EL PRIMERO.

¿Conocéisle?

MAESE JUAN.

No por cierto;

El semblante trae cubierto.

EL SEGUNDO.

¿Quién es ese?

EL TERCERO.

No lo sé.

DON JUAN.

(Alli está don Pedro: llego:

Y Oñate vino con él.

Bien estudió su papel.)

(Mesa tercera.)

UNO.

Por vos va, don Pedro. Juego.

DON PEDRO.

La mayor.

EL PRIMERO.

Once.

DON PEDRO.

Ya es mia.

DON JUAN, *llegando.*

Yo apuntaré contra vos:

La mayor.

EL PRIMERO.

Doce.

DON PEDRO.

¿Su merced nos desafia?

DON JUAN.

No, juego como cualquiera:

Fortuna fue si gané.

DON PEDRO.

Fortuna sin duda fue,

Porque á ser de otra manera...

DON JUAN.

¿Qué fuera?

DON PEDRO:

¿Sabeis quién soy?

DON JUAN.

Un... Don Pedro de Aguilar;
Mas ved si quereis jugar,
Que esperando juego estoy.

DON PEDRO.

¿Sois muy valiente?

DON JUAN.

Tal vez;

Mas me ayuda la fortuna,
Y jamas cedió á ninguna
Mi fortuna y mi altivez.
En fin, ¿jugais?

DON PEDRO.

Descubríos.

DON JUAN.

¿Qué os importa mi disfraz?
Tras este lienzo falaz
Encubro secretos míos.

DON PEDRO.

Pero quien el rostro encubre,
Traiciones guarda ó temor.

DON JUAN.

La traicion del jugador
Con el juego se descubre.

OÑATE, *á don Pedro.*

(Yo á vos, don Pedro, os abono;
Jugad.)

DON PEDRO.

Bien; juguemos pues.

DON JUAN.

Que os mantengais fuerza es
Con tan poderoso abono.

OÑATE.

¡Bien! Señores, juego nuevo
Yo os sacaré.

DON JUAN.

Sea.

DON PEDRO.

Tirad.

(Mesa segunda.)

UNO.

Esas bazas os tomad.

OTRO.

Y con esta siete llevo.

EL PRIMERO.

¿Ganásteis?

EL SEGUNDO.

Qué, ¿no jugais?

EL PRIMERO.

No tengo qué.

EL SEGUNDO.

Norabuena ;

Tomad la mitá.

EL PRIMERO.

Es agena,

Que otra mitad me ganais. *Lcodntanse.*

(Mesa primera.)

UNO.

No juego mas.

MAESE JUAN.

¿Por qué no?

EL PRIMERO.

Porque pierdo todo un año.

MAESE JUAN.

¿Eso mirais? ¿Sois tacaño?

EL PRIMERO.

¿Pues nací príncipe yo?

OTRO.

Jugad.

EL PRIMERO.

No juego.

MAESE JUAN.

Sea así.

*Levantáanse todos, y se acercan á la mesa 3.^a,
donde estan don Juan, don Pedro y Oñate.*

EL PRIMERO.

¿Es apuesta?

EL SEGUNDO.

Asi parece.

EL TERCERO.

Atendamos.

EL SEGUNDO.

Lo merece.

EL PRIMERO.

¿Va contra don Pedro?

EL SEGUNDO.

Sí.

OÑATE, *tirando con sus dados.*

Don Pedro, á vos. Juego, seis.

Á vos, el del antifaz.

Juego, diez.

DON JUAN.

Gano.

DON PEDRO.

En verdad,

Brava fortuna teneis.

OÑATE., *á don Juan.*

Juego á vos, once. Sacais

Bien alto. Don Pedro, á vos.

Juego, siete.

DON PEDRO.

Voto á Dios
Que sin alma me dejais.
Muchacho, vino. *Bebc.*

EL PRIMERO.

Eso es ;
Valor, don Pedro.

DON PEDRO.

Sigamos.

OÑATE.

Caballero, á vos.

EL SEGUNDO.

Veamos.

OÑATE.

Juego, cinco.

DON PEDRO.

Es mia.

OÑATE, *tirando.*

Tres.

DON PEDRO.

Por mi vida que es azar.

DON JUAN.

¡Qué suerte mas importuna!

DON PEDRO.

Ahí va toda mi fortuna
De una vez , por acabar.

OÑATE.

Á vos, caballero: diez.

DON PEDRO.

¡Por san Millan!

OÑATE.

Juego á vos.

Tres.

DON PEDRO.

¡Qué suerte, vive Dios!

No se me ha dado una vez. *Retirándose.*

DON JUAN.

¿Qué es eso, no jugais mas?

DON PEDRO.

Como las barbas no juegue
No sé ya qué á jugar llegue.

DON JUAN.

Vuestra palabra...

DON PEDRO.

Quizás,

Si aun mi palabra tuviera,
¿Pensais que no la jugara?

DON JUAN.

Con ella me contentara,
Que sé bien que se cumpliera.

DON PEDRO.

Haced cuenta que la dí
Y la perdí.

DON JUAN.

¿Mas no habeis
Prendas?

DON PEDRO.

Ved las que quereis.

DON JUAN.

¿Las haciendas?

DON PEDRO.

Las perdí.

DON JUAN.

¿Soldado sois?

DON PEDRO.

Capitan.

DON JUAN.

¿Las armas?

DON PEDRO.

Perdilas ya.

DON JUAN.

¿Caballo?

DON PEDRO.

Jugado va.

DON JUAN.

¿Sueldo del rey?

DON PEDRO.

No le dan.

EL PRIMERO.

Probad, don Pedro, fortuna.

Veinte escudos presto yo.

EL SEGUNDO.

Yo diez.

EL TERCERO.

Yo quince.

DON PEDRO.

Eso no :

Todo en uno se reuna ,
Y apuntadlo.

EL SEGUNDO.

Eso es, valor.

OÑATE.

Juego, diez.

DON PEDRO.

Ahora sí

Que vuelve la suerte á mí.

OÑATE.

Juego, once.

DON JUAN.

¡Es encantador !

EL PRIMERO.

Don Pedro, imposible á fé

Me parece.

EL SEGUNDO.

¡Qué jugar!

OÑATE.

Vaya, ¿vuelveis á apuntar?

EL TERCERO.

Jugad.

DON PEDRO.

Ya no tengo qué.

DON JUAN.

Esa espada.

DON PEDRO.

Bien, tirad.

OÑATE.

Vos, hidalgo. Once.

EL SEGUNDO.

¡Que suerte!

OÑATE.

Á vos, don Pedro. Seis.

DON PEDRO.

Muerte

Me dais; á Dios os quedad.

EL PRIMERO.

Yo juego con vos: juguemos.

Seguro en mi suerte estoy.

EL SEGUNDO.

Yo con vos á apuntar voy.

DON PEDRO.

Pero no sé qué juguemos.

DON JUAN.

Contra todo lo perdido

¿No teneis ya qué poner?

¿No teneis casa, muger,

No sois dueño ni marido?

DON PEDRO.

Muchacho, vino. No tengo

Casa, ni muger, ni hogar.

Una hermana... y...

UN SOLDADO.

¡ Á jugar !

DON JUAN.

Con vuestra hermana me avengo.

DON PEDRO.

Reportaos. Voto á Dios

Que lo que decís mireis.

DON JUAN.

Hago porque recobreis

Lo que habeis perdido vos,

Y esa puesta os doy de mas.

DON PEDRO, *marchándose.*

(¡Una suerte tan seguida!

¡Imposible es por mi vida

Que se sostenga...! ¡Quizás...)

EL PRIMERO.

Vamos, dejad de pensar

Y decidíos valiente.

DON PEDRO.

No ha de ser.

EL SEGUNDO.

¡Cobardemente

Os habeis de retirar?

DON PEDRO.

(¿ Mas quién sabe? contra todo
Arriesgo una prenda yo.)

EL TERCERO.

¿Habeis de huir?

DON PEDRO.

(Eso no.
Y el pagar... Es de otro modo.)

TODOS.

¡ Bien , don Pedro !

EL PRIMERO.

Y yo con vos
Esta espada jugaré.

EL SEGUNDO.

Yo estos diamantes.

EL TERCERO.

Á fé
Yo cien escudos.

EL CUARTO

Yo dos.

EL QUINTO.

Y yo aquesta cruz de plata.

DON PEDRO.

¡Venga vino!

OÑATE.

Vaya en paz

Á vos, el del antifaz.

Juego, nueve.

MUCHOS.

Bajo data.

OÑATE.

Vuestras mercedes atiendan.

Va por ellos. Juego, tres.

DON PEDRO.

Trampa por los cielos es.

UNO.

Los demonios que lo entiendan.

DON JUAN.

¡Cómo trampa, vive Dios!

Pone mano á la espada.

DON PEDRO.

Ténganse aquí.

Echando también mano al estoque.

DON JUAN.

Vuestra hermana
Perdísteis.

DON PEDRO.

Es prenda vana.

DON JUAN.

Y á estocadas...

DON PEDRO.

Eso á vos.

ALGUNOS.

Paz.

OTROS.

¡Fuera!

ESCENA XII.

Cuchilladas. OÑATE se pone al lado de DON JUAN. Algunos toman partido por DON PEDRO. Derriban las luces y queda todo en confusión. DOÑA ANA y DOÑA CLARA asoman á la puerta como huyendo de alguien que las persigue.

DOÑA ANA.

¡Cielo! ¿Es aquí?

DOÑA CLARA.

La voz de don Pedro es esa.

DON JUAN, *encontrándose en la oscuridad con doña Clara.*
¿Quién aquí se me atraviesa?

DOÑA ANA.

¿Qué es lo que escucho? ¡Ay de mí!
Don Pedro.

DON PEDRO, *hallándose con doña Ana.*

¿Qué es esto? ¿No
Es muger esta que toco?

DOÑA ANA.

¡Cielo santo!

DON PEDRO.

¿Estoy yo loco?

DON JUAN.

¡Ténganse!

DON PEDRO.

¡Luz!

NUNO.

¿Quién cayó?

DON PEDRO.

¡Voto á Dios! Luces aquí.

ESCENA ÚLTIMA.

EL GOBERNADOR. RONDA y DICHOS.

EL GOBERNADOR.

Déense al rey.

DON PEDRO.

Atras el rey,

Que primero que su ley

Me importa mi honor á mí.

A doña Clara, á quien tiene asida.

¿Quién sois vos?

EL GOBERNADOR.

Que nadie osado
Mueva el pie. Vos, caballero,
Decid quién sois.

UNO.

Un soldado. ¡Ay!

EL GOBERNADOR.

Cada uno el nombre que goza
Diga, que esperando estoy.

DON PEDRO.

Don Pedro de Aguilar soy.

DON JUAN, *descubriendo el*

rostro.
Y yo don Juan de Mendoza.

DON PEDRO.

¡Vos! ¡cómo... ¡y yo, vive Dios...

DON JUAN.

Reportaos, pése á mí,
Que no sé quién está aquí
Ofendido de los dos.
Vuestra hacienda habeis perdido,
Y pues toda en mi poder
Está, yo os la he de volver,

Para esto la he obtenido,
Mas con una condicion.

DON PEDRO.

Decid.

DON JUAN.

Yo tengo una hermana;
Su esposo seréis mañana,
Que peligra su opinion.

Don Pedro rie á carcajadas.

¿Os reis?

DON PEDRO, *lo mismo.*

Ved si me rio.

EL GOBERNADOR.

¿La razon?

DON PEDRO.

Os la diré.

¿Visteis horóscopo á fé
Mas fortunado que el mio?
Jugué y perdí hasta la espada;
Gocé jugando y perdiendo;
Gran vida hice á lo que entiendo,
Y al cabo no pierdo nada.
Mirad si que ria es bien.

A don Juan.

Pero yo tengo otra hermana:

Hacedme el favor mañana
De desposarla tambien.

DOÑA ANA.

Así será, y pues estoy
Tan á tiempo, esta es mi mano.

DOÑA CLARA.

Ya que consiente mi hermano,
Yo, don Pedro, vuestra soy.

DON JUAN.

¿Mas cómo...

DON PEDRO.

La esplicacion
Para luego... pése á mí
Que es bizarro. *Riéndose.*

EL GOBERNADOR.

Y ya de aqui
Que salgamos es razon.

OÑATE.

Y con esto á lo que entiendo
El autor tambien saldrá
Del empeño en que hoy está
Con este Ganar perdiendo.

FIN DE LA COMEDIA.

16 tomes in

276

275 - 276



LS.C
T2535

462197

Teatro moderno español. vol.16.

DATE.

Dec 7/55

NAME OF BORROWER.

J. H. Parker

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

